



LETICIA DE COMBARBALA

novela

ediciones
LOGOS

TERESA HAMMEL

TERESA HAMEL

LETICIA DE COMBARBALA

ediciones
LOGOS

Los personajes, hechos y situaciones de esta novela son ficticios. Cualquier semejanza con la vida real es mera coincidencia.

© Teresa Hamel Nieto

LETICIA DE COMBARBALA

Inscripción de propiedad intelectual N° 70.557

1988

TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS

Portada: "Nocturno", óleo de Carmen Hamel

Editor e impresor

EDICIONES LOGOS

Almirante Simpson 7, Fono 2229739.

Santiago, Chile.

1988.

*Dedico este libro
a todos aquéllos que enriquecieron su vida
con su lealtad al pueblo de Chile,
especialmente a la pareja
Pablo Neruda y Matilde Urrutia,
quienes me dieron amor y alegría.*

La autora

PRIMERA PARTE

—...Usted piensa que alcanzo a contarle aquello. Endiablado.

Ando demasiado nerviosa, se me enredan los acontecimientos.

¡Lejos de ser fácil recordar! Sebastián poseía una vocación titánica: se consagró a su pueblo a todo vapor. A veces apenas comía; se le cariaban los dientes. Una boca de pájaro deja de lucir elegante. Debí recurrir a la prótesis para seducir a las mujeres. Pasaba colgado de los buses igual que los pelusas, recorría cientos kilómetros en ellos. Conocía toda la periferia, desde la Pila del Ganso al Cementerio; desde la Pintana a Carrascal, María Caro, El Guanaco. Traeré a Zamora, mi duende carpintero —anunciaba— y partía a La Legua en busca de la pericia del manejo: el cepillo, la escofina, el serrucho; todo pasaba por sus manos. Lo llamaban el Maestro.

Como treinta años duró nuestro romance... Pero

eso a usted dejó de interesarle, y a mí aún me conmueve, porque cuando él comenzó a trabajar por ellos, yo carecía de cultura. Así, él se largó por su cuenta. ¿Su quehacer?: un enigma. A mí me gustaban sus manos inmensas, sus yemas de músico, la energía y la sensibilidad de su cerebro privilegiado. Yo soy una sobreviviente del desastre, pero no estoy sola. Hay muchos conmigo. Usted advierta, al lado de afuera de las casas, cuántos siguen esperando que se les pase un vaso de agua. Todos los días aumenta el número. ¡Claro!, pero usted ese aspecto lo halla poco atrayente... A diario vienen interesados a conocer... A ellos les dedicó un inmenso amor. Debió sacrificar su bienestar. A veces andaba sumamente desabrigado, casi sin zapatos; se compró unas botas. A mí me pidió que le tejiera una bufanda, pero por último, otra mujer la concluyó. Yo le regalé un chaquetón marinero que compré en Valparaíso. Vivía como asceta sobre un catre de palo, rodeado de libros y polvo. La música y sus numerosas amantes compensaban la sordidez ambiental. Lo importante consistía en su clarividencia: un hombre fuera de época, al que le falló el cálculo, pues nunca se halló dentro del sistema. Un inadaptado; también un frustrado como la mayoría de los artistas. Al hombre común escasamente le entusiasma mirar constelaciones. El telescopio monumental que abarca el vasto cielo, al igual que el laboratorio subterráneo de bromatología, junto a la cibernética montada especialmente para determinar la capacidad de la inteligencia y las ambiciones naturales del individuo, son elementos que contados hombres aprecian. Por lo general, se prescinde de la felicidad y de los placeres naturales. Ahora funcionan los substitutos: drogas, pornoshop, vibrador eléctrico,

bebidas gaseosas, colorantes, levaduras. El mercado contaminado por aromatizantes y artificios produce decadencia física e intelectual. Lo importante es liquidar la hipocresía, acercarse a la verdad. Al menos él lo sostenía. Pero usted sabe, esos sueños lindan con lo romántico.

¿He cogido —acaso— mi captura?, ese territorio sólido, sin clientes, que durante tanto me produjo angustia. Creo en el renacer de la piel, en el decantado experimento de la madurez plena del durazno. Una incuba florecencias, fermenta capullos, y de pronto todo se desquicia por esa complicidad malsana de los reprimidos, de los amargados, de los obstinados en el fracaso. “Que se equivoque, que se frustren los vaticinios”. Que tengamos la garantía del proletariado: el fusil. Sin eso ¿con qué defenderemos nuestros derechos; su legítimo nacer? Echate la culpa. Bendito aquél que basa su hombría en amparar a los débiles. ¡Ah! temerario, desafiante del poderoso encatrado policial, ¡qué cruenta lucha te espera! Coraje, audacia: perfectas combinaciones para balancearlas en esta región del globo.

Abro la puerta y me escapo, veloz, errante.

Estaba arreglando la jaula de jilgueros que me regalaron cuando recibí una carta. ¡Qué fastidio!, me dije. ¿Para qué me regalan pájaros cuando detesto enjaular a los animales? Y sin ninguna clase de remordimientos, le abrí la puerta. El jilguero cantó y no intentó abandonar su encierro y volvió a cantar.

Debí empujarlo con el dedo para convencerlo de su derecho a la libertad.

Una burbuja crece y decae. Nunca pensé en asistir. La casualidad siempre intrusa. Un día, un telefonazo:

—Vamos a donde Gugostoy, celebra una fiesta en su taller.

Ahí estábamos todos los que éramos. —Por aquí— indicó Isabelita. Yo la seguí.

La calle Villavicencio sobrevivía ruinosa. Un zapatero —su rostro de púas blancas, apacible— remendaba una suela a la entrada del portón de una bodega de vinos. Un túnel, bajo de techo, interminable. Rieles sobre los adoquines de piedras. Oscuro. De trecho en trecho, una escalera hacia una trampa. Algunas escotillas permanecían abiertas de manera que unos haces de luz alumbraban cartones, diarios, tarros. Inesperadamente se estrecharon las murallas y llegamos a la última escalera de madera. Se oía el ritmo de “One of these days”. Subimos. Un bodegón espeso de humo, gentes, muchachos de aspecto ambiguo, desaseados, mezclados a elegantes snobs (reinaba la moda del existencialismo, la mugre y la falta de baño; la gomina, la colonia y el cabello corto, sólo eran patrimonio de los extravagantes), todos archiconocidos aspirantes a artistas o protectores de ellos. El Adicto Cultural poseía unas manos sensitivas, finas, sugerentes sobre el teclado, que me perturbaban. Se precipitó a mi encuentro.

—Te ves hermosa envuelta en redes, Leticia.

—... tranquilízate; poseen otro destino.

En la mirada inteligente del mulato se podía comprender su emoción. Olfateaba al vuelo el talento, la ironía, el chispazo; escogía con maestría sus muñecos, los hacía vibrar, posesionarse de sus papeles. Permanecía horas sobre el estrado. Su arma: la máscara. Lo peor: subyugarse por sus dedos. Pretendía apoderarse de mi persona. Acababa de estrenar con éxito “Los

caballeros de la Mesa Redonda". Había pedido el traslado a Italia, "Marie Hélene no logra acostumbrarse en Chile", y de pronto, desde que comenzara a frecuentar mi casa, se habituaba. Le fascinaban mis "parties", aburridos, burgueses. Bien servidos quizás, pero yo estaba harta de ellos y de la compañía de ambos. Así, cuando al planteármelo como una confabulación, como si de mí dependiera su futuro, que se hallaban arrepentidos de mal conocer a los chilenos y pensaban quedarse como un "ménage a trois" consagrado, prorrumpí en alabanzas a la France Eternelle y a París "siempre a la moda". Con eso se cerraba el ciclo de jazz, de frivolidad y de ébano. Ahora, arrepentida, pensaba en el juguete excitante que me perdí un par de meses, colgando del cuello el fetiche africano. Avanzaba en medio de letreros alusivos, imágenes obscenas, afiches humorísticos, todo cuanto satisfacía el espíritu imaginativo del anfitrión. En un rincón se saciaba la sed. Me acerqué a la cantina. Jaime, por su único brazo, me estiró un whisky. El Adicto Cultural me siguió. Junto a él, un joven filósofo, de cara redonda, dulces y claros ojos escondidos tras gafas, me observaba silencioso, pero alerta, como detectando mi proximidad. Se bailaba sin cesar. Renunciar al diálogo, a intercambiar ideas. Beber. Yo me entregaba al ritmo, pasaba de unos brazos a otros. De pronto, me vi atrapada por un diente de oro. Era como una tonelada de oro macizo, absorbente, una pala mecánica que agarra y aprisiona en un evidente deseo de poseerme, ahí, de inmediato, ante espectadores existencialistas, mimos y de los otros. Sus manos sudaban, mojaban las mías. Resoplaba con entusiasmo. ¡Qué horror si el diente saltara y cayera en mi boca! Obligada a mantenerla cerra-

da, por ningún motivo entreabrir la. ¿Acaso intentaba donármelo en premio? — ¡Qué insolente manera de bailar! Casi una violación... ¡Ay! ¡qué indecente! — comentaría el “ataché”. ¿Si fuera protagonista? ¡Bastante distinto! Horrorizada, hurté al sexo provocador, que aplastaba mi montoncito de venus: tan tierno, delicado y sensible; que comenzaba a dolerme provocándome un hematoma. Del grupo compacto de mirones, un muchacho junto a la columna me acechaba desde su riguroso luto. Se diría que me palpaba con su vigilancia. Me sentía imantada. Alto, delgado, de nariz aguileña y barba, se destacaba como una isla. ¿Acaso sus inmensos ojos fijos me impulsaban a seguirlo con la vista? ¿Con qué derecho ese gitano me estrujaba, me llenaba de transpiración mis secas manos? Hubo una pausa en la música, que aproveché para premiar al gitano mediante una óptima patada en las canillas, lo cual permitió mi liberación. Crucé los brazos sobre el pecho. Giré.

— ¿Quién se aventura a bailar conmigo?—. Varios brazos se precipitaron, pero los míos, sabios e intuitivos, sólo se abrieron para el tímido muchacho que parecía ahondar internas soledades: sus acariciantes ilusiones. Algo fresco, tierno, emanaba de su labio inferior que palpitaba, leve, como cuando tiemblan los pétalos mientras las abejas escudriñan los estambres.

— ¡Serás mi enterrador! —le dije al oído, rozándole la oreja—. Eres un gavilán y yo una paloma, y como maligna te voy a morder la yugular antes de que me destroces—. Se interrumpió la música y comenzó el espectáculo de mimos. El me arrastró a una azotea, semejante a la de mi infancia. Confabulaban las asociaciones. ¿Me hallaría confortable en la intimidad de las estrellas, en el susurro del primer beso, en el descubri-

miento del afecto? Desde ese instante, el deseo de pertenecernos se hizo evidente, no cesó de espolearnos. Si yo actuaba como una paloma: obligada a volar, a jugar, a coquetear, a arrancarme y volver al arrumaco; él, como gavilán, ¡que se la pudiera! ¡que demostrara su virilidad! Regresamos al salón a contemplar el espectáculo. Actuaba un pierrot, a quien consuetudinariamente lo explotaba un burgués. Por numerosos portillos espiaban muchachos, mientras se acariciaban con mujeres de generoso escote.

—Vámonos —propuso.

—Baila conmigo—. El Adicto Cultural me lo proponía furioso. —Dejé a mi mujer en casa. Quiero estar contigo en una boite, solos y juntos. Mientras permaneciste en París sólo pensé en ti. ¿Qué hacemos aquí?

—No regresaré contigo ni aunque me compres un “lolypop”, ni un “jaguar”.

—Advierte mi enojo. Será la última vez que te lo proponga... Te aseguro que me matas de inquietud...

— ¡Me aburres!

Al escucharnos la gente reía.

— ¡Que te vienes conmigo!

— ¡Imposible!

—Pero, al menos, ¿con quién te marchas? De ninguna manera regresarás sola, yo te iré a dejar. Alguno de estos desgraciados, sin duda, te habrá chiflado la cabeza. Déjate de niñerías y obedéceme. ¡Cuánto te deseo!

—Comienza por ahí.

Risa.

—Pues dejo de verte.

Se comportaba ridículo. Hablaba en voz alta. Mostrándose derrotado, pleno de indignación, el

“ataché” se marchó.

Busqué a mi gavilán.

Cogidos de la mano, dejamos el taller. Era una noche de estío. El viento tibio enredaba mi cabello. Callábamos. Nuestros pasos retumbaban en los adoquines, mojados de luna.

—Deseo que conozcan mi rincón.

—¿Pintas?

—Algo así. ¡Ven!

(“¿Hacia dónde me conducía? ¿Quién era? ¿Cómo dijo que se llamaba?”).

Funciona la máquina convencional; —¿Dónde trabajas? (“Espera. ¿Y si me mata? Parece tan fúnebre. Sus ojos tiernos y esas manos fuertes, largas, pero sobre todo fuertes, que me estrechan con energía, podrían estrangularme. Una palmada y me vuela la cabeza. Vampiro. Sátiro. Nada tranquilizante. Una real aventura de terror. Pasar por ingenua, por heroína del marqués de Sade, sin ninguna arrogancia me resultaba excitante. Desafiar lo estable, lo seguro, lo convencional... ¡Fome!”).

Los riesgos me entusiasmaban. Tendría que saltar a la pólvora. Pegar el brinco colosal, por último. ¿El espectro amoroso dura, acaso, un solsticio? ¿Quizás tampoco hubo ruego o resistencia? Fuimos, sencillamente. Una casa perdida entre enormes plátanos orientales, añosa y encantadora, donde las golondrinas tejían sus nidos. En la planta baja de la casa, un piano; en el segundo piso una habitación conventual. Una máscara de Beethoven constituía el adorno único de los muros.

—¿Aquí vives?— Y la austeridad de mi anfitrión hizo garra.

—Aquí...— balbuceó, sintiendo la inseguridad de

que el lugar me agradara. (“Por fin un hombre despojado de complicaciones absurdas. Mi marido, en cambio, lleno de formalismo, de extorsiones sociales”).

Esa noche contemplamos el amanecer en el balcón y nos sabíamos puros, unidos, invencibles.

—Necesito regresar—. El me estrechó más y me impidió moverme.

—Sí. Debo regresar—. Nos vestíamos en silencio, como condenados a muerte.

Aclaraba. El cielo, hacia la cordillera, embebido de lluvia, y todo el Parque Japonés parecía solitario. El río Mapocho traía más caudal y se escuchaba su canto de piedras arrastradas desde las profundas quebradas andinas. Desde mi ventana vi cómo Sebastián, al cruzar el Puente del Apache, se inclinaba sobre el río, miraba hacia mi ventana y caminaba lentamente por el césped, dejando a su paso las huellas de sus zapatos en una alfombra verde blanqueada de escarcha.

Etapa hermosa, a qué dudarlo; yo pretendí suavizar su dureza de existir. ¡Ay como si supiera! Comencé por transformarle su casa. Pinté verdes las sillas, compré una totora a modo de alfombra, donde nos sentábamos, y algunos cacharros de greda. Puse en orden la cocina y le enseñé a cocinar. También plantamos malvas en el jardín, que pronto se irguieron y taparon la sórdida pared de ladrillos. Esos escasos toques de color, de armonía, se transformaron en una fiesta. El me observaba trabajar, asombrado de que aquellos arreglos tuvieran significación. Había vivido sin esos requisitos. Pero él me amaba y yo a veces me creía dichosa. —Si lograra saber lo que piensas— me preguntaba— te esperaría menos inquieto. Desconozco lo que significo en tu vida. ¿Con quién te ves cuando no estás conmigo?

¿Por qué te atrasas y llegas una hora después de la fijada? Aquello de las citas se convirtió en el mayor escollo. El vivía en función del momento de encontrarnos. Sebastián evitaba las latas de amigos conversadores. A menudo reconocía en mí a una mujer insoportable; encuentros transformados en angustias, pero siempre, mi amor me disculpaba. Nunca usé esa bellaquería de la civilización: un reloj. Vagaba, admirada ante los descubrimientos. Amaba la vida por incapacidad de odiarla. Un callejón oscuro, o un trapo agitándose en un balcón, me provocaba tal emoción estética que durante días esa imagen permanecía en mi memoria. Así perdía jornadas enteras. En escasas ocasiones creí llegar a la hora convenida; tampoco me recibió sin reproche: — ¡Cómo llegaste a tiempo...! ¿De dónde vienes?—. El soplo de la cólera se avecinaba. Pronto, a desatar las amarras. La necesidad absoluta de tragarme. Limitación. ¡Me ahogo! ¡Me ahogo! ¡Urgente, denme oxígeno, me asfixio! Impidan transformar el Amor en una prisión: hay que crecer y volar juntos, aceptarse con sus limitaciones, sus travesuras, las virtudes. ¿Quién improvisa la sobriedad? Yo acumulaba un apreciable caudal de vicios burgueses: regalona, educada para frívola y elegante, ahíta de esa cultura que concede la afición por las artes plásticas. Un esmerado gusto y refinamiento por las porcelanas de Cantón y odio por la Zutzuma; un conocimiento cabal por la pintura flamenca medieval; una búsqueda del color y el juego de los complementarios; el cristal de Baccarat, la plata lisa inglesa, los tapices de Bujara, las alfombras de Esmirna y de Samarkanda. Un odio al Luis XV, al XVI y al XIV; un acercamiento al Chippendale por aquello tal vez de la línea heredada de los chinos; sobre

todo los muebles primitivos sobrios, y los de cañas, constituían junto a las hamacas caribeñas con flecos, mi preferencia. El contraste resultaba glacial, hostil y desconcertante. Mi casa atiborrada de cortinas, de macetas chinas llenas de dephenbahia, de philodendros, muebles de plumas, agradablemente tibia en contraste con la de Sebastián, desnuda con un piano vertical. Ni un solo mueble, ni una cortina, ni una alfombra: hielo. Me castañeteaban los dientes. Poca resistencia para el enfriamiento. Envuelta en chales, de pies gélidos, de dedos agarrotados y el ceño condenatorio, las cejas juntas:

—¿De dónde vienes?

—Del mar.

Todos los días, a cada hora, la idéntica pregunta. Mi marido y Sebastián, con la misma respuesta y el consabido fruncimiento. Reproche íntimo, largas explicaciones que conducían a enredar más la situación, a provocar, a afirmar una y otra vez:

—¡Te amo! ¡Te adoro! Deja de martirizarme, amor —y el insaciable deseo cubría la suspicacia.

—¿Vienes de dónde?

¡Qué diablos le significaba enterarse! Me avergonzaba carecer de quehaceres importantes que justificaran mis atrasos, pero yo gastaba libremente mi vida. Si era de la modista: estallido por la elegancia, la superficialidad. Si del dentista: ¡Mentira! ¡Todas responden lo mismo! Sí, de donde una maga entretenida en chismografía. ¡Estudia! ¡Cultívatelo! Eres una ignorante lúcida. La ignorante reía. Me parecían deliciosos sus celos, sus rivalidades y la emulación.

Entre las sábanas, Beethoven y las ramas verdes que se asomaban por el balcón, reíamos felices. Brotaba

dicha y erotismo hasta el instante de partir.

—Te retengo.

—¡Mi hijo! Debo dormir en casa.

—¿Hasta cuándo? ¡Atrévete! Quédate conmigo.
¿Quieres a tu marido?

—No.

—Pero, ¿qué te preocupa?, lo traes contigo. El tiene otra mujer, ¿no es así? Es justo que realices tu vida.

—Me niega la nulidad. Jamás ha consentido. ¡Cuántos abogados he consultado! Si en este país retrógrado las leyes favorecen al macho. Además está la Religión, la Iglesia Católica y las leyes. Sabes de la inexistencia del divorcio.

—Prefieres tu comodidad. Nadie logra en absoluto dominarte.

Desalentado, roto de rabia y de impotencia. Lo cubría de besos tiernos, como si estuviéramos sumidos bajo la ropa de cama, armábamos casitas y repartíamos flores pequeñísimas en esa luz soleada que produce la alba sábana. ¡Cuánta poesía enriquecía cada minuto!, pero los guerreros mueren espada en mano y la sangre brota siempre de la estocada.

—Hagamos un esfuerzo y juntemonos hoy a comer—. Encuentros devorantes: Lobocaperucita. Capercitalobo. Potencial de iras, de envidia, de deseo. Desbordante. Imprescindible alejarse. Es demasiado neurótica esta situación. Obligada al paréntesis.

¡Un periodista! Poco quehacer tiene en mi casa, pero estaba en ella aterrizado: —Vengo a conocerla.

¿Sabe? se ve más linda que en fotografía. Quiero conversar con usted. Sus escaparates sugieren sensaciones ingeniosas. Surrealismo. ¿Hojeó el diario? ¿Le gustó? Domina su profesión. ¡Ah!, qué interesante, estudió en Nueva York y en París. ¡Le gusta el "papier machée"! A los medios de comunicación siempre los dirigió la política, al servicio de los conocidos monopolios mundiales y usted le transmite una nueva orientación. Emplea temas nacionales, folklóricos, antiburgueses. ¿Cómo se lo permite la empresa?

—Muy sencillo. El gerente ignora las formas de llamar la atención y con tal de producir un toque novedoso o atractivo, lo acepta. El arte, sólo exhibido en las galerías de cuadros y museos es una equivocación; el arte pertenece a la calle, al pueblo, a los escaparates, igual que los afiches. Gozan de esa ventaja: ser populares, acceso constante al público. Entonces, debe llevar un mensaje no sólo de creación, de color y de equilibrio, sino entregar una idea que pueda ser de repudio, ridiculizando un hábito, ya sea de axaltación mediante logros de alta jerarquía estética. Freud que se desliza en medio.

¿Está consciente de hacer escuela?

—Lo dudo. Ciertó que antes que inauguren un escaparate acuden de otras tiendas a husmear. Usted sabe, generalmente empleo acontecimientos de actualidad, aunque no siempre sean evidentes.

—Salgamos un día. Me gustaría invitarla, tengo interés en conversar con usted. Perdóne que venga a visitarla sin conocerla, pero... la profesión, usted sabe... obliga a mantenerse al tanto, informar. Un rápido retrato, en absoluto pretendo convertirlo en una entrevista.

El torrente me alborotó. Un periodista bastante conocido, discutido, simpático. ¡Una novedad!

Y un telefonazo a medianoche:

— ¡Me desvelas mujer! Quisiera pasear contigo. Iré a buscarte inmediatamente. Estoy solo. ¿Te paso a recoger?

— Me fascina la idea, pero sería causa jurídica. Antonio odia los cuernos y yo a los cornudos; además, adoro a mi hijo. Entendámonos: me perturba el misterio de la noche, los secretos de la luna y el viento... Me siento abrazada a mi Cruz del Sur. Sin embargo, a usted, aparte de ser conjunto de la nocturna caminata, le desconozco sus méritos.

Y el torrente:

— Ando loco por ti; me has chiflado la cabeza. Ninguna mujer se te iguala.

¡Qué de mentiras!, pero halagadoras, locas y entusiastas. A los tres telefonazos que realizó en horas siempre inesperadas, acepté la invitación.

Lo que más me atrajo fue su falta de respeto por las convenciones burguesas, los llamados en horas inconvenientes; exigirme que me arriesgara por él; esa porfía por obtener lo que deseaba. Yo vivía entre gente anodina. Ese paseo resultó un desastre. Drogado, "pichicatero", dueño de una verborrea incoherente. Fue una comida fatal, donde el individuo, lejos de controlar sus sentimientos, se desbocaba en una euforia frustrada de antemano.

Sentí vergüenza de mi vanidad.

Sebastián vivía con su tía Teresa, mujer sin hijos, fría y autoritaria. Naturalmente que se llevaban mal, pues él, a su vez, era obsesivo y perseguía sus pasiones con ahínco. Obtuvo el sueño de su vida: un piano viejo comprado a plazo, mediante múltiples ahorros extraídos de un mísero empleo burocrático. Sebastián se sentía orgulloso: lo frotaba con gamuza, lo tocaba con delicadeza, lo afinaba. Pero a su tía, escuchar los preludios de Chopin, los Estudios de Abelli, le producía dolor de cabeza.

Claro, Sebastián merecía más cariño, aunque comprendí tarde ese merecimiento. Debía ser justa: aquéllos que emprenden la titánica hazaña de los idealistas merecen compensaciones afectivas. En esa relación cundía el aliño dramático. Escasa alegría, y el esfuerzo aflorando a raudales.

Cuando la jaqueca de su tía fue más aguda y la histeria llegó a su grado máximo, sin medir las consecuencias, lo echó de la casa. Sebastián debió marcharse, sin entusiasmo, a esa casita digna de un jardinero, en medio de un parque antiguo en el Barrio Providencia.

Amaba los árboles, las casas plagadas de recuerdos. Así transcurrió su infancia protegida por la sombra del ramaje y por el amor tierno de la madre. A su muerte dejó los estudios humanísticos inconclusos para trabajar y hacerse un horario en el Conservatorio de Música. Malcomido, lo que aumentó su ceguera, pero tenaz y apasionado, siguió estudiando piano y composición. Se presentó a exámenes.

El señor Santa Rosa, que a mi juicio era un déspota, pretencioso, lo recibió despectivamente, pues ya lo había escuchado y poseía gran oído para liquidar a todos aquéllos que acusaban talento.

Abatido por tamaña adversidad, Sebastián se matriculó en una escuela nocturna. Se dormía, andaba como sonámbulo. Fue al Ministerio y pidió rendir exámenes, pero tantos certificados le exigieron, así como tantas dificultades le interpusieron, que sus esfuerzos se tornaron cada vez menos exitosos. El director le negó el título de concertista. A la sazón cumplía veinticuatro años y entonces lo conocí. Tenía, pues, razones para pensar que debía constituir una recompensa a sus numerosos frustraciones.

Los días de sol íbamos al campo. Bajo las higueras silvestres, sobre el lecho del río, o en las hondas quebradas nos amábamos, vibrantes en la pasión del primer descubrimiento. Al atardecer, contemplábamos la ciudad que se iluminaba a lo lejos, por el incendio multicolor de los arreboles. Para ahuyentar el frío encendíamos fogatas y por horas contemplábamos la agonía de las brasas. Conversábamos de su porvenir musical, de las imágenes de nuestras infancias y de las ilusiones. Me sentía excluida del futuro. Sin mañana, sabía lo que poseía en cada minuto de mi vida. La comezón del arrepentimiento me escocía. ¿Hasta dónde me asistía el derecho del amor? El estado de gracia es imprescindible para un alma cristiana. Amanecer en pecado involucra la desarmonía espiritual. Despertar de la educación, del castramiento. Zambullirse en el machismo. La estupidez de creer en lo definitivo me acosaba. Eran los largos despertares de crisis, en que apenas se saca aliento. Así aprendí a respetar la angustia, pero el sol caminaba y yo caminaba con él, y los árboles iban resurgiendo, brotando de todos los intersticios íntimos.

Apenas sonaba el cañonazo del Cerro Huelén me

declaraba perdida y comenzaba a buscar a Sebastián por los hilos telefónicos, a través de las bocinas o de los escondrijos. Tensa, apasionada, en el borde de la desesperación entré a la Recoleta Dominica. Las albas y macizas columnas de mármol aliviaron mi febril ansiedad: me apoyé en una de ellas. Una cantata de Bach se expandía en el ámbito. Yo sabía que Sebastián, sentado ante el órgano, tocaba con vehemencia, lo amado, lo verdadero. Cristo colgaba desde su cruz, y yo me sentía tremendamente unida a él. Amaba a Cristo y me creía lo bastante fuerte como para desafiar el amor humano. Subí, una a una, las gradas que conducen al coro. En el techo de la Recoleta se reproducían los colores azul, verde, rojo de los vitrales. Las notas alcanzaban su voz más aguda; vi cuán ensimismado, frenético e invadido de gozo tocaba: me detuve. Sebastián, tan pronto me divisó, dejó de tocar y descendió precipitadamente, atrapándome. Nos cogimos de las manos y hubo entre nosotros un intercambio de roces, miradas, comunicación que equivalía a un matrimonio. Desde ese instante recuperamos una seguridad valiosa: nos serenamos. Un halo envolvente debe de habernos irradiado.

Saca provecho a tu vida, a tu juventud, me recomendaban los parientes. ¿Qué querrían decir con eso? ¿Obtener dividendos bancarios —un poderoso volantín para encumbrame—, refocilarse en la lascivia y en el semen de los machos? ¿Venderse cara? Una mercancía de lujo. Nada de casarse a su gusto con el hombre que le hiciera “tilín”. ¡Absurdo! A gusto de mamá.

A los dieciocho años se calcula sin inteligencia. Me casé virgen con un caballero educado. Nada de arrebatos, ni palabrotas, ni siútico. Equilibrado, buenmozo,

tímido y felizmente introvertido; me hizo la existencia bastante agradable hasta que comenzó a funcionar la siniestra máquina que llevaba en la cabeza: un adorno estrafalario, algo para conmover mi desarrollado esnobismo, pero pronto su mecanismo ordenó mis hábitos burgueses y empezó ese extraño juego con el pedal para darle impulso a la dínamo, que hasta ahora ibendito sea! aún funciona. Todo marchaba perfecto: Antonio tenía su amante y yo disfrutaba de bastante independencia y me mantenía en el filo del capricho. En la infelicidad aprendimos a zambullirnos con insuperable maestría; ninguno de los dos nos considerábamos víctimas. ¡Qué gozo para los envidiosos! Nunca se debe conceder al enemigo el mezquino regocijo. El que se siente víctima está perdido. Desde luego, sin el aprendizaje del pedal hubiese desconocido la vocación de deberme a los demás. Resulta formidable la dínamo, baraja varias primaveras en conjunto; se me antojaba una computadora. Los tules, los pétalos y la vibración del frotar de élitros se transformó, en cierta época del gusto epicúreo, en polen nutritivo. Refregaba el pedal con urgencia conminándolo a cantar. Eso anda de moda, nadie lo bautiza de enigma. Incluso hay cursos especializados que los perfecciona con maestría, mejor que cualquiera. Al despertar, a la álgida hora, se produce el entusiasta recreo de los artificios imaginativos. En concreto: la sangre, el deseo suicida... El engranaje se enfila por su cuenta: poquísimos contactos hasta que el vértigo nos llevó al Gallotero en una noche ardiente... caliente, donde ni una brisa perturbó la sucia luna.

Yo desconocía la pobreza. Caminaba altiva rozando mis piernas entre sí, estimulando mi libido tal como

Sebastián me lo aconsejara. Desde luego jamás seguí los consejos sabios, pero éste, lo juzgué sensato y prometedor. Como una marea rendida llegué a sus brazos.

—Te instruiré. Me acompañarás —afirmó Sebastián.

—Te seguiré adonde vayas.

—Nada de autos. Andarás en bus conmigo.

En calle Bandera trepamos a un autobús abierto, destartalado, repleto de pasajeros malolientes. Sebastián, a fin de que su experimento diera resultado, me situó en un ángulo del vehículo, de pie, cercándome con sus manos. Me atrajo a él como sometida alumna, anhelando una manifestación voluptuosa, pero él, lejos de complacerme, me interrogó con rudeza:

—¿Qué te ocurre que te me acercas tanto? Manténgase sensata. Observe el comportamiento de los demás, tenga más respeto, entienda que viaja con gente del pueblo.

Amapola. ¡Vaya bochorno! Despechada le pisé un pie, lo que a él le provocó risa. —Aquí nos bajamos— Al llegar a Mapocho, Sebastián se las arregló para recompensarme con un apretón significativo. Me enfureció.

—Ahora vamos a caminar.

—¿Por el sol y con estos zapatos...?

Me cogió del cuello, y abrazados caminamos por las aceras despellejadas de baldosas.

—¿Adónde me llevas?

—Ya verás.

A las cuatro cuadras llegamos a despoblado. Aumentaron las moscas, el calor fétido de los basurales. Por doquier tierra, montones, tarros y desperdicios esparcidos.

—¡Caramba el calor! —dije, oprimida por esa cami-

nata en plena canícula.

— ¡Venga!

Y cogiéndome de la mano con ternura, condujo a su discípula a través de extrañas construcciones de cartón, latas, restos de embalajes, tablas, montones de tierra, tierra, tierra, barro, mugre, basura; niños sucios, semidesnudos, descalzos; mujeres jóvenes desdentadas que vestían descoloridas ropas, de cabellos opacos, tirando agua con las palanganas a lo que se presumía calle; andrajos semi lavados y tendidos; una que otra planta en tarro o en olla brotaba como único verdor en esa región de escombros, de polvo y desechos, donde las casas, agazapadas y compactas, se estrechaban en ese sórdido abrazo de la miseria.

—Tengo sed —dije.

—A lo que lleguemos al pilón.

—... voy a pedir agua en una casa...

—Te aconsejo que esperes.

—¿Qué se le ofrece, señorita? —preguntó una mujer.

—Nada. Nada —temiendo molestar a Sebastián.

—¿Podría ofrecerle un vaso de agua, por favor, señora?

—Con placer —dijo la mujer trayendo una taza saltada—, el pilón queda bastante retirado. Ha sido imposible conseguir que nos instalen agua. Piensan trasladarnos. Quizás sí lo harán. Aquí vivimos por los menos siete años...

—¿Vive sola?

— ¡Qué va! Vivo con mi hijo y la mujer de mi hijo, mi hermana, mis nietos, mis otras hijas y los maridos de mis hijas y los hijos de mis hijos...

—¿Cuántos son en total?

—¿Quién sabe pues, señorita...?

—No preguntes nada.

Salió un hombre de contextura fuerte en camiseta.

—¿Qué “sapean” ustedes por aquí? Este lugar no es bueno para gente como ustedes. Mejor que se vayan.

—¿... pero que al caballero lo desconoce, acaso?
—replicó la vieja.

—Nunca lo he visto.

—El señor de la construcción, el que está enseñando el sistema nuevo.

—¡Ah! el de la Cooperativa.

—El de la Cooperación —rectificó Sebastián.

—Sí, pero de todas maneras no traiga damas “pitu-cas”.

—Vengo a hablar con Panchulo —dijo Sebastián, como pidiendo autorización. El hombre movió la cabeza en señal de asentimiento y nos observó cómo nos alejábamos entre el pedrusco suelto y los perros que salieron a husmearnos.

Apenas podía caminar entre la tierra dispareja. Tacones altos, pies hinchados. (Entonces, juré operarme del juanete). Me detuve desalentada. Vi una hilera de mujeres llevando jarros, baldes, carretillas que esperaban su turno para sacar agua. Nos miraron con fastidio. Sebastián, antes de exponerme a las burlas de las mujeres, me desvió hasta una puerta que en mejores tiempos debió ser azul. Golpeó. Casi sin resuello, de mal humor, descompuesta, pretendí dejarme caer sobre un cajón. Sebastián me obligó a permanecer de pie.

—Apóyese en mí.

Me saqué los zapatos y los tomé en mis manos. Un hombre salió a la puerta.

—Este compañero es Panchulo.

—Sentémonos aquí, a la sombra —propuso un gor-

diflón moreno de camisa alba. —Dentro se multiplican las moscas... aunque tampoco aquí las hay menos —su dentadura completa asomó. — ¡Qué inmundito lugar!

Me dejé caer en el banco de madera.

—¿Sabe, Sebastián, en lo que pienso constantemente...?

—Diga...

—Pienso en la diferencia que existe entre la ignorancia y el conocimiento. Cómo se transforma el hombre apenas conoce las causas de sus desgracias. Antes, ¿sabe usted?, yo pensaba en el destino; en la mala pata de nacer pobre; maldecía a cada instante esa injusticia; me negaba a aceptarla, pero ahora que conozco las luchas de esta población, que he aprendido historia, imposible, miéchica, callarme.

—Eso se llama la toma de conciencia.

(“ ¡Qué espanto!, instalada en el alambre, si yo tampoco sé nada y sin embargo estuve doce años estudiando en las Monjas Francesas”. ¡Cállate estúpida! y escucha —me dije—. Tal vez aprendas a conocer a Sebastián).

—Claro que en cada trampa que nos tienden en la fábrica nos tumban.

—¿Formaron el sindicato?

—En eso estamos, pero algunos tienen miedo que les corten la “pega” y son más retacados que mula vieja, con su permiso, señorita.

—Con tanto apuro poco vas a obtener. Debes hablarles uno por uno, instruirlos, enseñarles todo lo que tú has aprendido.

—Si usted fuera les explicaría mejor las cosas. Usted es un maestro. Posee el entendimiento más claro.

—Más adelante..., apenas hayan formado el sindica-

to.

—¿Sabe?, si uno conoce una cosa ya nunca más la olvida; eso es lo jodido.

—Debes reconocer que las proyecciones de la vida toman otras dimensiones, que el entregarte a otro enriquece tu espíritu y tu inteligencia se amplía.

—Bueno, yo le iba a contar que el compañero Alfredo y el compadre Juan desean conocerlo. Quizás usted querrá ahora... porque la señorita se ve harto jodida con las moscas.

—Será otro día, mejor. Ya nos vamos, ¿Qué pasó con la invitación al alcalde?

—Se corrió, pues; qué va a querer venir a la “callampa”. ¡Imagínese!

—Otra cosa: ¿vacunaron a los perros contra la hidrofobia?

—¡Qué esperanza! Ninguno lo aguanta.

—Arriesgado. Hay que evitar desgracias. Llama a la perrera y consigue que saquen a todos los animales.

—... para que después a mí me cuelguen de los cocos... Hágalo usted más bien. Usted maneja la ilustración.

—Por esta vez te ayudaré, pero tú debes acostumbrarte a desempeñar tareas ingratas. Después te lo agradecerán.

—Pero existe una cuestión que parece que usted la ignora. Los perros defienden las casas, se comen los “guarenes”... El otro día, sin ir más lejos, a una “guagüita” le comió la oreja un “guarén”, y además, está el asunto del abrigo. ¿O usted cree que en el invierno los perros duermen al lado afuera de las casuchas? ¡Nada! Todos los chiquillos apelotonados con los perros. Además, a los perros, los niños los quieren más que a

los padres. Hasta roban para darles de comer, lo que jamás hacen ni por ellos mismos. También es el único juguete. ¿Quién de niño no tuvo un perro regalón?

— ¡Con mayor razón se debe vacunarlos!

— ¡Claro!, pero nadie va a aceptar. Sólo oposición.

— Habría que explicarles lo que produce la hidrofo-bia en el adulto.

— Ni con eso... ni con eso... olvídelo mejor, si la gente es muy requete embromada. ¡Chiss! si hago una “payasá” así se me dispararía todo al diablo... Nadie me respetaría, ni yo mismo. Más me valdría que me cambiara de domicilio. En otros tiempos hubo una miseria tremenda, parecida a la de ahora, y a un gallo desalmado se le ocurrió matar a un perro, asarlo y distribuirlo. Toda la población se le fue encima. Lo apedreaban donde lo veían. Obligado a mudarse.

— Tus argumentos son convincentes... — aceptó Sebastián ceremonioso.

Población perruna densa. Mundo caníbal. Aires de líder frustrado, discurseando en el vacío, apoyándose en la eficacia de una ciencia apenas aplicada y levemente conocida, resistida por la inmensa mayoría. ¿Cuántos millones de mastines en Latinoamérica? ¿Cuántos estómagos vacíos?

Llegaba al esplendor del verde follaje de los plátanos orientales y me sumía bajo el umbrío hipnotismo de su intriga. Tocaba la bocina, Sebastián se asomaba al balcón. Bajaba ansioso a recibirme. Me tomaba en brazos.

Las baldosas, negras y blancas, blancas, blancas y negras, el piano negro, la banqueta negra. Una flor. Siempre una flor en un vaso. Trepaba una escala y me llevaba a su celda. Era amplia, luminosos ventanales,

fruición de ramas, de pájaros, de hojas, Me hallaba serena, allí, entre las malvas; lejos de la concubina de Antonio, de los sirvientes y de mi pequeño mundo circunstancial. Sebastián me sacaba los zapatos, me acariciaba los pies, juguetón y tierno; me besaba robándome la respiración. Fino, sensible, provocaba mi membrana cerebral y también... la sensorial. De pronto me dijo solemne:

—Entré al Partido.

—¿Cómo has hecho semejante estupidez? Te castrarán —Y me puse a llorar desconsoladamente—. Será causa de todas nuestras desgracias, predije con amor de madre iluminada.

Sebastián, preocupado, descontento de mi reacción, me observó sorprendido.

—¿Cómo puedes reaccionar tan retrógradamente?... ¡Ignorante!

—Me enrabia que te pierdas. Podrías realizar una vida tan valiosa. Considero de más importancia ser artista. Es imposible llevar a cabo ambas actividades. Vas a claudicar en aquello que amas y te frustrarás.

(“Maldita de mí, pensé. ¿Qué conocimiento poseo para emplazarlo tan injustamente, y sin embargo...”)
—Eres dueño de escoger tu fruta— le dije con despecho, casi celosa. ¡Creo que debieras luchar por afirmar tu personalidad, lograrás trascender con tu influencia!

Sebastián me miraba. Me escuchó en silencio y nada agregó. Desde ese momento supe que parte de sus sueños dejaban de pertenecerme. Y me sentí más libre para tomar cualquier rumbo. Más tarde logré comprender que ningún individuo llega a la fama sin el apoyo de un partido poderoso, sea éste político, homosexual o esotérico.

Nos íbamos a Ritoque. Entre los montículos de arena caliente nos desnudábamos a tomar el sol y, por supuesto, tejíamos el amor gradualmente y luego bailábamos a la orilla del mar, agitando una manta rica en bordados preincaicos. Nos zambullíamos entre las olas y así, en ese juego primitivo, renovábamos la energía de la sangre y de la felicidad.

Hay imágenes, secuencias que perdurarán.

Andábamos telepáticos. Llegamos los dos al mismo tiempo con un ramo de jazmines al departamento. El me recibía vibrante, eléctrico casi. Yo me sacaba el sombrero de paja buscando donde sentarme, pero sólo estaba el piano con su banqueta. Me afanaba en regar las malvas. El me besaba el cuello, los brazos, me acariciaba. Demasiada pasión; habría que contenerla, hacerla durar, demorarla. “Exprímelo como limón” sabio consejo médico. Desatendida, ausente, seguía en el ordenamiento del coordinado pero siempre sucio escritorio.

—Acércate —dijo Sebastián, sentado en la banqueta y atrayéndome de la mano hacia sus rodillas.

—Quiero que me enseñes sociología. ¿No aseguras mi ignorancia? ¿Que me falta instrucción? Estoy dispuesta: ¡dame un libro!

—Te vas durante una semana y apenas nos vemos me pides leer. ¿Acaso lees los libros que te presto?

—... en la casa me falta tiempo....

—¡Claro! Porque prefieres leer novelas, andar con poetas, beber en los bares... Todos se enamoran de ti y te halagan esos idiotas con quienes te rodeas. Está bien. Lee ese libro en voz alta — Y extrajo del estante “Los Manuscritos”. Comencé a leer. El desabotonó el escote de mi vestido e introdujo una mano suave,

acariciante, por mi pecho. Detuve la lectura.

— ¡Cómo se te ocurre! —dije.

—Siga leyendo, señora.

Proseguí el párrafo. A Sebastián le divertía sobremanera ese juego: brillaban sus ojos pícaros. Mi voz se tornó trémula, entrecortada.

—Casi no entiendo lo que leo.

—Concéntrese. ¿Cómo pretende sin eso comprender?

—Déjame tranquila, entonces.

—Permítame —y prosiguió acariciándome suavemente. Sus manos semejaban el roce voluptuoso de la piel de vicuña.

—Apenas la oigo. Vuelva a leer ese párrafo.

—¿Cómo supones... si...

Seguí leyendo esos magníficos “Manuscritos”... del cual ninguna palabra comprendí entonces. El siguió su juego intencionando la acción. A ratos se detenía y observaba mis reacciones.

—Continúa —supliqué.

—Siempre que sigas leyendo...

Así, en ese hechicero cóctel de piel de vicuña real, me inicié en la sociología.

Conservo sus fotografías en mis ojos. Atrás, lejana, asoma la bahía de Valparaíso, luego, la ola chúcara estallando. Su figura inclinada, su cabeza llena de bucles vigorosos, los pies grandes, descalzos, el pantalón arremangado y las dos manos juntas en actitud de perdón, ruego. Todo sería normal, pero esta foto fue tomada a través de una red. ¿Por qué Sebastián adop-

tó una postura contrita? ¿Por qué quise interpretarlo bajo una red? Pensé que su imploración, en esos instantes, significaba que le perdonara sus amantes pasadas y futuras, pero... pero...

El se cubrió la cabeza con una manta y extendió los brazos en cruz, siempre tras la red. ¿Qué ráfaga premonitoria nos envolvió?

Esta, tú la conservarás. Así nadie sabrá de quién se trata.

Todas las fotos fueron fragmentadas, las manos y los pies, las sombras de sus siluetas.

—Señora Leticia: un hombre la busca.

—Describámelo.

—Dice llamarse Panchulo. De los mismos del Mapocho.

(¿Cuál sería? Lo atisé por la ventana reconociéndolo. ¿Qué le había pasado a Sebastián?).

¡Cuántas noches palpitantes, llenas de voces, de llamados! Crecía en mi garganta la angustia de sentirme huérfana de amigos, de entraña vacía, de una madurez sin apoyo. Envuelta en hilos, impidiendo concederme la autodeterminación del caminante.

Panchulo me había advertido que me visitaría. De pie junto al álamo me aguardaba. ¿Qué pensaría? En alguna forma debía hacerme perdonar mi posición económica. Podía urgir el motivo de su visita. Abrí la puerta de calle: un frío cortante, húmedo, envolvía al río. Lo saludé con una sonrisa amable. Me sentía torpe, asustada. Panchulo se notaba huraño, casi arrepentido de su presencia.

—Pase —lo invité, avergonzada de poseer una casa calefaccionada—. ¿Requiere ayuda? —¡Qué inhóspito el vestíbulo de mármol! Y, ¿cómo actuar con Antonio que de ninguna manera aceptaría a un “callampero” sentado en el living?

—Vengo a consultarla —dijo.

—¿Qué ha pasado? Espérese un instante. —Entré al living donde Antonio leía los periódicos de la tarde junto a la chimenea encendida.

—De la población Colo Colo me necesitan —dije, temerosa de la reacción de Antonio.

—¡Cómo! ¿Y la comida?

—Cena tú, mientras tanto. Yo vuelvo luego.

—¡Pero estás loca! ¿Vas a salir a esta hora? Son las nueve y media de la noche. —Convencer a Antonio que se debe cambiar el sistema imperante por otro más equitativo y justo, difícil tarea. Otros, con mayor talento, tampoco lo lograron.

—Sí, se nos pasó la hora, querido, pero me es imposible negarme. Me necesitan y acudiré. Mientras tanto, come tú. Me incliné hacia él y lo besé.

—¿Quieres que te acompañe?

—¡Por Dios, Antonio! Tú en una población “callampa”, ¡qué idea descabellada! Otro día.

Me asomé a la puerta de calle. Panchulo me esperaba afuera.

—¿Vamos en auto?

—No, caminemos.

—Tal vez... usted pudo —balbuceó— murió la niña..., el ángel de mis sueños. No tuve dinero..., remedios..., y ni usted ni Sebastián estaban. Nadie me ayudó. ¡Nadie!

(Y yo que me sentía tan orgullosa de que pidieran

ayuda. ¿Cómo saber tanta desolación?... Ante la evidencia del horror retrocedí, asustada. ¿Cómo suprimir la magnitud del sufrimiento?).

—... Y allí... están las otras... esperando su turno... desnutridas..., inevitablemente, morirán una tras otra y a usted la esperaba, ¿por qué no acudió?

Ante tan imperiosa acusación, me defendí. ¡Cómo! ¡Cómo saberlo! La noticia me dejó muda.

—¿Comprende lo necesaria que es? Vaya más a menudo. Eso es lo que en definitiva deseaba decirle.

(“En el bar del Carrera a las doce en punto”). Miré el reloj junto al cuenta-kilómetros y aceleré.

—¿Por qué tan de prisa? —preguntó Sebastián.

—Tengo un compromiso. —Apenas me volví. Me sentí enrojecer. La raíz del cabello me ardía. (“En el bar a las doce en punto”). Me reuniría con los Capurines. Comentarían las carreras del Hipódromo, el juego en el Club de la Unión, la estafa del ganado, el escándalo del cuero y la exposición de modelos de Los Gobelinos. Otros contarían chistes. Todos reirían. Siempre repitiéndose. Y ahora, ¿qué experimentaría en medio de ellos, con la retina llagada por las miserables pocilgas, las famélicas mujeres, la cesantía y el triste caso de la chica?

—¿Se puede saber de qué compromiso se trata? —insistió Sebastián.

—Convine en juntarme con mi marido.

—¿Y eso te avergüenza? ¡Detén el auto!

Seguí acelerando.

—Te he pedido que pares el auto. ¿Tanto te urge?

Frené, tumbándolo contra el parabrisas.

—Ahora explícame ese compromiso que te confunde.

—Hay unos amigos tontos que quiero: los Capurri-
nes. Nos bautizamos a la orilla del río Maipo y casi nos
ahogamos; nos atoramos con lentejas y nos cortamos
un mechón de pelo. También juramos ayudarnos toda
la vida, y en cierto sentido así ha sido. Siempre que nos
juntamos nos produce felicidad.

Me defendí con torpeza, el rubor me invadía.

—¡Mientes! Imposible creer que te juntarás con tu
marido. Claro, algún Capurrín te habrá sorbido el seso.

Traté de explicarle lo difícil que me resultaba vivir
en contradicción, en remordimiento constante.

—¿Acaso eres de los nuestros? Tú perteneces a
ellos, al Carrera, a las canastas, a las estupideces.
¿Cuánto tiempo va a durar todo esto? ¡Nunca los
dejarás!

Abrió la portezuela del auto.

—¿Qué haces? ¿Te vas?

—Sí, Leticia. Apúrate, vete a tu compromiso, o be-
berás menos whisky que los otros.

—¿Para qué me lastimas, amor? Dices querer-
me y ni siquiera entiendes mi situación. Lo agotador
que resulta vivir bajo el mismo techo respirando el de-
samor.

—Entonces se debe vivir con el que se ama.

—Sí..., ¿y mi hijo?

—Debería entregártelo.

—Tú sabes... Lo he conversado tantas veces con él;
me lo quitará; se ampara en la ley. Los hombres la
crearon para su beneficio.

—Tampoco piensas casarte conmigo... Debes resol-
verte. Pero esta conversación la dejaremos para otro
día, sin cócteles ni compromisos.

Miré el reloj. Faltaba un cuarto para la una. ¿Qué

hacer? 'El había ya descendido del coche y me hablaba desde la ventanilla.

—Súbete —rogué. (Si consentía que Sebastián se marchara ambos quedaríamos tristes. Nos amábamos).

—Súbete y conversaremos un rato.

—¿Para qué? Te diría cosas hirientes de las cuales después me arrepentiría. Tú eres una criatura inocente. Además, desconoces otro mundo. Márchate junto a tu marido. Yo caminaré por el Parque Cousiño, así se me despejarán las ideas.

—Iremos los dos al Parque. Desde allí telefonaré para anunciarles mi retraso.

—Di que nunca más te aguarden y te quedas conmigo para siempre. ¡Usa tu valor! ¡Desafíalo!

—¡Así!, ¿bruscamente?

—¡Qué cobarde eres, mi linda! Vete. Se inclinó hacia la ventanilla y me besó.

Sentí su beso triste, beso de hombre incomprendido.

El otoño se insinuaba con sus hojas crujientes y Sebastián, cabizbajo, se internó en el bosque. ("Si corriera, lo abrazara e incluso llorara. Si le dijera, te adoro, prefiero compartir un día a tu lado, que disfrutar lejos de ti. Si supieras que toda la vida te aguardé, que eres el único hombre que para mí existe en el universo...").

Tan complicado comunicarse, traducir el amor en palabras. ¿Conseguiría que Antonio, tan machista, aceptara mi derecho a amar? ¡Qué esperanza gozar de libertad! Ningún hombre comprende nada, e intentarlo sólo sirve para pasar un tremendo fastidio. Puse en marcha el motor y aceleré. Y él de seguro pensando "¡Se ha ido! ¡Esta mujer es una porquería! Sólo si se las mantiene bajo el dominio físico se las sujeta... Tam-

poco me ama lo suficiente. Con ella me lo paso peleando... ¿Cómo hacerla totalmente mía?" ¿Me entiende Sebastián? ¿Acaso después de conocer la miseria de esa gente logre apaciguar mi conciencia? Librementemente, sin que nadie me lo impusiera, determiné combatir junto a los desorientados. Infructuosa resulta la caridad individual. ¿Sirve para algo? ¿Tenemos comida, frazadas para cubrir los cuerpos, colchones, jarros, lavatorios, agua? Necesitamos medios. El único que puede solucionar la indigencia es el Estado. ¿Pero qué ocurre? La burguesía solucionó su problema de remordimiento con limosnas y obras de beneficencia. El saber nos compromete. También yo, a veces, desearía ignorar "mi saber".

Apenas entré al Hotel Carrera me saludé con el grupo de los Capurrines. En una mesa me aguardaba La Perdiz con El Puma. Me senté con ellos. El Pericote, dichoso, se me arrimó. Algo bebido, me devoraba por sus ojos de carnero degollado.

—¿Cuándo, mi reina, me tomará en cuenta? Acabo de dejar a Antonio y lo he entusiasmado para irnos a Bucalemu. ¿Te gustaría acompañarnos? Está lleno de cisnes de cuello negro.

La reina bajó la vista. Bebía la frase. "Partir contigo, amor mío. Jamás con ellos". ¿Acaso nunca realizáramos juntos un viaje?

—¿Qué te parece? —insistió el Pericote, aguardando mi contestación.

Alcé la vista. Debía contestar. En ese momento se entrecruzó otro mirar desaprobador, cargado de ira y reproche. Pegado al mostrador del bar estaba Sebastián atisbándome. Me golpeó el estupor. Jamás imaginé que lo hallaría en este bar. Le sonreí alegremente y dije:

—Sí, me gustaría mucho jugar.

Envalentonado el Pericote con la respuesta, se inclinó sobre mí y susurró:

—Te adoro, Leticia. Volaremos juntos al Cuzco y a Macchu Picchu.

La Perdiz propuso almorzar en su chacra. Llegó Antonio hasta la mesa y me besó en la boca. Inquieta, observé a Sebastián. Este aplastó bruscamente su cigarrillo contra el cenicero y salió irritado.

(“Debiera levantarme y hablar con él. Se van a dar cuenta, seguramente, si lo hago. Claro, puedo decir que necesito telefonar, y así actuaré de inmediato”). Sin embargo, me quedé sentada parloteando.

Un “groom” apareció con una pizarra. “Señora de Combarbalá. Teléfono”.

Me incorporé rápidamente de la mesa.

—Por aquí —indicó el muchacho y me condujo a un saloncito. Allí esperaba Sebastián.

—Mi amor —dije, precipitándome en sus brazos.

—¡Nada de amor! Tú te vas conmigo inmediatamente. Si quiero a una mujer no admito que ningún borracho la corteje.

—Pero Sebastián, ¿estás celoso del Pericote?

—¿De ese borracho?

—¿Irme? ¡Si almorzaremos en la parcela!

—¿Con todos ellos, verdad? ¡Frívola, siútica!

—Seguramente —vacilé.

—Nunca lo soportaré! ¿Me oyes? Te vienes de inmediato conmigo.

—¿Qué les diré, Sebastián?

—Escríbele una nota a tu Antonio. Aquí tienes papel.

Me senté ante el escritorio: “Antonio, discúlpame

con la Perdiz. Me acaba de ocurrir un percance inesperado. Leticia”.

Sebastián dobló la hoja y la puso dentro de un sobre. Bruscamente me cogió de un brazo, y desaparecimos del lugar.

Vistiéndome paulatinamente esa mañana, sentí punzante la soledad. Deseaba ver a Sebastián, rozar su piel, acariciarlo con la pupila. Pasé delante de su casa. Los postigos permanecían cerrados. Toqué la bocina, la de sonido inconfundible; las ventanas seguían herméticas. Sabía que aunque Sebastián durmiera, emergería de su sueño y abriría la ventana.

El parque llovía sus hojas y el frío se colaba por una rendija del automóvil. Caminé. En mi banco, frente a la estatua del General Mitre, nos sentábamos casi todos los días. Me mordí los labios y miré hacia atrás: una pareja de estudiantes ocupaba “nuestro” banco.

¿Dónde se hallaba Sebastián? ¿En una población “callampa” enseñando algo? Entonces recordé. Crucé el río y tomé por la Avenida Recoleta. Frente a la Recoleta Dominica me detuve. Entré. La cantata de Bach, se repetía con sus voces tristes, profundas y sostenidas. Arriba, sobre mi cabeza, oí el órgano. Sentí júbilo con la música, el júbilo de lo que se ama con pasión. Supe del gozo mientras sus dedos recorrían el teclado. Su único desahogo. “Amor mío, pobre amor mío”. Sólo subir la escalera del coro y me hallaría frente a él. ¿Con qué derecho perturbaría su tranquilidad? ¿Qué le ofrecería? ¿Acaso renunciaría a mi hijo por Sebastián? Lo pensaba a menudo y siempre llegaba

a la misma conclusión. ¿Es que Cristo me ayudaba? Seres tan desgraciados como yo, son quienes necesitan ayuda.

Todos los rincones saturados de incienso. Una lamparita de aceite ardía, escarlata. Me apoyé contra la columna. Permanecí sin pensar un largo rato, mientras la Cantata de Bach invadía todo mi ser. Al presentir el último acorde abandoné el templo.

En mi casa me aguardaban algunos invitados para almorzar. Eso me distrajo. Todos hablaban al unísono y más de alguien dijo frases inteligentes. Me tendí en la colchoneta junto a la chimenea y desde allí los observaba cómo se movían y gesticulaban. A duras penas intervine en la conversación. Cerca de las cinco trajeron té. Me sentí cansada del parloteo, del humo de los cigarrillos, de la soledad, y fui donde mi hijo. Jugaba entretenido con un amigo. Al verme entrar, el chico levantó la cabeza y dijo:

— ¡Hola mamá! —y siguió su juego.

Lo besé y quizás lo apreté más que de costumbre, porque el chico chilló, forcejeando por desprenderse de mí.

— ¡Déjame jugar!

Me hallé torpe, triste, angustiada. Me quedé junto a él jugando a los choques, a los pitos, a las cartas, pero tampoco aquello me trajo sosiego.

Salí de la habitación y me dirigí a mi dormitorio. Desde allí se veía el Mapocho. Una bruma fantasmagórica cubría todo el contorno del paisaje. Por el puente del Apache traficaba gente. En medio de él, inclinado sobre el agua, un hombre de figura inconfundible: “Sebastián me aguarda”, me dije. El corazón me ametrallaba los sentidos. Bajé velozmente las escaleras.

—¿Dónde vas? —preguntaron algunos de mis invitados. “Me juntaré con él. Volveré por mi hijo. Pero ahora me marcho”. Y corrí por la calle, el pelo y el abrigo sueltos, flotando en la niebla de la tarde. “Ahora nadie nos separará”. Corría como enajenada, los sollozos me brotaban en pequeños gritos. Al llegar al medio del puente, abrí mis brazos e iba a estrechar el cuerpo inclinado del hombre, pero me contuve. El hombre se volvió lentamente y me sonrió. Enmudecí. La sangre me abandonaba.

Panchulo me miró tranquilo. Fluía calor humano de sus pupilas.

—Buenas tardes, señora. ¿Se acuerda de mí?

—Por cierto, ¿cómo podría olvidarlo? ¿Y las niñas? —me atreví por fin a interrogar.

—Bien, bien... Sebastián me ha “achutado” con esta ropa. Tenemos la misma talla.

—¿Qué es de Sebastián, ha estado con él?

—Casi todos los días.

—¿Puede caminar un rato conmigo? —Necesitaba hablar de Sebastián. Además el hombre había perdido la hurañía del primer instante. Pensé que se encontraba allí ex-profeso para auxiliarme. Accedió y nos internamos en el Parque Japonés.

Caminábamos silenciosos, fumando. El hombre fue el primero en romper el silencio.

—Necesitamos verla en la Colo Colo.

—Ando muy ocupada —me disculpé. Desde mi rompimiento con Sebastián había dejado de ir a la población, así evitaba todo contacto con él.

—Al principio las señoras llegan muy entusiasmadas, nos prometen interesantes cambios y de repente desaparecen. Sin embargo, yo me equivoqué con res-

pecto a usted. La creí distinta.

—¿Por qué? Siempre me exigen reacciones ajenas a mi temperamento. Soy sólo una pobre mujer.

—¡Qué lástima que abunden tantas pobres mujeres! En la población, todos se llenan la cabeza de ilusiones y esperan aun soluciones a sus problemas. Con usted estaban tan esperanzadas.

—Terrible me parece esperar que les cambien la vida mecánicamente— (Pensaba sólo en Sebastián).

—Ahora me voy al campo, a Chillán, ahí mi marido tiene un fundo y prometí acompañarlo.

¿Por qué decía que debía ir con Antonio? Jamás pensaba en él. Era la primera disculpa que acudió a mi mente y la lanzaba como idea madura.

—¡Con que es casada! —exclamó Panchulo, sorprendido.

—¡Qué le parece! ¿Ha visto tremenda desgracia?

El hombre me miró y nada dijo. Yo deseaba que él me hablara, me reprochara incluso mi comportamiento, algo dijera en el hielo y en la soledad de la tarde.

—Y además soy madre de un hijo encantador...

—¡Ah! la creía solterita... Los hijos amarran —agregó el hombre.

Permanecemos silenciosos, mientras caminábamos, las manos hundidas en los bolsillos, pateando la tierra que pisábamos. Panchulo se sacó la colilla del cigarrillo y la lanzó lejos. Se detuvo y, volviéndose, murmuró:

—También me preocupan mis críos.

Sin duda, el hombre quería marcharse.

—Antes de irse, dígame: ¿cómo está Sebastián?

—Reguleque, como todos. Bastante reventado.

(Sebastián ¿se siente feliz? ¿Habla de mí? ¿Me quiere aún o ya me ha olvidado?"). Difícil preguntarle

todo aquello. Dije:

—Déle saludos míos.

—Con todo gusto, señora. —Y se marchó de prisa.

Debiera pensar que él forzosamente se verá obligado a amar a otra mujer. Abrazaría a otra, encenderían juntos el fuego de la chimenea y en la primavera caminarían por el campo... Resultaba insoportable el pensamiento. ¿Sería posible que nada de mí sobreviviera en su vida?

Asomarse a la libertad, al mundo, disfrutar de los amigos a pesar de que nunca se me permitió elegirlos. Todos impuestos por la familia, igualmente el marido. Juntarme con ellos, con los que me interesaba congeñar, ver las cosas desde distintos ángulos: “plongée”, “close-up”, supino; reconocer situaciones diversas, descubrir sensaciones, bucearse una misma, estudiar usando la inteligencia, el saco de la memoria. ¡Córrete gansa! La Universidad, la universalidad, el estudiante aperado de su caja de zapatos con hoyos polícromos, y su magia de encanto. Explicaciones, funcionamiento y saca-tenedores, abrelatas, acompañándose de La Cumparsita, don Cumpa, trepando la escalera de subida sin bajada, dale con chupar un “pito”, préstame el pitillo, ¿quierís volar? ¡A lo mejor! Voy despacito descubriendo ese tesoro oculto por Drake y Cavendish... ¡Oh! el jazz, el swing, las piruetas, twist, estruja, esdrújula, cómete el corazón de la sandía, se te hará agua la boca, pero te apagará la sed. El precio del conocimiento nunca fue barato; me entusiasmó reconocer talento en los demás, ya había nacido el niño, pero yo seguía siendo una ni-

ña y ningún hallazgo me abrió la mollera. ¡Vamos al “Bosco”! ¡Al “Iris”! ¡Qué miedo! La Fuente Alemana, reconfortante andar en “patota”, posar amamantando peces, preguntar por “La Colorina” de toda una generación, de varias décadas. Trasnóchar en sesiones de cine, de mimos del ocultallamas y decorando con chorreras de plumas de avestruz, malla de gallinero, aserrín, ojos de muñeca, turquesa de sulfato de cobre, pecera y canarios, y pasa el Pericote, y una le golpea el vidrio: para que te sorprenda hincada a “pata pelá” adentro de la vitrina: la exhibición desconcertante que expondré a la vista del público. Romper lo convencional, introducir la sugerencia de lo que corresponde, con papeles escritos saliendo del cerebro y secándose el potto. Yo nunca había salido y ahora zambullida en la novedad. Sebastian me tiraba de las polleras. ¡Vámonos! Más tarde... aguarda... quiero quedarme junto a ellos otro rato más... Vamos a hacer una revista, decir cosas locas sobre cómo, cómo sedujiste al miedo, lo domaste y te lo tragaste de a poquito. Y porfiar por irnos, sacarme arrastrando un pie... Me encerraba sin pulmones, pero en cambio se destapaban las puertas del Paraíso, la imaginación erótica y la ternura amorosa. Sólo de lunes a viernes.

Claro que fui feliz hasta que el pánico se apoderó de mi marido, al presentir que yo peleaba por volar y que el biombo se le arrancaba. Le era indispensable para su prestigio enmudecerme y coartarme; podarme, prohibirme, encerrarme y amenazarme. Mientras mi amor, mi hombre, se lamentaba buscando mujeres en mi reemplazo. Pasar la noche, jugar una pizca al disimulo. Yo, Leticia, siempre me presentaba de triunfadora y domadora de Leos. Tomaba lo mío, me asegura-

ba, lo seducía, lo convencía, pero resultaba inútil; en el fondo surgía la verdad: felicidad a medias, mujer a medias, parcelada.

Estos paréntesis de detenerse a pensar, a solucionar conflictos, sucedían más a menudo de lo deseable.

La situación se tornó insoportable.

—Apetezco mi nulidad — ¡Ja, ja! — Hay que ver lo que es asomarse todos los días al ausentismo de la libertad. ¡Estoy enamorada!

—Vete, pero sin el niño.

—Seguro que a ti te lo voy a dejar, para que te refoyles con tu hipócrita concubina. Todo en familia. Nada por exhibir.

Los abogados me repetían:

—Sin acuerdo no funciona la nulidad.

—Te lo doy todo, pero ni un peso; tienes la libertad para domesticar al que te plazca. Déjame a mí la viudita.

Escenas tan reiteradas como aburridas devoraban mi campo magnético. Cada intento de limpiar la honestidad del existir, de invocar el derecho elemental de disfrutar un amor digno, se estrelló siempre contra la víctima. Elegir entre el hijo y la felicidad.

En la puerta del cine Sebastián me esperaba.

—Perdona la tardanza.

—Veinte minutos.

Rodaban “El Quijote”, el Quijote soviético. Nos sentamos, fríos, extraños. Le deslicé mi mano enguantada entre las suyas. El la cogió como quien atrapa un pez, con temor de que se le escape, y tiró el guante del dedo meñique, pausadamente del anular, lleno de voluptuosidad, sin apresuramiento. Acariciaba mi palma con la yema de sus dedos a través de las líneas del por-

venir. Era fino y violento, como desnudando mi cuerpo.

Volteado hacia la pantalla —preguntó, ansioso.

—¿Qué te pasa?

—Te siento poco cariñoso.

— ¡Para qué me fastidias! Estoy agotado. Ven esta noche y lo sabrás.

Avida de afecto, requería que me acariciaran los cabellos, me besaran; me urgía sentirme niña y mimada; aún sufría por la escena de la tarde. Antonio me había sorprendido hablando por teléfono con Sebastián y no tuvo el valor de enojarse conmigo. Buscó un pretexto: el niño había llegado arrastrando los cuadernos rotos. En lugar de pegarme, castigó al niño.

Inadvertidamente se produjo un vuelco en el comportamiento de Sebastián: dejó de llamarme.

“Por supuesto que te alejas. Una paloma se posó en la baranda del balcón. Yo quería hablarle de mis problemas en la intimidad. El balcón se veía cerrado. Ni una luz cayó en mi pupila. Lo aguardé. Toqué la bocina con timidez. Escudriñé por la ventanilla y vi las puertas cerradas. ¿Acaso tienes otros collares?”

Y el Pericote diciéndome:

—Me siento solo, entiendes. Te he esperado tanto tiempo. Tú ignoras lo importante que eres para mí.

El Pericote sorbe el café y entona una pieza de moda. En su impermeable asoma una mancha, exactamente debajo del chicote de la manga izquierda.

(“Deseo sentir tu aliento en mi oreja. Tú me abandonas”).

—Me gustas. —Y el Pericote, audaz, me toca el codo.

(“Yo debo contestarle algo, hace rato que permanezco muda. Sebastián abarca todo mi pensamiento”).)

—Un vaso de agua, por favor. Me decido por fin. Abro la cartera con un movimiento mecánico.

(“¿Por qué acepté salir con el Pericote? ¿Qué atracción posee? Lo observo. Me aburre su conversación. Tormento en sus pómulos y una desesperada búsqueda de ternura”).)

—Siempre me has interesado.

—Lo sé.

Tal vez sea por eso por lo que estaba allí, sentada en el taburete alto de la fuente de soda.

(“Somos dos solitarios entregados a nuestros destinos. El piensa, quizás, en otros silencios, al lado de otra ausente. Yo pienso en ti, Sebastián, en correr y abrazarte; así, apretados, como el día en que llegué empapada de lluvia, de hojas de álamos y de soledad. Tú me cobijaste, me envolviste como un capullo. Ninguno dijo nada. Pasaron muchos autos. La gente de seguro nos miraba. Nosotros permanecemos abrazados. Eran todas las estrellas del planeta que pestañeaban. Todo el silencio acumulado el que gritaba: ¡Diez días separados!”)

(“Destrózame, quémame, deja que las moscas me coman en los basurales; pero ámame. Yo no ambiciono posar de mujer lujosa ni elegante, ni distinguida, ni viajada; desearía zurcir tus calcetines, meterme dentro de tus bolsillos”).)

—¿Quieres irte? ¿Terminaste tu café? —Y sus ojos azules deambularon sobre la taza vacía donde agonizaba el azúcar. (“Sí. Debo resolverme y casarme contigo.”)

Con escándalo, divorcio’’).

Salimos.

La calle seguía volcada de otoño. Sentía ganas de caminar y de subir el cerro. (‘‘¿Por qué Valparaíso, de pronto, el viento jugando en mis polleras y en el sombrero? Así olas. Olas de rumores llegaban igual que las telarañas que vuelan de mar a cordillera’’.) Los pasos sobre los adoquines golpeados de faroles. Una música en algún sitio, una risotada en un billar, una pareja sobre la acera. Dimos vuelta la esquina. Al atravesar, el Pericote me tomó del brazo. Del otro lado de la acera caminaba Sebastián. Con suavidad me desasí del enlace de su brazo. El Pericote buscó las pupilas de Sebastián. Rápido, Sebastián se me acercó. Me detuve. El Pericote, ignorante de ese encuentro, caminó algunos pasos hasta que advirtió mi inmovilidad y regresó junto a mí.

— ¡Andas divirtiéndote!

— Sebastián. Te presento al Pericote. — Este lo ojeó despectivamente y ni siquiera le estiró la mano. Sólo un vago movimiento de cabeza, hostil. Pericote se adelantó, sonriente, a saludarlo.

— ¿Por qué andas en la calle a esta hora? ¿Divirtiéndote?

— Pensaba en ti.

— Desde cuándo necesitas salir a la calle para pensar en mí.

— Venimos del cine — se apresuró a contestar el Pericote. Estaba friolento.

— Te dejaré en tu casa.

— Yo pensaba hacerlo — agregó Pericote, confundido.

Sebastián detuvo un taxi y cogiéndome de un brazo me metió en el auto. — ¡Buenas noches! — dijo Se-

bastián cerrando con violencia la puerta y dejándolo en la acera.

—¿Cuándo te llamo? —gritó el Pericote, desconcertado; pero el auto arrancó y su voz desentonada se apagó en la calle.

—¿Con qué derecho te permites llamarme la atención? Un mes sin saber de ti, y de súbito, apareces ostentando un ataque de celos.

—¿De quién es la culpa? Eres tú quien se niega a verme. Seguramente te voy a permitir que andes pegada a un imbécil.

—Yo soy dueña de andar con quien me dé la gana, y tú no tienes derecho de entrometerte. ¿Acaso eres mi marido?

—Yo sé mi “gana”. Pero soy tu amante. Jamás permitiré que seas de ningún otro hombre. Antes lo mato.

—Sebastián, nunca querré a otro hombre. Tú lo sabes.

—Comienzo a dudarlo.

Le cogí de la mano. El parecía enamorado, le sobraba ira.

—Debiera haberlo cacheteado.

—Olvídate de él.

—Tu marido se fue al fondo y te dejó sola; tú aprovechaste para salir con ese petimetre. Veo que te portas a la perfección. Te diviertes mientras uno revienta. A eso te dedicas ahora.

— ¡Machista!

—¿Por qué me insultas?

En seguida me besó. La reconciliación se había llevado a cabo.

— ¡Qué cosa tan complicada es conocer a un Inmortal! ¿Cómo se te antoja, Isabelita, que asistiré?... ¡Eres loca de remate! ¡Qué diablos! ¿Qué actitud tomaré delante de él? ¿Deberé chuparme el dedo gordo del pie para que me cotice? ¿Me atreveré a hablar? Aburre la sola idea. Ni amarrada me llevas. ¡Qué afán de cambiarme de ola! Esta noche me junto con Sebastián.

— De todas maneras alguna vez lo conocerás.

— ¡Déjame tranquila vivir mi vidita! — Quería seguir junto a mi grupo seudo guerrillero por Vietnam que nos obligaba a gritar por las calles nuestras convicciones en contra del poder imperialista yanqui.

La pista política nos producía cierta agilidad intelectual. Al día en las guerrillas latinoamericanas, las traducíamos en canciones de protesta, en intervenciones teatrales espontáneas sobre la muerte del Che Guevara. El espectáculo lo realizábamos al aire libre, en cualquier parque o playa, y pronto la gente curiosa nos rodeaba, participando, discutiendo, hasta que llegaban los “pacos” y nos desplazaban. El hecho era que dondequiera improvisáramos nuestras interpretaciones, obligábamos a la gente a repudiar a los asesinos del Che, lo que nos paliaba la tremenda tristeza. La política, a pesar de considerarla interesante, resultaba ser la revancha de frustraciones, pues al gobierno lo juzgábamos testarudo, legalista; y a sus oriundos, consuetudinarios ciudadanos del orden, fatalistas y abúlicos. Que jamás pensaban en torcer su destino oscuro y estancado; por el contrario, su vacilante pasividad contribuía al letargo; de esa manera las posibilidades de

emancipación eran escasas por no decir nulas.

La pista sentimental corría en un continuo y sostenido desacuerdo entre ansias y posibilidades. Mientras me ensoberbecía de ilusiones, disminuía en mí la pasión; demostraba hastío y cansancio. Así fue como, en definitiva, en aquella época de mi existencia oscilaba en tres pistas: la sentimental, la política y las ganas de jugar.

Las reuniones seguían. Mis amigas se mostraban elegantes y escotadas, cosa poco usual en el ambiente. (Comenzaba a usarse la minifalda y primaba el interés de lucir joven y emancipada). Los hombres se embotellaban en discusiones sobre Angola, Salazar y el hemisferio africano, que pocos conocían y que, escasos de información, los tenía faltos de oxígeno.

Entonces, propuse visitar la casa que heredara de aquella tía, siempre vestida de verde y numerosas pieles, que conocí desde niña en Valparaíso.

Un joven sirviente de chaqueta blanca nos salió a recibir, tan pronto abrió con la llave de la puerta de calle. Eran las once o diez de la noche. La casa se mantenía iluminada y los empleados trajinaban por ella como si fuera pleno día. Entré acompañada de todos mis invitados ruidosos e insolentes a un espléndido vestíbulo. Mientras ellos pasaban a un living, fui al dormitorio a ordenarme el peinado. La puerta del vestíbulo permanecía entreabierta y tras ella se percibía el paso de gente desconocida. Un hombre de cabellera revuelta cruzó la puerta de mi alcoba, se inclinó reverente al verme y se tendió en la "chaiselongue". Me extrañó, pero celebré su desenvoltura.

En seguida me dirigí a reunirme con los demás en el comedor.

La mesa de largo mantel dispuesta —los cubiertos de plata, una frutera de plaqué inglesa llena de uvas entre dos candelabros con bujías encendidas— le prestaban un aspecto señorial; además, los gobelinos que tapizaban los muros impresionaban por su suntuosidad. Todo presentaba un aspecto lujoso como si de antemano estuvieran advertidos de aquella visita. Pero nos hallábamos en esa casa, de intrusos, pues estimé que aquel mozo de chaqueta blanca era más dueño de casa que yo. Veía en él a un caballero, desde luego bastante más señor que los invitados que demostraban una conducta vergonzosa.

— ¡Salud! —Brindaban alzando la copa, a cada instante, hablando con la boca llena, secándosela con la servilleta como si fueran a comérsela. Otro, después de masticada la comida, la escupía al plato. El mozo, impertérrito.

Siguió entrando gente desconocida que se saludaba como si pertenecieran al grupo.

— ¿Los conoces tú? —indagué.

— ¡Qué importa! Son “gallos encachados” y divertidos. Seguro vienen por el Inmortal.

Sentí temor; que Sebastián llegara como un cometa a eclipsar a los demás. Y supe que, de hacerlo, me arruinaría la noche con sus celos, justo cuando existía la posibilidad de divertirme junto a Pedro. Me asomé al balcón y vi nítidamente mi sombra recortada, negra y turbulenta, frente a la pared muda. Pedro me “atraco” a un mueble. A pesar de la confabulación ambiental yo había decidido portarme bien. A Pedro lo consideraba como hermano, pues era el hijo de mi Mamá.

El me divertía; de ningún modo me atemorizaba ni

juzgaba mis espontáneos deseos de “loquear”.

—Necesito cometer contigo un acto delictuoso
—propuso Pedro.

—Mejor inventa uno... qué travesura es “pololear”.

—¿Nunca vas a pertenecerme?

Sus palabras, juguetonas, agresivas, lentas, me dejaron mil nudos, mil proyectos de lujuria, orgasmos prometidos, mecanismos ocultos, pero eran sólo palabras.

—Esta noche te la dedicaré, Pedro, te la prometo
—dije. Pero llegaba un auto de cuyo interior emergieron varias cabezas curiosas que gritaron:

—Este es el número. Detente.

Comprendí que llegaba más gente aún. En eso me topé Isabelita saliendo de mi dormitorio.

—¿Qué andas haciendo por aquí? ¿Así que abandonaste al Inmortal?

—Pero, ¿cómo?... ¡Si ya lo conoces!

—¡Cómo! ¿Cuál de ellos?

—El que descansa en tu canapé.

—En absoluto. Voy a verlo.

De inmediato todos nos trasladamos a observarlo. Lo estimé divertido. Le di un beso y despertó. Regresé al comedor colgada de su brazo.

Todo ocurrió por el tragaluz, que semejante a un troglodita me alteraba mis relaciones visuales y el ritmo del corazón. Algo de fluyente en el tragaluz, de discontinuo, producía en mi ánimo un desequilibrio excepcional que conducía al disparate.

Sentada junto a Pedro, en medio de mis comensales, bajo esa luminosidad opaca y triste del tragaluz y las bujías de los candelabros, sentí unos extraños cosquilleos en mis fosas nasales. Miré debajo de la mesa
—¡curiosa de mí!— para advertir de dónde provenían

esas caricias, y lancé un grito de miedo, pues arrodillado un muchacho desconocido, mediante una pluma de pavo real en la mano, me cosquilleaba la nariz. Exhibiendo su sonrisa libidinosa, gozaba del placer que le producía el contacto. Algo más tarde otros corrieron una escotilla del piso y de allí surgieron varios muchachos melenudos. Venían del subterráneo. Todos ellos extraños, excepto el sobrino de mi prima. Invadieron la bodega y comenzaron el saqueo de botellas.

Bajamos. Algunos destapaban champagne. El Inmortal descubrió un caballo de cartón piedra y tomándome en sus brazos me subió al percherón. Todos los muchachos se enlazaron en ronda.

¡Lady Godiva! gritaron unos y comenzaron a cantar. Embriagada de gozo, descendí aceptando la ayuda del Inmortal. Este me coronó con mas margaritas, ante la alegría de todos.

En ese momento vi aparecer a Sebastián.

Por esos días sostuvimos una conversación interesante. Presumiblemente Sebastián ansiaba la guerrilla urbana, aunque calló. Recuerdo alguna vez, oírle decir que el camino posible para la liberación lo daría una guerrilla urbana, pues el pueblo había perdido la fe en los partidos.

Cada actuación de los Populares que él juzgara desacertada, lo transformaba en un recalcitante crítico. “¡Todo esto es sucio! ¡Deshonesto! Imposible tomar el mando”. (El poder lo dan los fierros). Al escucharlo nadie lo consideraba, pues los ciudadanos vivíamos dichosos por los avances que los Populares

lograban. —Si este país va a ser liberado de la oligarquía tampoco se entregará a sometimiento socialista tipo moscovita. Nosotros ansiamos un socialismo puro.

Desde esa noche el Inmortal comenzó a enviarme regalos sorprendentes: una mariposa tornasolada brasileña; una cajita de opalina; papelitos llenos de sus mensajes; una piedra, los juguetes y las sorpresas. Tantos festejos y adulos, me obligaban a creermelo importante, aunque a veces me sentía tratada como cepillo de dientes. Estaba harta del asedio y, sin embargo, me alegraba descubrir destellos en su cerebro: me fascinaba el Inmortal. Jamás imaginé cuánta capacidad de invención poseía, el encanto y la magia poética de raíz profunda y la riqueza que me aportaría su proximidad, tanto que me sentiría siempre atada a su membrana cerebral, a esa trinchera valerosa que me dio hasta su último instante. Pero Sebastián insistía en pedirme, de mil modos, que dejara de frecuentar al Inmortal.

Y yo: ¡Imposible!

Me sentía ligada a su atractivo saber, a su genialidad incesante. Sí, en aquel acto de la primavera, su voz, sólo el timbre desentonado de ella, me cogió de la raíz del pelo electrizado y la impresión se repetía en cada verso removiendo mis neuronas, mi perceptibilidad, mi búsqueda hacia la plenitud. Me hubiese creído enamorada si ignorase que nos adorábamos con Sebastián. Lo que me dolía era la imposibilidad de compartir junto a él esa admiración por el Inmortal.

De pronto necesité urgentemente ver a Sebastián. ¿Hasta dónde me iba a envolver el Inmortal? Rápidamente corrí, desalentada, en busca de Sebastián que constituía mi territorio, mi refugio, mi renacer. Trepé los escalones de dos en dos y llegué al vestíbulo, ace-

zando. De golpe se me cortó el resuello; de su puerta colgaba el cuerpo delator: un ramo de copihues rojos. ¡Qué tremenda impresión! Tensa, golpeé suavemente a la puerta.

Apareció Sebastián en bata: —¿Y estos copihues? Repican a boda.

Sonrió triunfante.

— ¡Me casé! —inflaba su voz de satisfacción.

— ¡Qué alegría, huemul! —le zumbé una cachetada.

—¿Y fuiste incapaz de decírmelo? ¿Y todos mis amigos, otros huemules imposibilitados de lealtad?

Arrastró a su mujer a un diván. Lucía linda, ingenua y desamparada.

—Capaz de casarte sólo por parecer hermosa. Harto poco puedo hacer aquí. ¡Mejor me voy! ¡Recuérdalo!, esta decisión tú la tomaste.

Cual perro apaleado salí de allí. Andaba pegada a las murallas, sumamente “achunchada”, pensando si acaso esa leve distracción la pagaba demasiado cara. ¿Cómo pude encandilarme con el Inmortal? El Inmortal era el estímulo deslumbrante. Sebastián me castigaba casándose. (“Recopila fuerzas, Leticia, y asume la soledad. Recoge la línea y recapacita”).

Me topé con Smith, crítico de música y amigo de ambos.

—¿Porque a Sebastián se le antoja casarse te vas a dejar morir con todo tu talento? —Smith rabiaba indignado. —¿Para qué te miras en los hombres y dejas de contemplarte a ti misma? Permítele a él seguir su vida, pero realiza tú la tuya. ¡Deslígate!

El pollo mojado se hallaba incapaz de sacudir su plumaje. Me acurruqué al lado del Inmortal que ya había determinado lo que íbamos a hacer.

—Llévame a escoger papel, Leticia, y, al atardecer, a la punta de la montaña para precisar en cuál lugar esconde el sol las burbujas de su aroma, ¿dónde las deposita el rocío? Dime, Leticia, ¿alguna vez has encontrado el cuerpo muerto de un picaflor? ¡Qué cosa extraña! A nadie conozco que lo haya visto...

¿Cuál fue la noche en que el Puma me convidó a comer a su departamento del cerro Huelén? Era un hombre encantador, ingenioso, de chispeante inteligencia, igual que todos en la familia. Estaba también invitado el Inmortal, que trajo un inmenso séquito.

—Me asusta —le dije en confidencia al Puma—. Acompáñame, quedémonos juntos en esta pieza para reirnos un rato a solas.

Al Puma le entusiasmó mi deseo de requisarlo, de retenerlo. —Prefiero quedarme contigo —dije, y lo envolví con mi boa, gesto que al Puma le produjo risa o tal vez lo puso nervioso.

—Dame un vodka.

—También te voy a ofrecer un narguile, de los mismos que fumabas en boquilla de marfil cuando eras una mocosa de calcetines en la matinée del Olimpo.

—¿Cómo puedes acordarte? Colosal tu recuerdo de los besos “latigudos” intercambiados al terminar de bailar apache, pero es el colmo que pienses en mis calcetines.

Aspiré el delicioso perfume del tabaco rubio con una sensación de reencuentro. Al Puma, quizás qué le sugirió esa atmósfera sofisticada, pues me rozó, eléctrico, mis medias de seda natural encargadas al Brasil.

Para compensarlo de tanta delicadeza le di de beber vodka en su boca.

Nos habíamos acercado al balcón y el ramaje de los pimientos nos sombreaba la luz y el riego vibraba en el calor de la noche. Se abrió la puerta y apareció el Inmortal.

—Te vienen a buscar —dijo el Puma, resignado.

Un problema de conciencia. (Una niña de dieciocho años me bañaba entre bolsas de afrecho, me perfumaba, me friccionaba con aromáticos menjunjes de agua de rosas, de benjuí, nácar y leche de almendras. Incluso, me admiraba mis “pololos”. Se convertía en mi cómplice cada vez que me declaraba en huelga, trayéndome camotillos y elevándomelos en un canasto, a escondidas de mi madre, para llevar a feliz término la huelga de hambre, porque me prohibían salir con muchachos. Y esas amigas de apellidos distinguidos nunca me defendieron de mi madre; muchachas del pueblo eran quienes me protegían. Tuve siempre bastante claro quiénes se plegaban y quiénes me amparaban y los que me rechazaban).

—¡Que estalle la rebelión! ¿Dónde está el culpable de las injusticias?

—¡Qué conciencia, Leticia! ¿A quién harás responsable del hambre de tu continente?

—A Dios gracias aún conservo la capacidad de discernimiento.

¿Dónde está el diálogo?, le conversaba a Sebastián... “Te decía el otro día...” Sólo está mi monólogo solitario, permanece la sensación de haberme vaciado

un cuarto de litro y por supuesto que los tres cuartos que permanecen dentro me asfixian, porque vivimos de prisa. Se discute continuamente de política. (Siempre acontece así, aun en épocas normales). La conspiración es una amenaza. Se desconoce si me consideran mujer o generala poderosa. Ahora estoy lista para cambiar de vida, me asiste el derecho a escoger un compañero definitivo. Sí, un hombre que duerma en mi cama y no en la vecina, una voz humana que comparta, discuta, discurra. Un hombre para dormir y despertarse. Nada de dormir solamente, estirar la mano y hallar el vacío y darme fastidio y revolcarme sobre el colchón. Un hombre para amanecer, tocarlo con la yema de los dedos, mirarlo con un ojo, soplarle los rizos, acariciarlo; un hombre para mandarlo a la mierda. ¡Te adoran! ¡Te adoran! ¿De qué te quejas? Lógico, como no me van a adorar si en nada molesto y todo acepto para obtener siquiera, en este país de amor subdesarrollado, unos míseros granos de cariño. De buena ley; verdad; por eso, es un pecado quejarse. Mi matrimonio fue una porquería. Detesto las leyes establecidas, el ajuste burgués, las comidas sujetas a horario. Que los vendedores exploten a mi gente, que las señoras distinguidas se reúnan a jugar canasta y a comer pasteles en lugar de hacerse cosquillas. El disparate entretiene, la canasta también; por último, qué me importa si disfrutan; pero la hipocresía, la farsa, ¡que el indecente aparato represivo burgués se vaya a la cresta! Compostura. Sin embargo, reconozco cuán deliciosa es el agua de Colonia; los zapatos lustrados, la cortesía, aunque la palabra corte-sía es sugerente...

Ahí estaba el pedido de colaboración del Senado.

“Debemos cubrir toda la ciudad: orden suprema. Acudimos a las mujeres americanas para que nos ayuden en una colecta pública para los damnificados del Huracán Flora. Nuestro país contrajo una deuda de hermandad. Imposible olvidar que ellos enviaron un avión para el terremoto”.

Fueron tiempos lejanos, y hasta ahora inexplicable por qué nos designaron la población La Bandera. Conocía toda la periferia de Santiago, pero jamás había visitado ese sector. Sin duda al llegar tuve un gesto de repudio. ¿Por qué nos enviaron allí donde la miseria ahueca más los ojos? Una feria de verduras ocupaba la única calle esfaltada; el resto tierra, todo polvo, todo gris. Me aproximé a un hombre, lo saludé y le pedí su colaboración. El hombre enmudeció, sonrió despectivamente. Una colilla se quemaba en un rincón de su boca. El hombre me clavó los ojos con odio. Herida y desconcertada volví la espalda y me alejé. Lo atisé. Las pupilas permanecieron lacerantes, acusadoras, inmóviles. (“Con razón me aborrece a mí y a todos los de mi clase”). Prefería aquella rabia a todas las miradas serviles de admiración. Quería decir que aún estaban vivos, que luchaban y superarían su medio. Debía hacer algo, viva o muerta, por el resentimiento de los niños desnutridos, la pobreza y la humedad, por la leche aguachenta de los flácidos senos, por las maldiciones de los borrachos, por las infantiles prostitutas. ¿Acaso yo era culpable de nacer en la clase alta? ¿Por qué me detestaban si mi odio era inexistente?

¿Acaso los ayudamos? Esa era la culpa.

—Señora Leticia, este dinero se lo manda el vendedor de escobas para las repúblicas del Caribe.

Me di vuelta y avisté a un hombre apoyado en cuatro escobas, ofreciéndolas.

—La señora te saluda —dijo un poblador. —Es ciego.

—Muchas gracias —murmuró el ciego, sonriendo.

—A usted mi agradecimiento.

Como reacción a este gesto, el muchacho del puesto del almacén que también se había negado a colaborar con un óbolo, me alcanzó, y confundido echó dentro de la bolsa de papel, trescientos pesos. Me avergoncé. Me interesaba conocer la feria, lo que vendían manos escuálidas: montoncitos de habas, tomates, tres dados de sopa Maggi, dos y dos choclos, un paquete de tallarines y flores de papel. Delantales rotos, sucios, miseria de barrio paupérrimo, casa de calamina, incoloras, insoportable calor, tierra, pobreza y generosidad. Los más horrible que he visto hasta ahora. ¿Me pregunto por qué mierda nos mandaron allí con esa tremenda incomprensión y separación de clase?

Volví a ver a Sebastián en el cine. Ocupaba una butaca delante de mí. Aguardé ansiosa por saber si a él lo acompañaba su mujer, pero apenas encendieron las luces comprendí que se trataba de una bailarina. Este hallazgo lo puso bastante nervioso. Estuvo toda la función con el brazo estirado, tamborileando en el respaldo. Se las arregló para hablarme e inmediatamente me anunció;

—Esta tarde te llamo.

Comprendí el fracaso de su matrimonio, impresionada. Pero me alegré de recuperar a Sebastián. En efec-

to, ese mismo día volvió conmigo imaginando proyectos afectivos.

Sebastián estaba desorientado. Tan pronto se juntaba a su mujer o volvía a mí. Pero nuestra unión estaba por encima de ese ir y venir. Gran parte de mi formación política se la debo a Sebastián. Y reconozco que sólo él combatió mi frivolidad y me inculcó el deseo de realizar cosas importantes.

La situación se tornó complicada. Los muchachos andaban vigilados y por supuesto nosotras los ayudábamos. Ese día fui llamada, reiteradamente, por teléfono y por último me comuniqué con Sebastián. Así me enteré que tenían un vigilante de punto frente a su casa.

Me puse dos vestidos, uno encima del otro y eché en mi cartera una peluca negra.

Llegué a su departamento. Efectivamente, afuera, frente a su casa, aguardaba un hombre de bigotito.

Sebastián estaba acompañado por la pareja de “chascones” temerosos de salir. Obligados a discurrir un método que distrajera al policía, por último se les ocurrió que uno de los “chascones” me acompañara para emprender una treta en la que se requería suma prisa. Me encajé la peluca, me saqué el vestido y resolvimos que una vez en la calle, yo comenzaría a darle carterazos, pelearme y si viéramos a una señora con bolso y paquetes la atacaríamos. Yo le bajaría los calzones y el “chascón” le quitaría el bolso. Todo fue tan perfecto y acelerado que nos perdimos corriendo por el Parque Forestal, hasta tal extremo, que el policía se despistó y se fue tras de nosotros.

En esos años, tantos años ya, Sebastián frecuentaba a los artistas y creó junto a un sicólogo y un pintor, una orquesta infantil en el Abandono del Niño. Esta funcionaba en la Escuela México, la que nos facilitó el local y nos ayudó a llevarla a cabo. Esta orquesta era cacofónica. Juntamos en la ribera del Mapocho piedras redondas, filudas, chicas, romas, que daban distinta sonoridad, según fuera la forma de ellas. Cada grupo producía sonidos diferentes. Dependía de la forma en que cogían la piedra para golpearla una contra la otra.

En la Casa de la Universidad de Chile se llevó a cabo una inmensa exposición de pinturas y cerámica coloreada, donde los niños escogían los colores.

Los periodistas difundieron la noticia, pero el único que se interesó por toda esta labor, realizada casi en el anonimato, fue un futuro presidente de Chile que más tarde sería mártir del Demonio.

Como se negaron a dejar que tocara la orquesta dentro de la Biblioteca Nacional, tuvimos que colocar a los niños en las gradas del Museo de Historia. Yo me había dado el trabajo de coser un disfraz de animal a cada niño: conejos, sapos, pájaros, perros, gatos, monitos del monte y huemules. Integraban el conjunto, doscientos o más niños. Desfilamos por la calle del Estado, apoyados en una flor esponjosa que los llenó de encanto y poesía.

Todos estos preparativos para el Festival del Niño nos unieron extraordinariamente, haciéndonos más querido el uno para el otro; trabajamos con éxito y eso nos determinó como pareja. Llegó a tal extremo su dedicación, que debí recordarle que a su mujer era imposible abandonarla, más todavía si esperaba un hijo. Esta relación matrimonial lo angustiaba y comprendía

que ella había deteriorado enormemente nuestra unión.

Pensábamos vivir juntos y casarnos en Uruguay. Resolvimos mandar a hacer donde un ebanista, un tálapo amplio y largo, enteramente a su gusto. Un lecho con ruedas para pasearse por la pieza en lugar de incorporarse; llevaba palancas frenadoras y roldanas con tableros oscilantes que sirvieran para escribir o dibujar, atriles para sostener el libro y facilitar la lectura. Desde luego, premunido de un colchón de agua con termostato y música "ad hoc", y como elemento suplementario, una manita mecánica para rascarse la espalda. Admitamos que fue complicado entenderse con el ebanista, pero nos divertimos probándole su eficacia.

—Pero mi amor —somnolienta me levantaba cómo llegas a cenar a medianoche... —Me abrazaba, me sentaba en sus rodillas y conversábamos. Fue difícil seguirle el ritmo, pues sus horas de comida resultaban siempre desacostumbradas. Se almorzaba a las tres o las cinco, se cenaba desde las once hasta las dos o tres de la mañana. Casi nunca comíamos juntos. Rara vez salíamos a visitar amigos comunes; por lo general trabajábamos en la misma población, íbamos a un cine y leíamos sin cesar.

Sebastián era reservado y prevalecía el misterio. Fue entonces cuando aplazó la decisión del matrimonio y me inculpó de la pérdida de unos papeles, cosa inexacta. Comenzó la pelea:

—¿Dónde escondes mis papeles?

—¿De qué papeles me hablas?

—Yo te los entregué para que me los guardaras.

—¡Jamás!

—Todo me lo pierdes.

—Nunca me has entregado nada.

—Pasas preocupada de los tornillos y me pierdes lo que más aprecio.

Además habló de la inteligencia de los esquizofrénicos, así que malicié que Sebastián pasaba por el ardor de un nuevo romance, y lo más inaudito e inesperado ocurrió: le dije que me cansaban sus devaneos. Surgió una escena violenta que me causó un agudo dolor y en un acto irreflexivo, le grité que jamás me casaría con él.

Y tomé la resolución, por más que me doliera, de nunca volver con él.

A pesar de la necesidad imperiosa de verlo, tocarlo, reirme de él, apenas lo aguantaba. Vivía neurótica. Antonio aumentaba su hipocresía y se negaba a concederme la nulidad, por lo que entablé la demanda matrimonial.

La tristeza del desamor deja una profunda huella. Me sentía disminuida; se suspendía el diálogo, se humillaba mi dignidad.

Y después de esos momentos, de tantas resoluciones tomadas, ¡qué ganas, Dios mío, de haberme callado! Volver junto a él, abrazarlo y quedarme en sus tiernos brazos, mas lo definitivo dicho estaba y debía afrontar el porvenir.

Indicado fue visitar un psiquiatra. Recuéstese en la chaise-longue, me decía bajo el resplandor de un foco sofisticado. Y con ademanes teatrales se sentaba detrás del escritorio. —Cuénteme —me alentaba—, y la estúpida masoquista revivía aquello que la atormentaba, creyendo que otro le solucionaría los problemas. De no sentirme tan tímida y cobarde, los resolvería a punta de tomar determinaciones y equivocarme. Siempre se

piensa que otro es más inteligente que una; que se debe seguir los consejos del que está fuera del problema. Así fue como me introduje en el cáliz del floripondio, me masturbé con el pistilo y hubiese llegado al paroxismo si aquello no hubiera atorado al psiquiatra que era simple como una tortuga. Los psiquiatras posan de sabios, de adivinos, de magos. Huelen a semen mental a la distancia. El explotador de angustias, sin añadir ningún bálsamo, reía a carcajadas apenas yo abría la boca.

A la tercera consulta:

—Ahora es su turno —dije—, usted al diván y yo al escritorio. Quiero divertirme, así que comience a narrarme su drama.

—... ¡pero si es tan graciosa!...

—¡Te chingaste! ¡Pacotilla! ¡Te fallaron tus cálculos! —y por supuesto nunca regresé a aumentar sus ingresos.

Necesitaba hormonas para el pelo, un fulminante electrónico para salir de la catarsis.

Y yo pensaba cuánto me gustaría pasearme por este interminable litoral, montada en una ballena y desenvolverme por los picachos de los volcanes.

¡Oh Dios qué grandioso eres!: haber creado al ser humano.

Venía de los hielos, de los mares australes, de los ventisqueros, de las zonas de los cirros acumulados, del calor paterno que nos comprende, de la muestra del afecto, la palabra generosa, olvidada de cárceles, de rencores, dispuesta a la reconciliación de la hermandad

y sin embargo descontenta.

Algo faltaba. Me sentía triste de haber frustrado el éxito a mi proposición de alegría, de esperanza, de unión. ¡Tanto machismo, tanta ceguera, negar la verdad!

Llaman por teléfono. Años sin oír a Mario Venegas. Conversamos. El me preguntó por mis muñecos de papier maché, por mi peinado, mi nostalgia, por mi humor y rió en forma desequilibrada. Me imaginé sus gestos, la picardía de sus ojos al hablarme del otro lado del hielo. Lo evoqué pintando sus cielos de verde veronés, sus playas de tenue acuarela, sus viudas de Rapa Nui y también reí. De repente, cambió la voz y, preciso como un estilete, dijo:

—Necesito una novia.

—Excelente idea —respondí, plena de vanidad—, siempre que se trate de mí.

—Justamente. La única que me puedes servir eres tú.

—Nuestro noviazgo comienza de inmediato.

—Me gustas porque comprendes lo que busco.

(“Te amo desde hace cuatro años. Ninguna novedad. A fuerza de repetírmelo he llegado a oírlo majaderamente. Sólo aspiró a que mis sentimientos sean correspondidos; mientras esto ocurre, él vive con una mujer harto extravagante. Ahora requiere una novia alegre, joven, distinguida; que sea casada, que tenga amante y cuatro hijos...”).

—Para celebrar esta acertada unión iremos a saludar a mis hermanas provincianas, conservadoras y que sólo

visito de tarde en tarde. Los he anunciado mi noviazgo, que pienso casarme de nuevo y están deseosas de conocerme. Han matado un pavo. ¿Comprendes lo que quiero? Son religiosas y tú hablarás del divorcio y de tu hijo.

—¿Pero con qué fin?

—Me pegaron de chico. Me gusta la chacota. Estoy harta de aguantar la vida monótona, aceptar las latas formales.

Se me enrolla la idea, echa nudos y me aprisiona.

—Encantada. Mario, te acompaño.

—Una última advertencia. Debes coquetearle a mi sobrino —exclama antes de colgar el receptor.

El día fijado la encontré en su taller. Estaba cariñoso. Me recibió con efusión desmedida. Me abrazó. Me levantó en peso.

—¡Magnífico! Te ves perfecta. Con esa piel de leopardo pareces una vampiresa.

Corre a su caballete, le da los últimos retoques a unos pescados. Se vuelve hacia mí:

—Hoy brillan tus ojos amarillos, de miel, de topacio.

Mientras el taxi recorre la ciudad hacia el barrio más antiguo, charlamos de múltiples temas; me relata, entre carcajadas, fragmentos de su infancia, sus proyectos actuales, sus fracasos.

Me siento apagada en contraste con su vivacidad, esa vital vertiente de su fogosa alegría. Quisiera contagiarme.

—La Chica es harto aguda y es difícil hacerla lesa.

Llegamos al barrio Sierra Bella. Las calles desiertas, el frío y la neblina convierten las casas, las vuelven impersonales.

—En una de ellas viven mis hermanas, pero ¿en cuál?

—Pregunta —sugerí sin éxito.

Todas se veían idénticas. Resultaba imposible adivinar en cuál de ellas nos esperaban. De súbito se abrió una ventana y una vieja de cara huesuda se asomó.

—Allá —mostró señalando una de las casas próximas a la esquina.

Nos volvimos a hablarle, pero ya había cerrado los postigos. Caminamos en la dirección indicada. Mario golpeó la puerta; se abrió lentamente.

—¡Increíble! ¿Cómo la vieja de enfrente supo que veníamos para acá?

Pasamos por un corredor lleno de helechos, entre patios y gallineros oscuros, hasta llegar a un salón tapizado de brocato rojo.

—Las iré a buscar, mientras te horrorizas de los mamarrachos que pintaba de chiquillo.

De las paredes colgaban cuadros al óleo, acuarelas, dibujos a tinta china; cuál de todos más feo. Siento admiración por Mario, que haya podido superarse.

Las cortinas de brocato, pesadas, caían encima de una alfombra de imitación Esmirna; los muebles dorados portaban un encaje al respaldo. No faltaba el arpa en un rincón, ni los cojines de raso pintados, ni las clásicas muñecas de porcelana, tendidas. Un Sagrado Corazón de Jesús colgado, el sofá isabelino y el piano. Completaba este conjunto una lámpara de cristal de Bohemia. Atónita, contemplé las luces que expedían las artistas de sus cristales. Al mirar el contorno, quedé aterrada. Sobre cada una de las sillas había trepado un gato y los siete monstruos negros me miraban fijamente. Me precipité a la puerta. En ese instante entraban

dos mujeres cincuentonas que, joviales, me extendieron las manos.

—Qué gusto, Leticia.

Las saludé efusivamente y me arrimé a Mario angustiada.

—Siéntese— me dice la Chica, encanecida a causa de un aborto, según su marido.

Ella parece ser quien toma todas las decisiones. Es alegre y charladora. Por su insistencia obedezco. Ella me imita y lanza contra mi falda al felino que ha cogido entre sus brazos.

Grité, pero la Chica me tranquilizó.

—Es magnífica la Madona.

Llega el cuñado de Mario. Se trata de un italiano corpulento, quien se presenta y también se echa sobre la falda uno de los mininos. Asoma la cabeza una chiquilla de trenzas, me mira y ríe a carcajadas. Uno de los gatos, al verla, renuncia a mi falda y se le arrima.

—Tráete un vermouth —pide la Chica a su hermana.

—Ramírez —llama Mario— ¿dónde está tu hijo Sergio? Quiero que Leticia conozca a mi sobrino.

Se han incorporado y, feliz ante la perspectiva de olvidar a los gatos, me les reúno. La Chica me toma de la cintura y con un aire confidencial me pregunta:

—¿Mucho tiempo que se conocen?

—Desde toda la vida.

—¿Qué usted era de Curacautín?

—No, soy del norte.

—Ah, comprendo. ¿Verdad que en un inmenso amor se anida la sensación de durar toda la vida? ¿Qué tal la interpretación?

—¡Exacto!

—¿Así que es una provinciana? —exclama—, ¡igual

que nosotros! ¡Qué felicidad! —Lo dice con la alegría propio del que reencuentra a un compatriota en un país extranjero.

Abrimos una puerta y fisgoneamos un dormitorio, convertido en estación de radio. Miro al muchacho. Sergio. Igual a Krishnamurti: moreno, enormes ojos rasgados, hundidos bajo espesas pestañas. Come tranquilamente un pedazo de pavo. Al principio semeja un poco aturdido, luego traga y ríe, igual a los demás.

—¿Quiere oírme transmitir? —pregunta.

Por supuesto, digo, lejos de desearlo. En su lecho yace un periódico con un cuento de Maupassant que me tienta, pero debemos escucharle la explicación: bujías, interruptores, ampolletas, marcadores, palancas y cordones eléctricos por doquier.

Ramírez, entusiasmado, nos relata la habilidad de su hijo para montar, él solo, la instalación.

—Transmite algo para que ellos oigan —le ruega a Sergio.

El muchacho comienza:

—Radio T/F2/C en el aire a 245 metros transmite —y repite indefinidamente lo mismo. Mario contempla dos ampolletas violáceas que se encienden y apagan con un filamento naranja en el centro. Piensa en el color, yo en Maupassant; pero la voz sigue: T/F/2/C en el aire a 245 metros transmite. Con ustedes Sergio Ramírez. Les tocaré un mambo. Y pone un disco bailable de música estridente. Escuchamos un rato, luego por la radio se oye una voz de mujer que llama.

—Habla H.W., por favor señor T.F.2.C. transmita las profecías:

“Confortad las manos flojas y robusteced las rodillas débiles.

Decid a los apocados de corazón: alentaos y no temáis, que traerá vuestro dios venganza de retorno: el mismo Dios vendrá y os salvará”.

El muchacho descansa satisfecho de sus radioescuchas. Aprovecho para coquetearle. Pestaño y vuelvo a atisbarlo. Sonríe provocativamente.

—Vamos al salón —propone la Chica— ahí estará más cómoda, Leticia. Bébase el vermouthe.

Me acerco a una vitrina y veo un pajarito de cristal.

—¡Qué lindo, mi suegra me regaló años atrás uno de éstos para el árbol del niño.

—¿Madre? ¿Que tiene hijos? —me pregunta Susana, la hermana segunda.

—Por cierto —se adelanta Mario.

—¿Viuda? —pregunta la Chica, intrusa y con disminuida simpatía.

—Casada.

Las hermanas sin duda hubiesen preferido que no lo dijera tan pronto. Comprendí que lamentaban saberlo.

Al enterarse Ramírez de que era casada escogió un vocabulario más distinguido y obsequioso.

—¿Gusta de repetirse la señora? —Indicaba el vermouthe. Yo que lo detestaba me apresuré a contestarle en su mismo tono:

—Gracias, caballero: el fuerte me produce dolor de cabeza.

La palabra “fuerte” les dio tema para un rato, pues las dos hermanas se desataron narrándome los estragos que el alcohol producía en Mario.

—Pero ahora, lo encuentro distinto. Lo que le falta es una mujer que sea enérgica con él.

—Y que lo acompañe también en sus festejos, ya

que le gustan. Porque, mire señora, para qué nos contamos cuentos, Mario necesita compañía, amor, comunicación: para nada requiere una escoba en su casa.

— ¡Así me gusta! —dijo Ramírez, gratificándose con un tremendo manotón en el espinazo que me dejó a media respiración.

—Cuidado, compadre —dije— ante nada la delicadeza; las confianzas me desagradan.

—Ya te portaste grosero —dijo Mario.— Comprende que estás ante una señora.

—Y además una señora estupenda. Tiene que disculpar mi rudeza... Ocasiones me faltan para alternar en sociedad.

Ramírez, que temió acomplejarse de su desatino, se recuperó. Ejecutó señas a la Chica para que ésta, rápido, nos invitara a pasar al comedor.

Un magnífico pavo presidía la mesa.

—Así me gusta —exclamó Mario al ver los perifoneos que aderezaban al gallináceo. ¿Lo emborrachaste de aguardiente?

—Por supuesto. Además, lo rellené con pasas, nueces, aceitunas, ciruelas, castañas y sangre— respondió la Chica, golosa.

—Su presencia resulta excitante —agregó Mario y al sentarse deslizó su mano por mi rodilla, cosa que los demás advirtieron y que a mí me provocó risa.

— ¡Hay que atacar! —ordenó Mario.

Sentados a la mesa nos servimos una entrada de mariscos acompañada de exquisitos vinos que pronto se nos subieron a la cabeza.

Ramírez, en su afán de congraciarse y animado también por la conducta de Mario, comenzó a buscar-me el pie bajo la mesa, con tal desdicha que pisó a

Susana; y como pareciera que cualquier cosa estuviera dentro de las posibilidades, salvo el ser cortejada por su cuñado Ramírez, se sobresaltó.

—¿Qué te ocurre? —inquirió aguda la Chica.— ¿Por qué pones esa cara?

—¡Salud! —prorrumpí para salvarla. — ¡Qué dicha me siento entre ustedes! Me acalora el vino —y me saqué el chaleco quedando en transparente blusa.

—¡Qué maravilla! —celebró Susana, que el mosto la había puesto más expansiva.

—¿Le gusta? Se la regalo.

Deseaba proporcionarle un placer, pues me parecía tan postergada, tan oscura, tan renunciada a la vida del sexo y de la época, que me sentía en la obligación de impulsarla a emanciparse.

—¿En qué ocasión te pondrías una prenda semejante? —la reprochó de inmediato su hermana.

—Por placer. Para mirarse en el espejo —afirmó Leticia.

Krishnamurti se me sentó enfrente; me observaba, con sus preciosos ojos que me llenaron de turbación. Mario al oído me susurró:

—Te gusta el chiquillo, ¿eh? ¡Harto macho el “cabro”!

—Tú te portas grosero y él es espléndido —repliqué sin cesar de contemplar al muchacho que, evidentemente, notaba mi admiración.

—Baila después con él, tiene un sincopado ritmo —recomendó Mario, agresivo.

—Podría ser...

—Pero tú prefieres dormir siesta... ¿no?

—Por supuesto.

—Nos cederás tu dormitorio, ¿verdad? —preguntó

Mario a la Chica. —Yo quiero dormir próximo a ella... —agregó cínicamente.

—Yo también —dijo Susana.— Me cae simpatiquísima.

—¿Cómo se te ocurre? Comprende que están bromeando.

—Me niego a dormir sin Susana —dije—. Durmamos todos juntos.

Ramírez, regocijado ante la perspectiva, celebraba descomedido.

—En ese caso dijo Krishnamurti— yo faltaré al Correo.

Tal cual se dijo, ocurrió. Exceptuando a la Chica, nos instalamos en las camas mellizas que componían el dormitorio matrimonial.

La Chica, que se abstuvo del relajamiento colectivo, merodeaba la habitación acechando desde la puerta. Hizo algunas recomendaciones.

—Si se sacan los zapatos se resfriarán. ¡Tápanse!...

—Chica, ¡ven a dormir junto a nosotros!

Silencio.

Yo me acosté entre Susana y Mario, lo que produjo en Ramírez un furor incontenido.

—¿Cómo te imaginas —le dijo Ramírez a Susana— que yo voy a acostarme con mi hijo? ¡Pásate para acá! ¿Cuál es la fiesta, entonces?

—Sí, pues, Susana. Anda a acompañar a Ramírez —la envalentonamos.

—A condición de que Sergio ponga la grabadora de las profecías y que se tienda, cederé mi lugar.

—Bien, que las ponga —afirmó Ramírez— siempre que te vengas a mi lado.

Fingí dormir casi de inmediato. Mario, de espaldas,

roncaba.

—Muévelo para que cese de rugir.

—Y hágale un nudo en la camisa: eso lo tranquilizará —agregó Susana, experta en secretos de la naturaleza.

Krishnamurti trajinó hasta que dejó funcionando el aparato infernal y se tendió a mi lado.

Busqué sus pies y lo acaricié con los míos.

Krishnamurti, excitado, comenzó a resoplar sin ningún recato.

Mientras la voz de la profecía repetía:

“Y el pueblo se arrojará violentamente, hombre contra hombre, y cada uno en oposición a su vecino: se levantará el joven enfrente al viejo, y el plebeyo contra el noble...”

Ante lo cual Ramírez indignado exclamó:

—¡Qué modales son esos! ¿Que te crees en un potrero? Pareces potro en celo. ¡Levántate inmediatamente! —Lo que él hizo.

—¡Qué espanto! ¿De dónde sacaste tantas agallas, Chica? ¡Deja a Ramírez, a Sergio y a Susana reposar el succulento almuerzo! Cae pésimo para la salud trabajar —exclamé en defensa de Susana.

La Chica dio un respingo y molesta se retiró.

Ramírez optó por darse vuelta y siguió durmiendo. Mario roncaba y Susana, comedida, decretó que ayudar y obedecer a la Chica era una misma cosa, por lo tanto me quedé sin mi Krishnamurit y me dormí.

Vicente Felipe Guzmán poseía una voz ronca, varonil y expelía un aromático olor a yerbas y

madreselva. Nos sentamos a la mesa y le dije:

—Llevo su nombre anotado en mi libreta.

—¿Mi nombre?

—Sí, el suyo.

—¿Acaso pleitea?

—Si alguna vez toman preso a Sebastián Torres, deberé recurrir a usted para que lo saque de la cárcel.

El hecho de que Sebastián lo destacara así, era para mí importante, pues él subestimaba a la mayoría de los abogados.

—Bueno, sería un agrado. El día que me necesite me llama.

Me fascinó la simpatía que emanaba de él, su optimismo, su juventud, su decisión más que nada. También me agradó la invitación. Me separé de él y pasé un largo tiempo sin verlo. Después apareció en los diarios su fotografía. Había sido detenido con bastante revuelo. En aquella época se prendía a los muchachos a cada rato y también se los soltaba rápidamente, así que, en ese momento, apenas le concedí importancia. Ocurrían muchas cosas. Siempre tuve la intención de escribir y me interesaban los sucesos del 4 de abril, por lo que me pareció indicado llamar a Vicente, abogado de Magaly —muerta trágicamente—. Toda la juventud se sentía conmocionada. Yo quise conocer los originales del juicio y por lo mismo fui a visitarlo en su bufete.

Consideré inhóspito el lugar donde conversábamos pues venían continuamente abogados a acecharnos. Una oficina fría, despojada de plantas, alfombras y cortinas, mientras yo vivía en un departamento bastante acogedor, lleno de plantas. Entonces se me ocurrió invitarlo para conversar en quietud. De esa manera

trabé amistad con ese hombre valioso y cautivador.

Durante cuatro meses, Vicente Felipe me llamó insistentemente por teléfono, hasta que un día resolví aceptar su invitación. Fuimos a comer a un lugar en el que yo recordaba haber estado con el Inmortal. Tuvi-
mos una conversación íntima: nació entre nosotros una camaradería sincera y espontánea. Vicente Felipe era inteligente y político.

El acostumbraba a sacarse los zapatos y la corbata apenas entraba en la casa. A mí me parecía una cos-
tumbre encantadora y de inmediato le acariciaba sus pies desnudos con los míos, mientras almorzábamos. Sin problemas creció un violento amor pasional, además de una amistad que se apoyó en el mutuo interés que teníamos por el crecimiento de nuestro país.

(Me gusta el murmullo de tu sonrisa, tus inexpresivos ojos, tu calma, tu andar balanceado, tu absoluta indiferencia, tu pereza indescriptible, tu increíble conformidad). ¡Qué mal y qué bien se está a tu lado! El vértigo se escapa, desaparece y el tiempo transcurre inamovible, como si los actos más íntimos comunica-
dos permanecieran inalterables y todo un porvenir mo-
nótono, desierto, seco, contribuyera a hacerlo esta-
ble, duradero, infinito. Sensación de reposo, posición horizontal. Perturbador tic, toc...

Rompo lazos. Aíslo sueños. Busco estabilidad lejos de cárceles misteriosas. Cierro el círculo.

El aire estaba lleno de azul desafiando el color de mis iris amarillos y seguimos caminando, enlazados, rozando las caderas. En la pradera flotaban las esporas entre los átomos y el polen. Corrían, volaban, diseñan-
do imágenes inesperadas y cambiantes.

Lo oía cómo me buscaba la ternura besando mis orejas, penetrando su lengua en mis oídos y repitiéndome: ¡Soy feliz! ¡Cuán feliz soy contigo!

Te amo, porque te gusta entregarte anteponiendo una enormidad de baluartes y cada movimiento está supeditado a cambiantes variaciones que te cercan y te acercan hacia mí y nada puede impedir el grito de gozo que se te escapa contra tu voluntad, al momento en que yo también me arrebató por el deseo de alcanzarte y llegamos siempre parejos al empate de la cópula.

Luego el fugor decayó. Laxa, fluía mi alejamiento personal.

¡Qué mal se conocen los hombres!

El se engaña a sí mismo, afirmando que además de ser oportunista, y conquistador, alardea de poseer un tipo de mujer: morena, en circunstancia, que solamente le interesa la hembra ardiente. Asegura ser su única preocupación real la política, en tanto que aquello que le importa es la causa del hombre, el devenir de su historia, la simbiosis.

Y yo me pregunté: de todas las deslealtades, las renunciás, los desconocimientos cometidos en ofensa a la integridad masculina, ¿lo perdonarías? Y hube de confesarme que mi corazón nada sabría negarle. Era un ser entregado, débil y angustiado el cual se podría arrasar.

Cierto era. De las raíces brotaba la nostalgia primaria de la sinceridad, el hallazgo ansiado del palpar al unísono de la pareja humana. Barajarse en la incertidumbre perpetua de la inseguridad. ¿Me quedaría de pronto muda? Y me puse a temblar.

Lo maravilloso que manaba de él era su espíritu de justicia y fue ese mérito y ningún otro el que lo hacía

singular. Todo lo que se hable y se diga de su personalidad con respecto a sus ideas de izquierda, a su filiación, jamás pospondría la justicia del hombre, de allí su virtuosismo.

Entre las múltiples virtudes que poseía Vicente Felipe las principales eran el optimismo y la seguridad en sí propio.

Sobarle las durezas de los codos, untarlo al hidromiel, era lo habitual. Sin eso, ¿para qué elaborarían las abejas obreras un solsticio mientras la reina preparaba su vuelo nupcial, que sirviera para el rey de la naturaleza? La diversión era impresionante. Primera acometida: sacar las sábanas del colchón con los caminantes para poder mantener sus dichosas extremidades al descubierto, en tanto las mías se entumían, porque el primo impulso de Vicente Felipe consistía en acostarse de la mitad de la cama hacia abajo, de manera de descansar las pantorrillas en el borde del lecho y dejar sus extremidades libres y felices. A él le entretenía su postura. Deliciosa. A mí me aburría, porque la conversación se repetía asiduamente interrumpida por el espectro del capricho, resultando imposible mantener diálogos coordinados: jugar al intelectual, preocupaciones añejas o arreglar el mundo.

—Es fácil, rompen la fuerza de la clase obrera trasladando a los pobladores de uno a otro barrio... Eso los separa y quiebra el núcleo igual como ocurre con los teléfonos: te los cambian y nunca ya se sabrá tu dirección ni tu número.

—... Para que eso no suceda necesitaríamos un Hipodamo de Mileto —me atoré...— La última población experimental visitada, se construyó en forma de estrella y al centro, en lugar de elevarse el Arco de

Triunfo, se situaba la Plaza del Pueblo.

Yo, medio hiperquinética, corría todo el día inventando rifas, competencias de ortografía y visitas a las mujeres en prisión, para cumplir aquello que repetía Vicente Felipe: “Lo más importante para el individuo es la alimentación”. La fruta, el chocolate y la leche constituían mi preocupación diaria para ser distribuidos como premio. También instruía sobre los beneficios del potasio y los valores químicos y vitamínicos.

Para nada disimulaba su ambición: Vicente Felipe era un colosal oportunista. Trataba de conocer el mayor número de gente importante que pudiera ayudarlo en alguna idea que fuera en beneficio de la libertad, del socialismo y de la información. Sobre todo a esta última le atribuía óptima importancia. Como era inteligente, siempre inventaba ideas para lograr derrocar a un adversario nefasto. Gustaba de la afición mía de dar party— “pichanga” de mariscales; higaditos al romero y ajíacos; exquisitas carnes cocidas en vino durante días enteros con ajo y puerros; patitas de chanco a la salsa de menta, vinagre y azúcar, que dejaban a los invitados satisfechos y dispuestos a escuchar los más difíciles, intrincados y oscuros poemas, o alegóricos cuentos.

Llegaba a su término una administración democrática y pronto comenzaría la campaña de los próximos candidatos a la presidencia de la República.

Cada vez que esta nación se siente sacudida emocionalmente, su causa es política. Todo el pueblo opina, sabe, lee, profetiza, ensalza, ejecuta apuestas, comenta, discute, propone sistemas, se siente libre creador y se olvida del demonio.

“Que tu mano derecha desconozca lo que realiza tu izquierda”.

Mi vida cambió. Con Sebastián, las conversaciones se desarrollaban en sordina, como en secreto, parecían clandestinas. En cambio Vicente Felipe atraía por su magnetismo y su imaginación.

—Hermoso sería almorzar hoy en la nieve.

Acepté encantada.

—No olvides llevar los anteojos y el columpio...

El pueblo actuaba como si hubiese conquistado el mundo, y en el estadio, en cualquier lugar donde se hallara un grupo humano, se veían camisas limpias y se diría que desde ese momento comenzaron a reír, a existir, a hablar, aprender a pensar.

Un obrero le decía a Vicente Felipe:

—¿Sostienes que yo tengo derechos?

—Por supuesto, ¿cuál es el derecho que pretendes conquistar?

—Derecho a decir la verdad; a disponer de agua, jabón; a limpiarme el trasero con el único papel higiénico de la Papelera; y comprarme una camisa nueva, ¿de qué color?

—Pues azul celeste.

—Pues azul celeste será.

—Quiero ser propietario para darle una casa a mis

hijos. Sacarme los chiquillos pateadores de dentro de la cama; apatezco dormir con mi mujer sin sofocarla.

—¿Por qué sofocarla?

—¡Cómo! ¿Y los chiquillos? Y todos ahí escuchando qué hacemos; se reían, ¡qué chacota! ¡Qué puta vas a simular ante con tantos oídos! y todos calladitos escuchando la serial de la televisión de la que ¡miéchi-ca! no teníamos.

En algunas partes donde hubo televisor sirvió para muchas satisfacciones íntimas, difíciles de lograrlas.

Necesidad de la palabra sin necesidad de poseer fuero parlamentario o sindical, vale sólo por existir, ser respetada tu opinión.

—¿Quién es usted?

—Soy el “Guataca”.

—¡Y!... éh? ¿quién es el “Guataca”?

—Un ser humano, que piensa, que trabaja para esta mugre de gobierno. Con sus trampas andamos colgados, todos reventados como racimos capeando la competencia de los choferes de autobuses librándote de que te descuarticen. Quedar a medio compromiso con el asunto de la “ruca” —que la CORVI me la va a entregar, una casa nuevecita de material, nada de prefabricación.

Deseo comerme un “bisteque” jugoso acompañado de dos huevos encaramados, sin obligación de soportar las pupilas de los críos golosos alrededor de la mesa. Al fin y al cabo soy el que trae el puchero. Un bocado para Mincho, otro a la Paty, la mitad del huevo a la “iñora” y por último me entra la indiada, me meto en el “clandestino” y no salgo hasta que me emborracho. Arrepentido, con cargo de conciencia. ¡Qué joder de vida!

Esa era mi existencia, compañera, hasta que conocí a Vicente Felipe. Paternalismo, dirán, porque me protegía. ¡Claro!, a él se le ocurrió que debía aprender a leer y escribir y a todos nosotros nos inscribió en alfabetismo. Al principio me daba vergüenza, después me acostumbré. En mi casa nunca leía, nunca fuimos a la escuela, nos quedaba muy retirada y labrábamos el campo desde los cinco años, sacábamos las piedras ganándole terreno al río; entonces apenas tuvimos todo arneadito, se le antojó al patrón cambiarnos de posición. ¡Puchas que quedamos desilusionados! ¡Nos metieron la mula!

Siempre pensé que mi morada eras tú.

Juntos plantábamos árboles en La Cristalina, recogíamos semillas. Los días se nos hicieron escasos para leer, amarnos y conversar. ¿Te acuerdas?... Nos levantábamos con el rocío empapándonos, respirando el fresco, medios destartalados, sin bañarnos, pegada a los poros la dicha del amor y comenzábamos a desmalezar.

¡Tanto silencio! La noche sin ecos. El abismo. ¡Un grito! ¿Quién lo dio, o acaso fue un aullido de mi corazón?

Los hombres se diferencian entre sí. A veces Vicente Felipe llegaba a las siete y media de la mañana, antes de irse a clases de Sociología; me despertaba, me abrazaba, casi me dejaba sin resuello, y me repetía:

— ¡Me siento feliz! —Era una relación rica en mati-

ces.

Al corto tiempo lo llamaron de su Partido para que ocupara una vacante de senador. Decidió tomar una casa en Rancagua. Naturalmente lo acompañé.

Vivir junto a un hombre distrae. Tener un hombre que te escucha, que te celebra, que te apoya y te ayuda, es vivir en la gloria.

Me entretenía su conversación, la fantasía de ideas y la multiplicidad de soluciones.

—Pues salir a la calle con un salvavidas al cuello y te aseguro que te llevarán presa.

—Apostemos. —Yo apenas mido un metro cincuenta y cinco, con el salvavidas disminuí de tamaño sin discusión. Apenas salimos a la calle la gente me miraba:

—¿Qué pretende? —me preguntó un caballero.

Nos reímos.

—Sáquese el salvavidas —me ordenó perentoriamente, con impertinencia. Estaba furioso. Yo esperé que se me acercara y apenas lo tuve a mi alcance le embutí el salvavidas ante los gestos de indignación del individuo y nuestras carcajadas.

—¡Un carabinero, llamen a un carabinero! —gritaba.

Tomé el salvavidas, me lo puse al cuello y entramos a beber cerveza en un bar y a darle cuerda a la imaginación.

Habíamos peleado y Vicente Felipe, enfático, declaró que entre él y yo se establecería desde ese momento una línea divisoria.

Le telefoné:

Sólo de oír su voz me producía regocijo que se transmitía en risa. —¿La Línea Maginot, avanza o retrocede? —le pregunté.

— ¡Avanza!

—Espléndido.

—Nos encontraremos.

—¿Estamos en guerra aún?

—Usted lo estará, lo que es yo, jamás he peleado contigo.

Bloqueada de prejuicios sabios pero obsoletos. Debía mantenerme al filo del capricho.

“Entra y sal si puedes”. De tantos brincos de la capital a la provincia, aterrizamos en la Población Isabel Riquelme de Rancagua. Ser la compañera de un candidato a senador se convierte en un trabajo agobiante.

Retumbaban los primeros golpes en la puerta, indicios de visitas madrugadoras.

¡Nada de “flojear” en la cama! ¡Qué esperanza! Solazándome del rico calorcito, deseando despertar lento, saboreando en el subconsciente la piel que emite ternura a tu lado. Me levantaba rezongona, caminando a trastabillones en cuanto oía los segundos golpes en la puerta. Apenas saltaba fuera del lecho el comodón se daba vueltas; como una esponja se inflaba ocupando todo el espacio que dejara —como sacándome pica, el machista, de las gangas que le concedía—. Abría la ventana por donde se colaba el aire fresco, despabilador y asomaba mi cogote. Desde arriba siempre la misma imagen, un sombrero alón de huaso y una man-

ta, café o de Castilla.

—Buenos días, compañerito. (¡Qué afán de madrugar, llegar con el sereno!).

El hombre o los hombres, miraban hacia arriba y respetuosos devolvían el saludo.

—¡Buenos días, patrona! (¿Por qué nunca me decían compañera?).

En bata les abría la puerta y los hacía entrar; de paso colocaba la tetera y de vuelta a mi pieza. De buenas ganas me metía unos minutos apegada a mi calefactor amoroso, para afrontar una ducha helada que me arrancaría escalofrantes alaridos. Me vestía de prisa y comenzaba a preparar las tostadas. Servía desayuno. Y una vez que el candidato terminaba de atender cada caso de consulta jurídica, se imponía el “Colorín Colorado”.

El programa se hacía nutrido. Debimos haber abierto un cuaderno para todos los reclamos y denuncias. Que el hortelano Juan Soto, cuidador de la viña de don Dionisio, igual que sonámbulo, envuelto en mantas, miraba el termómetro por si subía, para prevenir la helada, por la noche, a las tres de la mañana. Comenzaba los campanazos, Juan Soto despertaba a los veinte inquilinos a prender la paja de arroz debidamente amontonada para rociarla con Pirol. Comenzaba un humo plúmbeo, espeso, hediondo ¡qué más daba! para eso estaban pagando illoricón! Trabajan sumidos en agua hasta las rodillas y después dicen que la vida del campesino no es sacrificada. —Unos farsantes “cachiporras”. Todavía se les proporciona la facilidad de cazar huillines, sin eso “a las buenas pinzas” que lucirían esos pantalones tan ricos de piel fina y abrigadora.

En Doñihue conocimos a las chamanteras, sencilli-

tas copiando lo que las rodeaba: pámpanos, uvas, hojas de vid, amancay y helechos; apretaba la trama, pura seda pesada. Tejiendo al telar la casulla del cardenal, pues mantienen su categoría en el orbe entero.

Los del Club Social de Malloa se “guachipearon” un trozo de sol de piedra de Antihuatana en la cumbre de un cerro. ¡Increíble! Lo empotraron una piletta, para que otros se abstuvieran de repetir la hazaña.

La ola de asesinatos nos alcanzó en Villa Pupilla.

Yo me arrellané entre dos mujeres de luto. Al cabo de unos instantes me enteré de que el bocio era endémico en la zona, ¡Claro que ella fue operada! Me vuelvo a mi diestra, sobra la pregunta: salta a la vista su tumor.

—El agua que bebemos la sacamos de la acequia y se bebe sin ninguna precaución de filtrarla o depurarla.

De reojo miro la acequia y la veo turbia, barrosa.

La doctora recomienda usar sal yodada y consumir cochayuyo y pescado.

—Pero a nosotras nos desagrada.

Carmen Romero quiere hablar, está atónita. Por último osa contarnos:

—Quedamos tres mujeres solteras, mi madre vieja y un sobrino, asentado. Fíjense cómo mataron una noche a mi padre que andaba en bicicleta, de visita donde un vecino. Se tropezó con dos hombres a caballo y a uno de ellos se le espantó la yegua a causa de la bicicleta, lo que provocó la quebrazón de la damajuana de vino que llevaban, entonces uno de ellos le pegó en la frente a mi padre con una lata de salmón. Mi padre cayó de espaldas, con tanta fatalidad, que rebotó en una piedra del camino que le hizo pedazos la cabeza... Nadie quiso decir quién fue el asesino, descontando lo

que muchos saben.

Carmen suspira y prosigue:

—A mi hermano también lo asesinaron. Lo mandó el siniestro hermano mayor a Los Maquis y dicen que traía un hombre al anca, pero apareció degollado y las manos atadas con alambres dentro de un canal. Ninguno tampoco denunció al asesino.

—¿Y usted, no cumplió diligencias?

—Muchísimas, pero nunca supimos. ¿Qué significa la justicia en Santa Cruz?

Miro al candidato cómo anota. Ya lo veré horas metido en los juzgados de Santa Cruz.

Vicente Felipe habla de la capacitación agrícola; de los préstamos bancarios a bajo interés; de la Reforma Agraria con sus asentamientos y su Consejo Comunal Campesino; el nuevo enfoque de todas las reparticiones públicas; la campaña de alfabetización y la vacunación masiva. Lo importante es que conozcan los derechos cívicos y judiciales. Todo esto resulta imposible realizarlo de un día a otro, pero el camino está trazado. Los mayores cambios se llevarán a efecto una vez que el pueblo tenga todo el poder en sus manos; sin eso, seguirá, la incultura, la pobreza y la impotencia. La masa obrera, los campesinos, los mineros, etc., deben definirse por la conquista del poder.

Lo primordial que el hombre necesita es comida, después será la casa, ropa, educación y cultura.

¿Entienden? ¡No comprenden ni jota! ¡Sólo palabras! ¿Cuándo les llegará el billetito, las botas de goma, pantalones y suéteres gruesos para los tiritones de las madrugadas, porque hay que regar, por esos tremendos pastizales que nos mojan y nos entumen? ¿Será cierto tanta maravilla? ¿“Tener derecho”? ¿Cuándo se ha

visto una cosa así? Sólo para las elecciones piensan en nosotros, después “si te he visto poco me acuerdo”. ¡Tan desprestigiados todos los candidatos! Por eso en esta ocasión nos portamos tan cicateros, ningún gasto dispendioso. Aquí, solamente, pura sombra de sauces.

Después pasamos por Chimbarongo, donde nos esperaban a comer los campesinos asentados y peones del fundo. Como me siento cansada, resuelvo regresar. Me subí al auto y en ese instante una compañera me pide:

—Encaminen a estos compañeros, Leticia, viven en un fundo cerca del camino por donde ustedes pasan.

Uno de estos campesinos, al preguntarle la hora, me responde:

—Es la una y media de la mañana... Voy atrasado al trabajo.

—¡Cómo, si aún es de noche y usted no se ha acostado! ¿En qué trabaja?

—Me levanto todos los días a arrear las vacas para el establo. Trabajo desde la una de la mañana hasta las siete de la tarde.

—¡Cómo!, ¿cuatro horas de sueño? ¡Júremelo!

Las mujeres ríen.

—Cierto, compañera, nosotras somos lecheras y a las tres estamos levantadas.

Llegué a la casa vencida por el cansancio. Además habíamos pasado por Rengo, Pelequén, San Fernando y Codegua. Resultaba merecido un descanso, mas el individuo se defiende y olvida lo que le espera.

Todas las noches funcionaba un “fan club” en la casa. Estridentes altoparlantes sonaban hasta las cuatro de la mañana, hora de término del bailoteo y comenzaban las carreras y los gritos de los pintores. Sólo desde las

cuatro de la madrugada se podía dormir tranquilo. Por supuesto que con tanto sacrificio el candidato era popular.

Al menos los amaneceres poseían el encanto de la provincia, pero a medida que se acercaban las elecciones, los carabineros empezaban a detener a los propagandistas y el despertar se producía sobresaltado.

— ¡Compañero! ¡Compañero! —gritaba una voz angustiada pidiendo socorro—. ¡Efraín cayó preso! Debemos ir en su busca.

Al poco rato regresaba con el preso, despojado de los objetos del delito: la brocha y la pintura. En aquellas circunstancias todos nos levantábamos para juntarnos en el living a comentar. Habitualmente dormían muchos en las tres habitaciones. A veces se reunían nueve o diez muchachos. Quien hacía de dueño de casa era un compañero inteligente, respetuoso, hartamente simpático, en quien se podía confiar y dejarle las llaves de la despensa. Sin él todo hubiese andado mal. Años después lo encontraría demente, enfermo por las torturas. Le decíamos el Che debido a que le gustaba usar una boina y que lo creyeran revolucionario. Los muchachos se reían de él, pues posaba de fanfarrón, aunque no tenía ni un pelo de tonto. En todo caso, yo aprendí a mirar, a escuchar, a comer, a convivir. Pronto me vi en medio de todos los campesinos venidos de Palmilla, Marchigüe, Peralillo, Lolol y Cunaco, en la Plaza de Santa Cruz, frente a la cárcel donde tienen cautivo un cóndor lastimado de estrellarse contra sus barrotes: le crece alrededor de su cuello un collar albo de plumaje fino como una golilla de marabú imperial, digno aderezo de su señorío y distinción. Reconozco en ello la metáfora del preso político al que mantienen tras los

barrotes y estoy entre los campesinos clamando a voces que lo suelten y lo liberen.

Estuvimos horas presionando con la paciencia propia de las razas sometidas. Se nos vino la noche y tuvimos que irnos, pero ello no significó que desistiéramos, pues al día siguiente concurrimos allí de nuevo, reclamando, hasta que trasladaron a nuestro preso ante el juez. Era tan querido este diputado, que apenas lo dejaron en libertad fue como una fiesta: lo llevamos en hombros hasta su casa. En virtud de ello soltamos al cóndor.

Rodamos por un camino de pavimento. De pronto salieron entre unas zarzamoras unos campesinos y una bandera blanca.

—Este es un asalto. Acaba de llegar Adrián. Deténganse, vengan con nosotros.

Los seguimos.

Allí, en una casa humilde de barro, nos esperaba el mejor festín. Empanadas de horno, chanco en piedra, todo ofrecido con una cortesía de magníficos caciques. Nosotros, confundidos por tanto cariño, les brindamos lo único que podíamos dar: nuestros conocimientos y nuestras esperanzas. ¡Carajo! ¿Qué pasó después? ¿Dónde están aquellos hombres? ¿Bernardo, Germán, Adrián, Soto?

San Vicente de Tagua Tagua tuvo un lago considerable lleno de islas flotantes de totoras y por cierto una profusión de taguas. Este lago fue secado, rellenado, nivelado, convertido en tierra agrícola a la inversa de lo que ocurrirá en Convento Viejo, condenado a muerte en espera de ser sumido bajo las aguas de un embalse. Así, todos los que estábamos congregados en esa ocasión política participamos del “cahuín” sentimental

que significaba el anegamiento de casas y arboledas.

Habían asado un ternero y empezaban las presentaciones. Llegaban uno por uno los asistentes, estrechaban la mano de Vicente Felipe, después la mía y seguían saludándose entre la comitiva. Una vez reunidos todos los camaradas sindicalistas, no antes, servían vino acompañado de empanadas, luego pollo frío, oloroso a yerbas, orégano, albahaca y romero.

Con el presidente del Sindicato campesino empezaron los discursos. Nos enteramos de las quejas contra el patrón del fundo Santa Mercedes de Convento Viejo, de parte de un campesino voluntario. Este le pegó una pedrada a un perro cebado con los pavos de los inquilinos. El patrón alegó que le habían muerto la perra Foca y despidió al campesino en circunstancia que la perra estaba vivita y coleando. Ante tan injusto despedido, el sindicato entró en huelga, hasta que repusieron en sus labores al pavero.

De noche llegamos a la estación de Pichilemu a orillas de una laguna. Subimos a unos carruajes semi “cabitras”, semi carretelas que me entusiasmaron. Hay como ochenta de esos carruajes y se les ve circular todo el día por la calle que costea el mar. En esa avenida se hallaban casi puerta a puerta, restaurantes modestos, hoteluchos y negocios de surtidas especies de comidas, plenos de frecuentes veraneantes.

Nos instalamos en el hotel-casino. Esta edificación correspondía al siglo pasado, cuya arquitectura “pompiér” imitaba a la de Niza, con balaustradas, amplias terrazas, jardines con palmeras y se asomaban diseños d’art nouveau y escalinatas que descendían a la playa donde nos esperaba un restaurante venido a menos, que conserva sus pinturas y frisos primitivos.

El candidato se fue con un camarada a pintar y pegar propaganda, pero nosotros, el equipo de colaboradores, estábamos cansados del ajetreo, de sudar sin bañarnos nada más que en los ríos, así que apenas divisamos el mar nos miramos entre nos, y comprendimos aquello que necesitábamos con urgencia. Nos revolcamos en la arena, nos zambullimos entre las olas y luego, vestidos ya, pensamos tomarnos unos tragos en la "boite". Nos reímos bastante y bailamos como locos para que nos diera alegría al cuerpo. Todos nos fuimos muy contentos. Cuando hallamos a Vicente Felipe afanoso pintando la propaganda, nos entró hasta el hueso un remordimiento de los mil demonios. Nada nos dijo, lo que era espantoso. Los chiquillos se fueron a proseguir la propaganda y yo permanecí junto al mudo.

Al saber Vicente Felipe que habíamos estado bailando, sacando la vuelta, bebiendo, me reprendió como un padre descontento y, disgustado por tanto desacato, decidió volverse a Rancagua para seguir su campaña.

Todo estaba calculado para la derrota de Vicente Felipe, que él aceptó de antemano con admirable sentido del humor para favorecer y ayudar a una querida camarada que triunfó.

En un bar le preguntaba un campesino:

—¿A usted le interesa el campo, la empanada, el olor a poleo?

—Siempre que tenga una buena cosecha. De lo contrario, las letras protestadas no convienen.

—Uno piensa, búscate otra ojota que no te coma el espinazo, porque hay varias formas de laborar el campo. Reventarse dale y dale, codo a codo con los peones...

—Me huele que poco te gusta. Si llueve o llueve ape-

nas, te quejas. Difícil aplaudir, demostrar satisfacción. Ser patrón. Sentirse patrón. Actuar como patrón. Mandar y otros obedecer o pasarse la existencia sometido; acatar la disciplina...

— ¡Mansa cuestión!, cumplimiento: vaya con las puras reglas ¡me han tomado para el fideo! ¿Para qué están las máquinas entonces? Despulmonarse por el sólo afán. Un patrón considerado entrega todos los útiles. Así debe ser, pero ¿dónde se encuentra?

— ¡Usted anda medio aleonada! Aguaite al gringo, no le afloja al whisky. Así se lo pasaba en el mineral. Atendía la pulpería. Desenchuecar los entuertos, he ahí, su afición. Porfiado como asno el gringo, lo mandaron llamar de la Dirección del mineral de Sewell, y el hombre, palabra, se la podía. ¡Chita con la payasá! apenas se supo que sacaba oro, se armó la tremenda tronera, llamaron al gringo y la veta se empapeló con cemento. ¡Santo remedio! Yo que conozco los piques, le aseguro que hay hartos cemento. “Continuás” que no los conozco todos. La matraca aún no comienza. El sueldo del país se entrepilla con el presupuesto nacional. ¿Por dónde se arranca? Se cuela el rebalse. ¿Quién se come las coimas en dólares? Agíteme el tónico, el cobre da para todo. La balanza de pagos, comercio exterior, ¡el boom del cobre! expansión monetaria un enigma. Tasas de encaje, la achuntamos en búsqueda de cooperación técnica. Especulación de la escasez. Bienes perecibles. ¿Devuelto a los gringos? De barretero a huertero y pensar que somos miles en lista de espera sólo para Coya y otros tantos para El Teniente. Socavones, galerías, arterias engañosas, túneles tangenciales. ¿Qué hurones los taladran, los rasguñan respirando el oxígeno de mangueras por un salario? ¡Huyuyuy!

¿Cuándo serás dueño de tu esfuerzo ¡extranjero en tu propio suelo! ¡Huichichío! te hicieron lesa.

Rompí los compromisos y me sumergí en la honestidad de la anémona. Posiblemente todo resultara un disparate, se produjeran contradicciones, pero continuaría leal conmigo misma.

Para las elecciones presidenciales estábamos juntos los que formábamos un comando algunos generales jubilados de las fuerzas desarmadas disconformes, artistas y escritores, intelectuales y hombres de ciencia, un puro hilo nos unía a los siete. La radio y el televisor transmitían noticias parciales se anotaba un trago de vino sólo en el balcón avanzábamos aspirábamos profundo retrocedíamos nos cambiábamos de sitio los sentados se tendían de espaldas en el suelo imposible dormir... Agotada de tensión de datos de elucubraciones estimativas de departamentos comunes números cifras inquietantes resultados de provincias llegábamos al término del recuento atrapar necesitaba para afirmarme complejo de inferioridad de ignorar lo bastante para sentirse útil excelente complejo por lo demás el talento se aprende pero su contacto despierta la imaginación agudiza la inventiva libera de límites se diría saludable poseer un genio a mano también me hacía indisciplinada contradictoria andaba suelto por la casa se salía del capullo y nos reíamos juntos también llorábamos el philodendro entreabría su hoja más tierna, un aire tibio soplaba inquietos, nerviosos, una bolsa de neurosis, la espera se dilataba. Ocho millones de corazonas en suspenso doctor, quédese conmigo necesito su

seguridad. —Más tarde nos reunimos. —Me atemoriza pensar en el ataque. —Visitaré a mis pacientes y regreso qué larga se estiró la tarde jamás concluía el día nunca llegábamos a los escrutinios finales las noticias se interrumpieron y quedamos detenidos en el tercer boletín se anunciaba que seguirían proporcionando información pura música un telefonazo de Valparaíso:

—¡Ganaste! ¡Te felicito! —Comencé a sollozar como una estúpida. ¡La medula del triunfo!

—Vámonos —dijimos—: puede ocurrir algo grave. Nos juntamos más tarde en la Secretaría.

Quedé anonadada. ¿Era posible? ¿En qué época comenzó la pugna? ¿Desde que existe el hombre sobre este suelo? Increíble el éxito. Capturar, ¡la solución! ¿Por qué yo, desclasada, de cuna burguesa, convertí la causa del pueblo en mi causa?

—¡Me marchó a la calle! Audacia. ¡Sí, somos triunfadores!

—Aguarde, no sea atarantada —pero yo ya bajaba en el ascensor.

Me lancé a la calle bandera en mano: era un lienzo azul, amarillo y blanco. Una estrella roja en el centro, única innovación a la bandera del guerrillero Manuel Rodríguez. Por fin la Alameda comenzó a llenarse de obreros y los grupos a gritar motes, consignas, Emoción, dicha, vitalidad y alborozo, júbilo que pugna, que sobrepasa la resistencia; lágrimas, risa, esa exaltación pletórica de satisfacción, de sentirse comunicada. Trepé en una camioneta y le pedí al chofer que se acercara a los tanques. Aquéllos, alrededor de la plaza Bulnes, hacían vibrar el pavimento. Los carabineros agazapados en sus espantosos autobuses olivas, trataban de amedrentarnos; yo, vestida de rojo y con mi magnífica

bandera, fui apuntada por una ametralladora, pero desconocí el miedo y me limité a sonreír. Mi alegría moraba más allá de las amenazas, del temor, de la muerte. La tremenda euforia del que obtiene la victoria sobre la comodidad; del que supera su miedo, del que saltó innumerables vallas y renunció a muchísimos halagos conquistando un nombre limpio. Honestidad. A veces esa misma se vuelve contra sus conveniencias y se pierden oportunidades en su honor. Pero la sensatez de comprender mi época; ser permeable al acontecer humano; sensible al trastorno orgánico de un continente que se debate por sobrevivir; la responsabilidad cristiana al confrontar este acontecer que fermenta y agoniza. Eran míos los harapientos que poblaban la Alameda, los fétidos malolientes, los muchachos cogidos de sus banderas, los gritos, el rasguero de las guitarras, el trastorno de la muchedumbre. Alegría. Pensaba que la misma embriaguez que nos dominaba era la que había estremecido a la Revolución Francesa. ¡Ay! ¡Qué dicha nos invadió en ese instante!

En tanto en la Presidencia el gobierno saliente vacilaba en entregar el mandato constitucional al candidato socialista, se demoraron en emitir las cifras finales. El pueblo continuaba tenso a pesar que andaba en la calle en actitud desafiante. Se cruzaban miradas recelosas entre la multitud y los soldados. ¿Se contagiaban en una actitud tomada con anticipación? ¿acaso el pueblo iba a ser atacado? ¿Es que desconocían una causa perdida, y ningún derecho legítimo los amparaba? Algo repugnante, como el odio, fulguraba en sus pupilas.

Tardaron en resolverse por el Elegido. El Presidente traspasó el veredicto: entregaba el poder a un gobierno

constitucional. Toda la Alameda, entre la Universidad Católica hasta la Plaza Bulnes, la llenaban grupos cantores que gritaban. Exultantes, alegres, ya radiantes, mudaron de fisonomía. La masa entre sí usó otro lenguaje. En lugar de llamarse hermano, como en el Cristianismo, se decía: Compañero... Otros más comprometidos, ponían la faz preocupada pensando en la tremenda responsabilidad que se les venía encima.

—Cuidarse del pillaje —recomendaba la derecha, en circunstancia que hasta ese momento ningún desmán se producía.

—Se pisaron la “huasca”. No en vano transcurrieron treinta y dos años entre un Gobierno Popular y otro.

SEGUNDA PARTE

SEGUNDA PARTE

LA FIESTA

La muchedumbre aumentaba, rebasaba las aceras y las calles. Vi a Vicente Felipe frente a mí. De pronto en la Federación de Estudiantes apareció la figura del Elegido, y una nube de palomas envolvió el espectáculo del balcón. Algunos chiquillos se encaramaban a los árboles y en los faroles. Comenzaron a salir jóvenes artistas, alegres; acróbatas, malabaristas vestidos con mallas de colores, llevando canastos de manzanos, jugando con ellas, desapareciéndolas, regalándolas, demostrando su magia, ejecutando piruetas, contagiando a los espectadores, bandas de músicos acompañados por instrumentos relucientes de bronce, tocados de estrafalarios sombreros sin velos, tules y nidos de pajaritos. De pronto se abrieron los portones y comenzó la farándula de camiones: "golondrinas" con caballos, coches victoria de los mismos que esperaban en la Estación Central, estudiantes tocando rock, jazz, tango, tañendo guitarras, tambores; y surgían camiones de manzanas,

plátanos y naranjas. También acudieron los organilleros.

Algunos comerciantes se pusieron generosos y regalaron pasas con nueces, dulces chilenos de La Ligua que devoraban entre risas y chichas, chichas y risas. Sacaron toneles de cerveza y barriles de vino pipeño. Además llegaron los cochayuyos de las rocas, las machas de Ritoque, las langostas de Juan Fernández, las centollas del Estrecho de Magallanes y los ostiones de Tongoy. Y también trajeron la ballena de los mares del sur montada en inmenso acoplado; los congrios de Neruda y las toneladas de merluzas, pejerreyes, truchas salmonadas —arcoiris— y allí estaban presentados con sus bailes de diablos de La Tirana, los chinos de Andacollo; los marineros de Iquique; los mineros del carbón venidos de Curanilahue, Lota, Coronel. Apenas tuvieron tiempo para limpiarse el carboncillo de esos túneles húmedos, malolientes, se unieron a las otras manos alborozados; además, aducieron los mineros de Chuqui, del Teniente, de Sewell. Traían sus cascos alumbrados y la voz ronca, brava, de la dura roca del mineral andino y, sin que nadie lo advirtiera, entonzaron la epopeya empeñada del hombre contra la miseria, el yugo y el malpago.

Mujeres de hermosos pechos y de todas las edades —modestas pero felices— reían luciendo su escasa dentadura mostrando candor propio de la pobreza y la belleza de los sanos y limpios de corazón. Comían cantando, muchos bailaban y el Elegido, en el balcón, producía el delirio de lo soñado, lo quimérico e inverosímil, lo que jamás nadie pensó.

Sólo los sensatos se dejan gobernar por la mayoría. Venció la masa.

La fiesta duró tres días sin cesar, entre cuecas, “potrillos” de tinto, mujeres y niños.

El Elegido se dirigió a la multitud. Fue sacado en andas por fuertes mocetones y llevado en hombros hasta el centro de la plaza, paseando un buen rato entre ellos. Las mujeres lo besaban, los hombres le apretaban las manos, le pasaban un “cacho” de vino para brindar con él, lo aplaudían. Dejaronlo encaramado en un alto pedestal en el faldeo del cerro Huelén. La muchedumbre acudió a tocarlo en ese íntimo regocijo que produce lo increíble.

Comenzaron a cumplirse las apuestas.

El barbero, con sillón elevador, aguardaba a sus clientes, mientras afilaba en su correa la cortante navaja. Pronto llegó un perdedor “achunchado” por el triunfante y, entre bromas y chacota, se sentó en el sillón. El barbero le colocó una capa y le echó un brochazo de espuma y burbujas en la cara ante las carcajadas múltiples. El ganador le explicó al barbero en qué consistía su intervención, entonces éste comenzó a rasurarle el mentón —le apretó la punta de la nariz e interrumpió la operación para afilar más aún la navaja—; por último, le afeitó sólo un lado del bigote, con exorbitante júbilo de la muchedumbre, pues iluminó el lugar con potentes faros para que ninguno de los presentes se perdiera el espectáculo. Los músicos, entre fanfarria y platillos, vitoreaban al barbero. Después le cortaron a otro media nuca —rapada a cero—, y siguieron otras docenas de bigotes y barbas.

Un hombre le arrebató las tijeras al barbero y comenzó a cortarle el pantalón a la altura de la rodilla a su compañero que, con especial humor, soportó semejante mutilación.

Otros hombres, en calzoncillos, se bañaron en las piletas y varios muchachos desnudos se sumergieron en las aguas, junto a una mujer vestida, por el puro regocijo de sentirse triunfadores.

La muchedumbre se separó como un río bullente abriendo una calle. Por ella avanzó un hombre elegante, vestido a cuadros; sostenía en su mano una trailla de la que pendía un collar de perro que un hombre llevaba a su cuello. El elegante, fumando, tiraba de la cuerda del abochornado muchacho. A vista del Elegido el elegante silbó y el que desempeñaba el rol ingrato púsose en cuatro patas, ladró y aulló cual can, lastimosamente. Reían. Por último se acercó al déspota ganador, se incorporó, le puso los brazos sobre los hombros, le pasó la lengua por la cara. El ganador, dueño de tremenda humillación, miraba orgullosamente mofándose de su compañero hasta que éste levantó una pata y lo meó. Cosa fuera de programa fue motivo de risa irrefrenada. En seguida se realizó el desfile de rabos. Pasaban hombres con colas de burros; colas de pavo real auténticas de plumas tornasoladas; colas de cohete semejantes a las que le agregan a los volantines de papel de diario e hilo cortante de vidrio molido; colas de cardos espinudos, cola de gato montés; cola de algas, cola de latas, colas de zorro. Tampoco faltaba el tortillero, ni la vieja acompañada de su canasta de huevos duros, ni el manicero aferrado a su buque, ni el algodón eléctrico con su mago del azúcar.

Las baterías de los automóviles se agotaron en la ciudad; los autos haciendo sonar sus claxons entraron por las calles silenciosas de la pequeña burguesía venida a menos, resentida, acérrima enemiga del pueblo. Macanudas caravanas anunciaron la buena nueva en un

paseo plenas de gritos, cantos, bocinas, altoparlantes, megáfonos por las avenidas sombrías cubiertas de muelle césped, donde yacían las casas señoriales, afrancesadas y muy oscuras. Silenciosas en medio de clubs de deportes y entretenimientos. Se diría que sus dueños meditaban la tremenda derrota y tramaban lo que le impondrían a esa insolencia libertaria.

Intrigada por el devenir busqué el oráculo.

¿Dónde se hallaba?

A falta de él encontré a Kung Fu-Tzen (Confucio).

Ngai-Kang (Príncipe de Lou) efectuó esta pregunta: ¿Cómo haré para asegurarme la sumisión del pueblo?

Thon-tsen le contestó: Honrad, elevad a los hombres íntegros; destruid a los perversos y corrompidos, y entonces el pueblo os obedecerá.

Luego leí que Tseu-tchaag dijo:

“¿Qué entendéis por las cuatro malas acciones? El filósofo contestó: Mantener al pueblo en la ignorancia equivale a matarle moralmente, dejándole caer en el mal, eso se llama tiranía o crueldad; no practicar advertencias saludables y pretender exigir una correcta conducta, eso es violencia y opresión; diferir la comunicación de las órdenes y querer que sean obedecidas apenas comunicadas, es grave injusticia; no conceder equitativos salarios y demostrar sórdida avaricia es propio de recaudador de impuestos y no de soberanos”.

Vicente Felipe fue mandado al Ministerio de Economía y yo estuve junto a él. Como éramos ante todo realizadores, nos montamos en nuestros sueños; que la mosqueta se seca en la meta sin ningún beneficio, el mate restringido en lugar de conceder más difusión y economizar divisas, y Vicente Felipe junto a mí inventando por su cuenta. Mientras tanto... nos engañaban con medida estudiada por la CIA.

A las cinco de la tarde Vicente Felipe desaparecía. ¿Adónde se dirigía? ¿A los brazos de otra mujer? Podría seguirlo y enterarme de mi rival convirtiéndome en la colosal celosa. Pensar en las rivalidades, se me antojaba ridículo. ¿Por qué razón yo le coartaría la libertad de disfrutar de la compañía de mujeres jóvenes, bonitas y alegres si yo no me consideraba bella, de esfumada juventud, en cambio poseía una imaginación inventiva y realizadora. Mi orgullo me hacía segura y pobre de mí, las veces que dudé de mi éxito y de mi amor. Sentirme una piltrafa, desechada, equivalía a bajar a la tumba. Por lo general tomaba la determinación de conquistar algún encantador mancebo que manejara la fantasía y amortiguara el golpe. ¿Exigir amor a la fuerza? ¿Acaso el sentimiento perdura? Ningún desengaño fue semejante al padecido a causa de Sebastián. Vicente Felipe se mostraba dulce, fino, inteligente; siempre se disculpaba con una mentira creíble y a mí me reventaba pedir explicaciones. Si disfrutas de alegría, de tranquilidad para pensar, de amor para satisfacer tu apetito, ¿con qué fin caer en el drama, en el egoísmo? Si a mí me gustaba Vicente Felipe, ¿por qué a otra mujer se lo prohibiría? No me creo dueña de nadie. Y a ninguno lo pienso mi dueño. Los sentimientos originan una maraña de obligaciones, aburrimien-

tos, insatisfacciones. Todo debe realizarse por amor.

La burguesía de Sudamérica posee finalidades claras: un marido burgués significa ponerle dínamo a fin de que produzca dinero para los autos, los empleados, las máquinas, los carros, los veraneos, los viajes a Europa o el Japón, las pieles, etc. Desde luego en la vida nada se improvisa, las respuestas corresponden a una larga elaboración gestada de minutos a años, que afluye en el laboratorio del diario acontecer.

A veces contestaba: ¡Estoy “sonado! Imposible llegar a verte. Aumenta el trabajo. Vengo aterrizando.

Yo admitía que él tenía derecho a aburrirse, a desear otras mujeres. Lo que me fastidiaba era el malhumor, inaceptable la grosería y esta tremenda canícula que reseca la piel y el hígado, pero yo también me contradecía.

Sin pretender invadir el territorio de la personalidad, preguntaba “¿Dónde estuviste?”. Acaso significaba censura, intromisión, miedo. Vicente Felipe se convertía en un erizo cerrado, pronto al disgusto. Su mundo: el poder, el contacto imperioso de dirigir el destino.

Tuvo un tipo de educación especial: seguridad en sí mismo, conocimientos. Nada de hijo de su papá. “Selfman”, se costó sus estudios trabajando como corrector de pruebas en un diario de la capital. En la Universidad de Chile estudió leyes y fue elegido presidente de la Federación de Estudiantes. Ya le picaba la política, el poder, las ideas de justicia y también las mujeres. Despertó tarde al sexo que lo cogió desprevenido y frenético: acumulador de experiencias de alumnas del Pedagógico. Editaban una revista, sacaban panfletos, palomas, agitaban a los obreros en las alzas de

locomoción, en las huelgas del carbón...

Los intelectuales deben colaborar y realizar su aporte a la revolución, incorporarse al trabajo manual colectivo. Los escritores se inscribieron como voluntarios en un viaje a "El Monte" a cosechar choclos, faena desconocida por la mayoría.

Un domingo partimos temprano, inflados de entusiasmo. Llegamos a un maizal donde nos esperaban unos quince campesinos de diversas edades entre mujeres, chiquillos, trabajadores maduros y muchachos burlones.

— ¡Buenos días! —se quedaron mirándonos.

Yo, precavida, llevaba guantes, pues a los choclos los envuelve una hoja dura, cortante, tiesa, con un polvillo blanco que irrita la piel.

—¿Cómo arrancan los choclos?

— ¡Así! —Y el campesino le dio una vuelta de torniquete a la mazorca y la desprendió rápidamente. Todos comenzaron a imitarlo. Pero, inexpertos, cortábamos las cañas rompiendo la planta sin ninguna conciencia del daño que provocábamos, pues un vegetal estropeado dura menos para alimentar a los animales.

La plantación medía un cuarto de cuadra y nos daba la impresión de que la recolección duraría a lo sumo un par de horas. ¡Tremenda equivocación! A los diez o quince escritores empecinados en convertirnos en chacareros, nos dolían las manos. A mí, a pesar de mis guantes que constituyeron la envidia general, y a los demás, se nos cansaban los músculos y trabajábamos tan lento que provocábamos la hilaridad de los

chacareros, quienes nos rodeaban con sus carcajadas, mientras el ridículo nos producía un fastidio enorme.

Llegaron grupos paramilitares, nunca vistos, con capas rojas, de marcha (uno, dos...) organizada, portando estandartes rojos, lemas: Patria-Dios-Propiedad. Asaz corajudos, desafiando cualquier contrariedad. Vestían a la usanza renacentista y se exhibían en lugares determinados de excesivo tránsito. Un espectáculo bastante ostentoso (sin mayores peligros). De escuela maquivélica, despertaron resueltos. Echaron a funcionar el aparato: ¿Cómo te va Totó? Tú eres de los nuestros, pertenecemos a una clase escogida de superhombres, aliémonos con los soldados de plomo y combatamos a los Populares. Posiblemente te necesitaremos más adelante; te llamaré. Contamos contigo. Prepararse, de frente, ¡march! Y este juego inofensivo de “paco ladrón” motivó a otros sectores: de los Inconformistas, mujeres de la burguesía. Damas finas, valientes y osadas; sin disposición ninguna a perder sus prerrogativas. Al bautismo, asistió en primera fila el fascismo.

Casi desde un comienzo comenzaron a surgir en patotas muchachos rubios, altos, “a su moda”, casacas de cuero negro, montados en motocicletas. Algunos llevaban a su grupa semidoncellas lindas, de largas cabelleras rubias que se enmarañaban al viento, siempre vestidas de blue jeans; andaban en grupos, se desplazaban velozmente.

—Porque ha de saber usted que los niños bien, esos mismos que vemos pasar como bólidos en motos, son apasionados por el terrorismo; disfrutan con las lesio-

nes, las cabezas fracturadas, sangre chorreante y machacada, los ojos fuera de las cuencas; prurito sanguinolento. Nadie lo diría pero eso los desahoga.

En su afán competitivo cultivaban como disciplina el karate. Realizaban torneos de cincuenta karatecas divididos en tres categorías; animaron combates plumas, medianos, pesados, cinturón verde, azul, marrón y negro. Se advirtió una notable superación. Para ello convidaron a expertos profesores de Fon Sen y se adiestraron en técnicas agresivas, en óptimos reflejos, en ejercicios inconscientes; perpetuo recoger y estirar los músculos sin reposo. Actuaban como un solo cuerpo, nunca solos, se comunicaban mediante walkie-talkies, constituían un equipo.

Kiai (avión de los espíritus) grito agudo, aterrizante, despierta los centros nerviosos y la elasticidad del cuerpo. Cuesta aprender el grito del bajo vientre. Un puño rápido descargado certero, es liquidador, como una ametralladora de golpes, hasta dejar inerte el cuerpo tendido. El karate sirve para cualquier agresión. La mano desnuda, sin armas, está en condiciones de mandar sin trámite previo a cualquier individuo al otro mundo. Su método: poner fuera de combate al adversario por medio de la parálisis de un miembro, desvanecimientos, o síncope mortales.

El karate es óptima autodefensa, luego que se logra el perfecto dominio de los músculos y la mente. Todo el impacto violento que a nosotros nos horroriza, para ellos es lo contrario, atractivo, excitante. El dominio del karate los convierte en superhombres... y ahí tenemos a una generación desde el "lumpen" hasta la clase alta, gozosa de destrucción atendiendo toda la gama del exterminio. Está de moda al igual que la marihua-

na. Curioso este entusiasmo nipón despertado en lo hondo de la nacionalidad.

No sólo los Populares realizaban meetings y concentraciones públicas, el dirigente de un Movimiento Nacionalista anunciaba un acto de masas en el Teatro Caupolicán para conmemorar la marcha de las cacerolas. Una segunda etapa sería la construcción de un "Estado nacionalista".

Se organizaron inteligentes y compraron todas las vituallas de alimentación. Amigos de Kissinger, Nixon y Ford, imitaron a Brasil y recibieron suculentas ayudas; dinero sobró. Las casas se convirtieron en bodegas de almacenamiento donde funcionaba con vasto resultado el mercado negro. Los interventores populares fueron incapaces de detener la avalancha.

El poder que procuraban crear, radicaba en una fuerza extensiva, con el único propósito de derrocar al Elegido que pretendía realizar un destino más humano al servicio del pueblo.

Como la clase obrera nunca había comido toda su hambre, se racionó la comida. Aprendió a comer carne, pescado con espinas, pollos y conejos. Se repartieron canastas de alimentación básica y surgieron los presidentes de las canastas que entregaban tarjetas, o sea, el derecho a comprar carne sin producir desabastecimiento. Un letrero dentro de la carnicería lo anunciaba. Las Juntas de Abastecimientos y Precios nacieron quitadas de bulla.

En desquite a tanta competencia, el pueblo sacó como defensa única: el lunchaco (coligüe de defensa y

ataque). Un palo con pretensiones de arma.

Entré por un callejón oscuro, sórdido, al fondo caía a raudales un sol glorioso y volaban papeles dispersos. Se escuchaban las notas melodiosas de la Sonata a Kreutzer y el muro íntegro embreado de negro brillante, tan estrecho, me fascinó.

La única puerta, una escotilla a ras del suelo, se abrió inesperadamente; surgió un niño que llevaba una rosa roja...

Subí la escala de tablones y me hallé ante un patio balcón, a la bahía. Vicente Felipe reposaba sobre un catre arrimado frente a una ventana abierta al ancho océano. Con el torso desnudo, me pareció tan viril como hermoso.

Solía, después de almuerzo, fumarse un puro habano y a Leticia ese perfume embriagador le provocaba recuerdos de infancia; reminiscencias de instantes voluptuosos y la imperiosidad del varón se imponía.

—Venga, linda —y de inmediato comenzó a desabrocharme el vestido. —Por el momento voy a desarticularme... luego... pensamos.

—¿Esta es la reunión tan interesante?... dije ¡Qué capricho!

Y fue entonces cuando él me dijo: “Tu padre y tu madre deben haberse querido mucho cuando te concibieron porque tú eres puro amor”.

—¿No te gusta descansar?

—Mmmmm...

Amor a todo sol, a todo océano, rodeados de enredaderas trepadoras que por algún resquicio del jardín

reptaban hacia el techo. Las sábanas que se derramaban del catre cayeron al suelo. Sólo nuestros cuerpos entrelazados reteniendo el placer. De pronto, sentí que me miraban la nuca, instintivamente me volteé y vi unos ojos negros en medio de las hojas: una muchacha dentro del cobertizo nos observaba con deleite.

— ¡Cómo te llamas? —pregunté. ¿Quién es?, ¿de quién se trata?

— La Paty. ¿No te parece hermosa? —La pregunta encerraba un deseo de zaherirme, gala de vanidad, satisfacción de macho.

— ¡Preciosa! ¿Qué relación mantiene contigo?

— ¡Oh! ninguna —replicó. —Es la madre del niño. Bien tocada, volada absoluta. Se siente fea, acomplexada y de mentalidad totalmente estúpida.

— A lo mejor está enamorada de ti. Es probable.

— ¡Qué idea!

Se siente atraído, succionado por todas las mujeres que salen a su paso; le irrita que una se lo advierta, toma de inmediato un aire de cura ofendido, abre los ojos escandalizados como si fuera un desafío comentar lo prohibido, pierde todo humor y la reprobación mezclada a la pacatería hipócrita que no le sienta ni hace gracia, la administra como una especie de cuco, de amenaza como castigo perentorio.

Por supuesto que todas las mujeres son de él. Si no se ha acostado a las tres lo hará a las cinco o a las ocho, pero inevitablemente será fornicador.

Sin querer, entro en los compartimentos desesperados, enredándome en tus antojos y en mis ansias para encontrarte. ¿Quién te rasca la espalda? ¿Te sopla tus pestañas, te besa tus pezones, succionándolos, travesando?

Por supuesto el corvo bajo el poncho. Desenganchar los sentimientos. Tuve claro el papel que se le asignaba a la amiga. ¿Acaso mujer lunática, objeto de placer, utilizable, rara, inquisitiva, escasa salud mental, tal vez encantadora, frágil, honesta e inteligente? El, taimado, se escabullía. ¡Albricias! encontró su refugio encaletado en el tema único: toqué el animal político que unía nuestra pasión. Un nombre que significa la liberación, el devenir de América Latina. La inquietud cristiana. Más bien la explotación laboral.

Vicente Felipe me decía de pronto, con acierto inesperado, frases como éstas: "Jamás te conviertas en una mujer adorno, ni en la señora González empingorotada entre pellejos de bestias muertas. Tú usas conejo auténtico, nada sintético. Trabaja conmigo en lo que te agrade. Monta un taller de cine o dedícate a las riquezas renovables. Enseñémosle a este pueblo a aprovechar la alimentación autóctona; inventa guisos, descubre proteínas. Creemos una América nuestra, rica y poderosa. Orientémonos hacia la abundancia alimentaria ya que eso te gusta. Tienes una amplia gama para escoger. Las algas las debe cultivar el interoceánico que ha descubierto el método de podarías para su multiplicación. Recurramos a la sabiduría del aborígen: ¿qué se hizo la canihua, la quínoa, el cunara? Y allí estará el aborígen oprimido, descubre y clama su profecía. ¿Dónde crece la lunamar y la yerbanoche?"

De Rancagua volvía, en tren, acompañada por Vicente Felipe. Me sentía tan reposada de mi viaje que ni siquiera me percaté de que los viajeros portaban un

sinnúmero de maletas-baúles. En cuanto llegamos a la Estación Alameda se afanaron por salir, se agolparon como de costumbre en la puerta y de súbito alguien lanzó un grito de alarma: — ¡Los “tiras” están esperando en el andén! Y comenzó el desbarajuste; los pasajeros corrieron a sus asientos, levantaron las ventanillas y arrojaron al suelo las maletas. El tren entraba a la estación despacio, frenado, produciendo estertores. Pocas valijas se destaparon, y en lugar de ver ropas, surgieron prietas, longanizas, carnes crudas y sanguinolentas. Algunos pasajeros se dejaban caer a media marcha del tren y procuraban escurrirse hábilmente entre los viajeros, a paso calmado y normal. Otros fueron detenidos, los obligaron a abrir sus valijas que transportaban comestibles. Para aquellos que negociaban con las malotillas y el filete se prestó a carreras, a pitazos, zancadillas, esposas en las muñecas. Los más diestros botaban el equipaje dejando el tendal de animal disperso y corrían a perderse. Otros se subieron al nocturno que en ese momento salía de la Estación.

Uno de los pasajeros nos rogaba majaderamente que le trasladáramos su maletín; me lo encajaba afligido, suplicándome, procurando convencerme de la tremenda obra de caridad, salvación de alma pagadera en la otra vida, porque lo que es en ésta, ya se sabía el premio que lo esperaba: cárcel, humedad, fuera del consabido disgusto. Vicente Felipe intervino y lo intimidó quitándole de en medio.

Mientras tanto el comercio, descontento por el escaso poder e incapaz de solucionar sus problemas de importación, complotaba con la derecha para “voltear” a los Populares.

¿Acaso aceleraron en demasía el proceso de cam-

bio, y eso significó la premura del Ejército por reconquistar una apetencia de poder nacionalista que nunca tuvieron y siempre ambicionaron?: la riqueza. El disfrute y la envidia de las clases medias.

Rompieron la línea sobria que siempre mantuvieron los presidentes de esta tierra y ansiosos, ávidos, salieron de sus cauces mediante el fusil, en busca de la codicia de lo que no conquistaron legítimamente en democracia, sino por la fuerza y con ayudas y apoyo de los países imperialistas que nos roban nuestras materias primas perecederas, para aumentar su poderío mundial.

La atmósfera era densa. Una guerra sistemática: que cierran las tiendas, luego las abren, funciona el que quiere. ¡Mentira! Bajo la amenaza de quebrar escaparates y palizas gratuitas de los Inconformistas, todos se ven obligados a cerrar. Y el reparto del dólar, ¡bienvenido!; ahora se pliegan los “rodados” a la huelga, eso robustecerá el movimiento: acertado paralizar el país de norte a sur, de sur a norte. Si apenas quedan neumáticos. Hay que comprar en el mercado negro.

Ante la lata de buscar los comestibles, opté por despreocuparme del abastecimiento y mi casa marchaba pasablemente. Nunca hice cola en un supermercado, ni me pasaron jamás una canasta.

Invariablemente me llamaban todos los días voces anónimas para insultarme por el teléfono. Yo me decía, por centésima vez, que el citófono lo descomponían manos misteriosas siempre introducidas en su chapa. El ojo aguaita, aguaita. En más de una ocasión sorprendí a los ojos-bocio indagando, aplicando la máquina interrogativa, ¿dónde va, a qué piso, cómo se llama?

Difícil adaptarse a la adversidad siempre en el jar-

dín, pensando cómo subir la escalera. ¡Gran Chasco!, a duras penas avanzaba más arriba que el descanso. En lugar de divertirme como las demás mujeres, calzadas de espléndidos zapatos, engullendo sabrosos “bistecques”, bebiendo vino de cosecha o leyendo El Padrino, la lesa, antojona, se tomó en serio esta revolución; sin quebrantar ningún principio moral. Dale con preocuparse en instalar un jardín infantil en San Gregorio; organizar la alfabetización; hablarles de las relaciones sexuales: (¡Uy, por Dios, señorita!), enfrentarse ante la eyaculación precoz y la brutalidad del machismo, ambas situaciones jamás se comentan. Son resistidas más que los clubes de abstemios.

Mi esfuerzo se malgastaba. ¿Se negaban acaso a perder las palizas de los maridos borrachos? ¿Tan atrayentes serían las reconciliaciones? Llegué a la conclusión de que adoraban su papel de víctimas y que los hijos respetaban más a la madre apaleada. La culpabilidad del macho enaltece los valores éticos de la mujer. ¡Curioso conocimiento!

El Puma Capurrín, que llegó a ser ministro, me pedía que viera los balnearios populares, organizados por sus comités, donde veraneaban los “tierra adentro” que nunca conocieran el mar.

—Ya que van a La Cristalina te pido información sobre el parking.

En los mismos arenales se juntaban camiones, taxis, autobuses en cantidad impresionante. Semejaba una fiesta. Los comerciantes que representaban el poder económico, llegaban en sus autos repletos de bandejas de sandwiches, empanadas, bebidas, refrescos, vinos y asados, al festejo del paro.

—¿Cómo soportas una huelga semejante? —le espe-

té al Puma cuando regresé. —Traerá consecuencias.

Sin lugar a dudas éste era el comienzo de una escalada.

Al ministro le disgustaban las ironías y trató de eludirme. Como yo insistiera, me aseguró que la situación estaba dominada.

Al día siguiente recibí la visita de un embajador latinoamericano, bastante amigo.

—Quiero saber qué piensa de esta situación.

—La considero grave.

—Yo temo que se aproxima un golpe de Estado y esto será horrible: una dictadura. Ojalá usted interviniera ante el Elegido.

Me pareció una bofetada.

—En este país, amigo mío, —repliqué— se respeta la Constitución y ya sabrá el Elegido muñequear.

—Ojalá tuviera yo su optimismo.

Me quedé preocupada y me vino a la mente una de las últimas conversaciones que tuve con el Elegido. “Yo jamás entregaré el poder, moriré como Balmaceda”. Sé que lo repitió a menudo, pues esa tremenda premonición no lo abandonó. En ese momento su voz, emocionada y firme, se trocó en una risueña demostración de humor, pues se dirigió a la puerta dejándome a mí y a mi acompañante sorprendidas. — ¡Adiós! — dijo cerrando la puerta de calle.

—¿Qué te parece? Se ha ido...

Me allegué a la entrada y sorprendentemente hallé al Elegido, travieso y, ante mi sorpresa, me besó en la frente. Ese fue el primer y único beso.

El Elegido sabía que el momento de la traición estaba próximo. El sacrificio venía, lo entornaba.

Un día decidí ir a La Cristalina. Me dominaba la inquietud; la huelga de camioneros en lugar de disminuir, aumentaba. Todo el país estaba plegado a la huelga en esos momentos. El médano convertido en estacionamiento. En toda la carretera ningún vehículo transitaba. Jamás la había recorrido tan desierta. Parecía todo detenido; el paisaje, de una soledad impactante. Creo que tampoco volaba pájaro alguno.

Nos mantenían en jaque. Solamente vendían en aquellos supermercados en que almacenaban mercaderías primordiales y, naturalmente, la derecha, organizada en el mercado negro, negociaban en casa de poderosos. A mí me avergonzaba pedirles a los Capurrines que me dieran algo de comer, pues carecía de comestibles para paliar el escaso apetito que me acosaba.

Después de tratar de cumplir diligencias, me sentía bastante angustiada, pues el automóvil se había echado a perder. Le pedí a diversos Capurrines que me prestaran el suyo, pero se negaron. Me hallaba sola en mi casa a eso de las ocho o nueve de la noche. De pronto se oyó una explosión tan fuerte que sólo con su resplandor me asusté. Me dije: le han lanzado una bomba a La Cristalina y está en llamas. Miré mi casa: incólume. Subí corriendo y, desde lo alto, vi un automóvil Mini ardiendo en llamaradas tan devorantes y rápidas que, en diez minutos o un cuarto de hora, el automóvil se achicharraba y comenzaba a estallar el estanque de gasolina.

Los Inconformistas eran descendientes de aquellas parejas que por sus ideas conservadoras sembraban el terror. Ellos llevaban la batuta de los camioneros con los cuales se entendían a las mil maravillas, pues recibieron el pago acordado. Consideré dramático aquel instante. En lo único que pensé fue en irme. Llamé a Vicente Felipe. Tampoco podía hablar desde mi casa, pues me tenían el teléfono cortado. Conseguí uno donde una vecina, y le pedí a Vicente Felipe que me viniera a buscar en su automóvil. Llegó de Santiago a eso de las diez y media de la noche. Propuso regresar inmediatamente. De seguro poseía más información que la mía o éle columbró mal aspecto a todas las noticias que le daba?... Por lo tanto, emprendimos el más triste y solitario regreso por la Carretera Panamericana. Hacia las dos de la mañana nos reintegramos a mi casa. Presentaba Santiago un rostro normal. Me separé de Vicente Felipe, tremendamente preocupada e inquieta.

Una compañera me avisó: "Te llamaba para informarte que nos están cercando". Puse la radio. Le resté importancia al llamado y me lavé el cabello. Mientras lo hacía, escuchaba la voz del Elegido por radio. A las nueve de la mañana me telefonaron nuevamente. Estaba preparándome desayuno en la cocina cuando la misma camarada me pidió que la acompañara al Cordón Vicuña Mackenna. Y oí esa voz ronca, grave y querida:

"Compatriotas, es posible que silencien las radios, y me despido de ustedes. Quizás sea ésta la última oportunidad en que me pueda dirigir a ustedes... Mis

palabras no tienen amargura sino decepción y serán ellas el castigo moral para los que han traicionado el juramento que hicieron, soldados de Chile... Colocado en un trance histórico pagaré con mi vida la lealtad del pueblo”.

Compañero escogido entre las moléculas valiosas, embrión henchido buscando el fermento.

“Y les digo que la certeza de que la semilla que entregaremos a la conciencia digna de miles y miles de chilenos no podrá ser segada definitivamente. La historia no se detiene ni con la represión ni con el crimen. Esta es una etapa que será superada. Este es un momento duro y difícil: es posible que nos aplasten. Pero el mañana será del pueblo, será de los trabajadores. La humanidad avanza para la conquista de una vida mejor”.

Cuatro veces se logró ese maridaje con el pueblo.

Tiempo de Campanas... Rescatador de limbos.

Hiciste aflorar a la superficie este país sumido, castigado, sombrío. Le diste Esperanza, Alegría. Por una vez el hombre creyó en el sueño, en sus derechos, en sus capacidades.

“Trabajadores de mi patria: quiero agradecerles la lealtad que siempre tuvieron, la confianza que depositaron en un hombre que sólo fue intérprete de grandes anhelos de justicia, que empenó su palabra en que respetaría la constitución y la ley, y así lo hice”.

Varón moreno de la Pampa húmeda con su transpiración de túnel, ya ha pagado con creces su esfuerzo de sobrevivencia. Explotado renacistes creyendo en el Elegido.

Confiando... Confiando...

¡Ah! ¡Cuánta furia te aguardaba!

Corrían los minutos y el Elegido, con valor sin igual, con entereza y triste melancolía dijo:

“Es éste el momento definitivo, el último que yo pueda dirigirme a ustedes. Pero que aprovechen la lección... Me dirijo, sobre todo, a la mujer de nuestra tierra, a la campesina que creyó en nosotros, a la obrera que trabajó más, a la madre que supo de nuestra preocupación por los niños...”

Y acudió a mi mente la siguiente escena. Estábamos en una reunión. De pronto el Elegido me dijo:

—Te quiero presentar a alguien, por quien tengo sumo afecto. Acompáñame.

Y me llevó hacia una mujer corpulenta, más vieja que joven, jovial, sentada como una reina que hablaba de su niño.

—Esta es mi mama, quien me crió. La quiero mucho —y me buscó mis ojos. Algo en su mirada me resultó conmovedor.

Así que eres sentimental y romántico, me dije. ¡Qué bueno que lo seas!

“Me dirijo a la juventud, a aquellos que cantaron y entregaron su alegría y su espíritu de lucha, me dirijo al hombre de Chile, al obrero, al campesino, al intelectual, a aquellos que serán perseguidos, porque en nuestro país el fascismo estuvo hace muchas horas presente, en los atentados terroristas, volando los puentes, cortando las vías férreas, destruyendo los oleoductos y los gaseoductos, frente al silencio de los que tenían la obligación de proceder. Estaban comprometidos. La historia los juzgará...”

Y los trabajadores débiles decían: ¡Padre Mío! ¿por qué me has abandonado?

“El pueblo no debe dejarse arrasar ni acribillar,

pero tampoco debe humillarse.”

Lanzaban rockets sobre La Moneda, estallaban dentro de los oídos, era la hora tremenda de aquél que se siente obligado a definir su destino.

¿Era acaso el momento de la Inmolación?

¿Quién lo sabe?...

Y los hombres se sumergían entre la ola hermana, desafiando cual furiosa marea enroscándose en su cuerpo del que exhalaba una energía vital peleándole el triunfo.

“Trabajadores de mi patria, tengo fe en Chile y su destino. Superarán este momento gris y amargo, donde la traición pretende imponerse. Sigán sabiendo que, mucho más temprano que tarde se abrirán las grandes alamedas por donde pase el hombre libre para construir una sociedad mejor. ¡Viva Chile, viva el pueblo, vivan los trabajadores! Estas son mis últimas palabras, teniendo la certeza de que el sacrificio no será en vano. Tengo la certeza de que, por lo menos, habrá una sanción moral que castigará la felonía, la cobardía y la traición”.

Yo pienso que lo asesinaron porque al ser inducido o atacado en tal grado por sus amigos, por aquellos que le debían lealtad y respeto a su nombre, a su superioridad, en un país democrático no podían traicionarlo a mansalva. Su acto fue heroico y lo engrandece. Si hubiese sobrevivido lo habrían perseguido hasta matarlo. ¿Qué duda cabe?

“—Si yo no desaparezco del panorama histórico, ¿cuántos morirían por mí?”— me había dicho.

—Sí, ¿pero a quién va a beneficiar tu suicidio?”

Consciente de su valer y del amor del pueblo por sus realizaciones y cumplimiento a sus camaradas;

sabía que jamás lo olvidarían.

Mientras íbamos sorteando calles limpias de soldados nos encontrábamos con gente caminando con la cabeza gacha. En Vicuña Mackenna una muchedumbre derrotada volvía a sus hogares.

Las calles iban repletas de lado a lado.

En Spaguetti, encontramos unos muchachos y una valerosa mujer del pueblo que, por sus propios méritos, conquistó una banca en el Senado. Les habló a los obreros reunidos que la rodeaban escuchando su arenga valiente. Se marchó pronto.

Estuvimos comunicados a la Presidencia esperando una respuesta, pero ninguna noticia alentadora recibimos.

—Subiré a la terraza —me dijo mi amiga— desde ahí algo se puede ver.

Me quedé abajo. Oía perfectamente el paso arrasante de los Hawker Hunter y las bombas que caían.

Vicente Felipe, tan cerca, en vecindad del área bombardeada. ¿Dónde estaba? ¿Alguna bomba había tocado la gobernación? Que no les falle la puntería. Un milímetro corrido, y muerto. Mi angustia crecía.

Mi amiga anunció: “Está en llamas la Presidencia”.

Llegaron los armados en buses y se parquearon delante de la fábrica. Temíamos que entraran, sin embargo, se detuvieron.

Los compañeros sin advertirnos ni comunicarnos las últimas novedades, tomaron el auto y partieron. Al comprender nosotras que allí desposeíamos de ayuda y peligrábamos resolvimos marcharnos también. Nos subimos al auto. Tantos eran los trabajadores, que repletaban las aceras y parte de las avenidas. Iban sorprendidos, caminando, mudos. Con paso firme, descon-

certados. ¿Qué pensaban? ¿Hasta qué punto se sentían heridos? ¿Traicionados? El Dolor, ¿irrita? Llegó la hora de la sorpresa. Desde ese instante la presencia del soldado se transformó; dejó de ser el que te ampara, defiende tu vida y tu patria para convertirse en aquél que te persigue, te mata, en el reverso de la confianza. ¿Dónde estaba el enemigo? ¿Cuál era? El soldado te dispara. Te encarcela.

Enfilamos por Vicuña Mackenna, Avenida Matta estaba cercada por la tropa y camiones del Ejército. Dimos un rodeo. De pronto, frené mi auto. Fue un acto mecánico, instintivo, pero bastó la llamarada roja de su cabellera para que mi inconsciente se remeciese. Cogí del cuello a la Colorina y la subí al coche. Temía que se resistiera.

— ¡Mi ángel! —gritó ella, llena de angustia su voz. Jamás olvidaré, su andar rápido y nervioso. Me la imaginé sola caminando, por esas calles desiertas, donde se escondía la muerte en cada esquina.

En mi casa sonó el teléfono y oí la voz de Vicente Felipe. Saberlo vivo fue como si me absorbieran el oxígeno. Mi corazón palpitaba descontrolado. Es insuficiente obtener lo que se anhela si no se encuentra en el momento preciso que se añora. Me pidió reunirse conmigo, cosa que ansiaba.

Curioso, nada en su manera de caminar me fue reconocible, tan perfectamente disfrazado lo vi. Sólo en el momento de subirse al auto me dio risa. Estar reunidos me pareció tragar miel con la garganta ardiendo.

Transcurrimos juntos escasos minutos, en los que le insistí sobre lo importante que era mantenerse sin entregarse a la policía. La prudencia me aconsejaba que mientras más días pasaran se iba a calmar la ferocidad. A los dos días lo cambié de casa.

Simultáneamente supe que al Inmortal lo había trasladado a la Clínica Santa María, pues sufría de un mal incurable. Naturalmente fui a visitarlo. Ese jueves, a la primera ojeada, lo hallé extremadamente pálido, pero animoso. Se encontraba corrigiendo sus memorias. Vino también César.

—César —dijo el Inmortal, vete de Chile. Esto va a ser largo y se te va a entorpecer tu obra. Lejos, en España o en Francia, conseguirás pintar tranquilo. ¡Si entra el fascismo a un país, es difícil expulsarlo, y podrán pasar años! ¡Cuánto aguardaron a que se fuera Franco!

Ese jueves por la tarde, junto a César, te recordé una anécdota secreta para que me regalaras tu última sonrisa... Me urgía ese rayo de luz en el hueco del ojo. Algo recóndito, muy lejano y conocido me hablaba del valor de la paciencia del heroico personaje que se desarrollaría en aquéllos de una misma estirpe. Atesorar grandeza de quienes uno ama, con sus actos sencillos, constituye para mí un patrimonio. Tú me regalaste muchos tesoros. Fuiste el munificente, el que despilfarró su genio poético a la rosa de los vientos, el descubridor de un continente, espina dorsal de los Andes, el amigo fiel, el camarada sin dobleces.

Estaba tan triste y me sentía yo tan angustiada de contemplarlo al borde de la muerte que me dije: "Debo hacerlo reír, que la última sonrisa sea mía".

César nos miró desconcertado y sonrió. Al Inmor-

tal le brillaba el rabillo del ojo, juguetón, alborozado de complicidad y picardía.

¡Gracias, Dios mío! Esa alegría cómplice. Esa sonrisa.

Debía destruir, combatir la derrota, la alevosía, el atentado, el criminal zarpazo.

Y esa tarde, cuando parecía toda la atmósfera oscurecerse, vi al Inmortal en cama, pedir su libro: “Confieso que he vivido”, y tomarlo entre sus manos, abrazarlo con un gesto íntimo y querido, llevárselo al pecho.

—Terminé mis “Memorias” —comentó, y cerró el libro.

Remonté el tiempo y sentí dolor pensando que en esos momentos, últimos y definitivos, se zanjaban nuestras vidas. Me quedé largo rato mirando sus manos y recordando.

El Inmortal, generalmente cuando recibía visitas que poco frecuentaban su casa, trataba por cualquier medio de destacarlas, que fueran aplaudidas, celebradas y que se sintieran crecer. Ante esa actitud de estímulo que siempre me pareció hermosa, desde mi corazón se renovaba mi admiración y mi afecto.

Sucede que en una ocasión fuimos con el Inmortal al Mercado Persa y nos entretuvimos en ver cachureos y las prendas expuestas para su adquisición. De pronto, el Inmortal me dice:

—Ese vestido te quedaría a tu cuerpo.

—Pero cómo se te ocurre que yo voy a usar un vestido ajeno, ignorando de quién ha sido.

—Exagerada, yo te lo voy a comprar.

—Abstente, de ninguna manera lo usaría.

—Pero la Patoja lo aceptará. Se lo manda a la tinto-

rería y de inmediato se hace la transacción.

Llegamos muy felices a “La Chascona” con el paquete bajo el brazo. Yo un poco escandalizada, aséptica, satisfecha de no haber caído en la tentación ajena, y el Inmortal, radiante por la felicidad de dar un regalo.

Cuando la Patoja recibió el vestido y conoció su procedencia, se desapareció por un rato y luego volvió vestida con aquel traje verde de voile estampado. Su colorina cabellera lucía hermosísima.

—El Inmortal ha empeorado —le advertí a Vicente Felipe esa noche que pasamos juntos. —Si él muere y yo permanezco ausente en su último momento... ¿tú entiendes? —le dije haciéndole un llamado a su generosidad.

Un amigo nos prestó una “ruca” en un estacionamiento de autos. Esta “mediagua” constaba de una cama y un anafe roñoso. Después de tantas viscisitudes nos encontrábamos juntos.

Regocijados nos abrazamos; tratábamos de producir el menor ruido para no despertar sospechas. Vino una señora acompañada de un perro; lo ató al lado de la casucha; le hablaba ininterrumpidamente:

— ¡Mire, le traje esta carbonada para que se la coma toda, mi Cholito regalón! —Y oíamos cómo la fámula le vaciaba el agua de una cañería. ¡Clic, clic! Comenzó una balacera confusa. — ¡Ay, Dios mío, mejor me voy a entrar, quédese tranquilo aquí, Cholito lindo!

Pensábamos que la señora se había marchado, pero oímos nuevamente la voz haciéndole recomendaciones

al animal: Déjese de saltar que me ensuciará entera. Tan festivo que lo han de ver. Si supiera los sucesos. ¡Buen dar que la revuelve el Cholito. Me dio vuelta el agua! ¡Compórtese bien! ¡Hasta cuándo!....

Y seguían los balazos. La puerta carecía de cerrojo. Bastaba empujarla y se entraba. Ningún cajón o palo constituía tranca.

Sentíamos deseos de relajarnos, olvidarnos del peligro y fortalecernos mutuamente. Comencé a deslizarle mis dedos desde la nuca por la columna hacia abajo, por las piernas, tratando de distenderle su sistema nervioso. Insistí en que tomara un sedante, a lo cual se negó rotundamente. Comenzamos a entrar en la atmósfera de la laxitud, aunque escuchamos que alguien abría la puerta. Vicente Felipe se asomó de inmediato y entró acompañado de un hombre de un metro y medio, moreno, tranquilo.

—Perdone —dijo. Con mansedumbre se arrodilló en el suelo y desde debajo de la cama sacó unos paquetes de nueces. Se quedó un rato atando sus paquetes, mientras nosotros lo observábamos silenciosos.

—Desde luego, que tengan felicidad. —Y nos dejó.

Apenas se marchó miré debajo de la cama: ¡cuántos paquetes había! Sentí angustia, atormentada por problemas de conciencia. Me fastidiaba abandonar a Vicente Felipe en ese momento de la lucha y por otro lado me hostilizaba la idea que el Inmortal podía morir y yo no estar a su lado en ese momento de la separación definitiva. Se lo expliqué a Vicente Felipe y acordamos insistir en la embajada. Separarnos esa noche para acudir donde el Inmortal. Lo más atroz fue pactar el enlace para entregarlo a su mujer. Conectamos la radio y por desgracia repitieron el bando y el nombre

de las personas que requerían. Dolida de penosos presagios me fui.

Volví a él trayéndole comida y en la seguridad de que el recado se había cumplido.

¿En qué momento el Inmortal se agravó? ¿Qué noticia mortal hirió su deseo de vivir?

Me dirigí a la Clínica y vi al Inmortal en coma, lo que me produjo desconcierto y angustia.

Llegó César y al verlo grave se lamentó que le fuera imposible quedarse. La Patoja dijo: Piensa lo difícil que es para mí quedarme sola. ¡Tú tienes que acompañarme!

—Por supuesto, para eso he venido. —Laurita creía que su hermano dormía. Rechazaba que estuviera al borde de la muerte.

Lo tranquilizante era que el Inmortal no sufría.

Como a las ocho comenzaba el toque de queda.

Afectada, sola e inquieta, pues por la Patoja fue sólo más tarde cuando nació una efectiva amistad; más bien entonces la amistad la sentía por Laurita. Hablé al médico y le expliqué como la preparara. La llevé a la pieza vecina. Allí se enteró del trance que sufría su hermano. Esa mujer se hallaba desesperada y comenzó a llorar silenciosamente. ¡Cuánto me dolía verla tan candorosa y sensible!

Respirabas dificultosamente sin embargo tranquilo. Tú resbalabas de la vida, lo sentía. ¡Ay! amigo poeta. La noche estaba cruzada de balas, el río Mapocho esparcía su rumor de piedras arrastradas y la luna ajena nos miraba. El charco de sangre me escocía. Yo venía

de dejar solo a mi compañero, porque un pálpito premonitorio me arrancó de su lado para acompañarte la noche última del alto vuelo.

Eras inmenso como el mar cuando el aliento de las olas es pausado... pausado... Yo miraba el reloj marinerro. ¿Qué navío acompañó sus peregrinajes oceánicos que ahora le acompañan, minuto a segundo, en su palpitir postrero?

De pronto se quietó la ola y sobrevino un tajante silencio. Patoja se acercó a tu lado, lo mismo Laurita. Me asomé a la ventana. Una luna fría iluminaba el Mapocho murmurante que arrastraba piedras y cadáveres; ya los había visto yo. Comencé a recordar tantos episodios: "Tú eres mi Ola Marina, luz del mundo, pétalo de la luna en el océano, clavel de nácar negro..." Nunca nadie me diría nada semejante.

Le tomé el pulso: apenas palpitaba. De pronto, se detuvo y el reloj dio diez campanadas.

— ¡Patoja! —clamé. Llegaron ambas a la cabecera. Patoja lo abrazó y así se mantuvo largo rato. Laurita lloraba. Yo, impresionada, triste, vencida... Tu admirable compañera modeló tu rostro con sus hermosas manos que tú tanto amaste y entre las tres mujeres que allí estábamos, te amortajamos como si fueras a ir a un mitin del pueblo tan amado. Llevabas una camisa a rayas negras y rojas... Así te tendimos en un sarcófago castaño claro.

Después llamamos al médico. Hombre díscolo, torpe y suficiente. Se notaba que a las enfermeras las tenía instruidas en exigirnos premura, impartirnos ordenes y aterrarnos.

Rápidamente lo descendieron a un horrendo subterráneo de baldosas blancas y allí lo dejaron tendi-

do en una camilla. Nos ofrecieron una banca diminuta, donde apenas cabíamos las tres flacas mujeres. Ninguna hablaba. Nos comíamos las palabras, los pensamientos, los secretos.

El toque de queda impedía toda compañía. Solas, esas tres mujeres flacas, menudas y desoladas, aguardamos sobrecogidas en una minúscula banqueta la tremenda noche sin aurora.

Comenzaron a llamar por teléfono. El primer país fue Italia, la televisión habló conmigo; en seguida Francia. Quizás cuántas veces más siguieron llamando. Llegaron Diego y Manuel. Me vine a casa y saqué mi bandera chilena agujereada. Con ella cubrí el ataúd. La misma bandera que flameó en las concentraciones obreras, los desfiles de pobladores, en las columnas que serían baleadas por ultraderechistas; la bandera que desfilaba desafiante a la cabeza de los Cordones Industriales, cubrió tu cuerpo que vivió para sembrar estrellas y distinguir la luz del nuevo día.

La Chascona nos recibió fétida, anegada, cubierta de lodo e inmundicias, el cieno estancado y sucio inundaba el jardín. Entré. El agua me llegaba a las canillas. Las tres habíamos pensado velar al Inmortal en el comedor, pero el agua llegaba a cuarenta centímetros del muro. Se resolvió subirlo al living que tenía el ventanal íntegro destrozado. Y así, abierto a la noche tenebrosa embestimos el siniestro amanecer.

Manos vandálicas, incultas, destruyeron los cristales; flotaba en el agua, junto a pedazos de diarios y trozos de madera, un marco y una tela de pintura. Alguien colocó unos tablones y por encima de ellos cruzamos.

Cuando cayó la noche, la Chascona seguía invadida

por agentes de Policía.

Pregunté: —¿Quién es esta gente? Deben retirarse. Son extraños.

Así se los repetí a todos los amigos y sé que logré que cuatro policías se marcharan. El toque de queda comenzaba temprano.

Al separarme de Vicente Felipe había acordado juntarme con él esa mañana y por nada fallaría a esa cita. Llegué al Cementerio y entré junto al Embajador de México y César; ellos me escoltaron hasta la tumba.

En el Cementerio, Chela, mi linda amiga, tomó la palabra. Vibrante y emotiva. También habló Pancho. Entonaron la Internacional. Permanecíamos rodeados de carabineros, agentes de Investigaciones y de todas las organizaciones de represión. Después que enterraron al Inmortal decidí abandonar el Cementerio para unirme a Vicente Felipe.

Estaba muy nerviosa, hecha un trapo. Le narré a Vicente Felipe la conversación con el embajador y, por supuesto, recibió agradecido la invitación de México. Vicente Felipe me contó con cuánto afecto lo asilaron en casa de un familiar. Sin embargo, llegó un amigo a insistirle que se mudara a su casa. Concertó con él una entrevista a las seis de la tarde, a la cual el invitante no acudió. En vista de este fracaso, se refugió rápidamente, debido al toque de queda, donde Alicia, amiga nuestra. Y así supe que esa misma noche, estando donde Alicia, lugar al cual recurrió, llegaron a aprehender a un señor por estar conversando en clave. Además, frente a esa casa, había fallecido un militar a quien

velaban. Detuvieron a la dueña de casa, a Vicente Felipe y al sospechoso señor que ocupaba la casa del fondo. A todos los llevaron a un destacamento.

Al entrar a mi casa, hallé sorprendida los closets revueltos, los libros volcados, ausencia de grabadora, dos relojes de oro robados y aquéllo que constituía el patrimonio sentimental: los rollos de películas de mi padre, desaparecidos; se libraron las joyas porque las había sacado con antelación para depositarlas en un banco. Y en verdad me importaban un bledo.

Apenas supe la injusticia que cometían al tomar preso a Vicente Felipe, me trasladé a la Escuela Militar, acompañada de una magnífica mujer, como hermana mía, dispuesta a ayudarme en cualquier circunstancia.

En la puerta nos topamos, por casualidad, con un capellán del Ejército, pariente de ella, a quien le rogamos que se preocupara de Vicente Felipe ponderándole sus bondades, pidiéndole que intercediera por él. El capellán se condujo prepotente e indignado por nuestro asalto, y con un engolamiento arrogante, desdeñó nuestras súplicas.

Tanto ella como yo actuamos ingenuamente.

Al día siguiente volvimos a la carga e insistimos en conversar con el coronel, que mantenía en vigilancia a los presos políticos. Debimos cruzar siete patios y una inmensidad de corredores colmados de catres de campaña.

Llevaba una carta para Vicente Felipe. La recibieron por él, pues no tuvo el derecho a recibirla. En el colmo de mi candor, le recomendaba dedicarse a hermo-sear los jardines, ya que el trabajo de la tierra tranquiliza el sistema nervioso. El coronel nos escuchó con esmerada cortesía y se comprometió a entregarle

la carta.

Al día siguiente llamé al coronel, a fin de enterarme si la carta había llegado a su destino y me contestó otro oficial.

—Todos los presos políticos fueron trasladados a la Isla Dawson.

—No puede ser —grité. —¿Por qué?

Quedé atónita.

¿Dónde quedaba la Isla Dawson? ¿En cuál lugar siniestro se hallaba? Me devoré los mapas hasta descubrirla. ¿Qué frío la invadía? Debía preservarlo de las bajas temperaturas. La conciencia del lugar del exterminio de los onas, yaganes, alacalufes, ¿no significaba acaso funestos presagios?

A poco de enterada fui a visitar al Ministro de Turno, general de Policía, que ocupaba el Ministerio de Minería, y le pedí su influencia para liberar a Vicente Felipe.

También visité al Ministro de Justicia y abagué por Vicente Felipe.

Aunque ninguno de los dos me proporcionó certeza sobre el éxito de mi intervención, quedé más tranquila. Todo el mundo me decía: “¿Cómo te atreves? Te van a meter a ti para adentro”.

Busqué por todo Santiago operarias que fabricaran parkas rellenas de plumas hasta que descubrí un negocio donde aceptaron confeccionarlas con pantalones. Como desconocía las medidas de Vicente Felipe, acudí a su sastre. Apenas llamé a la tienda, una muchacha, servicial y encantadora, me atendió, y al oírme que estaba destinada a un prisionero político, salió todo el taller a mirarme. De entrada vi un libro de Recabarren en un estante que me provocó seguridad. La sor-

presa increíble ocurrió al pagar. Ningún pago me fue admitido. Me dijeron:

—¿Por qué? Si el dueño es camarada de Vicente Felipe.

Pedí conocerlo y me hallé ante mi querido amigo Carlos.

Metí el traje dentro de un saco harinero y se lo llevé a Bernarda. Ella lo mandaría a Dawson junto a los paquetes de ropa, comida, juegos, que habitualmente enviaba.

¡Pobre prisionero! Vestido de pájaro con plumas.

En el Senado Militarizado funcionaban las conexiones de los presos políticos y estas valerosas mujeres formaron el Comité de “viudas” de Dawson. La mayoría actuaba por vez primera en la vida pública, creándose una férrea solidaridad entre ellas; algo muy importante. Bernarda encabezaba el grupo.

Yo pensaba: ¡Lláname, lláname! Y mi grito, que alguna vez se habrá escuchado, debió cruzar el estrecho de Magallanes, la dura estepa del coirón melenudo; galopó sobre el viento antártico, sobre los ventisqueros y glaciares, los llanos y cordilleras andinas y el milagro tuvo la encarnación de un telegrama puesto por radio. Vicente Felipe pedía que yo le mandara el “Código de Justicia Militar”. Me produjo extrema felicidad recibir este telegrama de significado múltiple.

A menudo le escribía a la Isla Dawson, envalentonándolo; enviándole un soplo de calor humano, cartas sentimentales y alentadoras; reclamando justicia, ensalzando su honradez, su inteligencia y esa calidad especial, atributo innato que siempre admiré en él.

Estas cartas las debía depositar en una oficina de la Cámara de Diputados. Allí funcionaba el comandante

Espinilla. Debíamos realizar cansadoras filas y esperar que nos recibieran. Entregaba la carta, esperanzada de comunicarme, pero jamás me imaginé que algunas de sus cartas serían remitidas a su cónyuge. Ellos tenían tiempo para todo.

Las solicitudes crecían en número, día a día. Casi todas las mujeres buscaban a sus maridos, hermanos, amantes, hijos. Monstruoso era escuchar las quejas.

A los pocos días de haber enterrado al Inmortal, comenzaron las discusiones familiares de las dueñas del mausoleo, señoras de la aristocracia.

—Nosotras somos derechistas. Nada nos obliga a tener en nuestro nicho a un afuerino, aunque sea un Inmortal. ¡Hay que sacarlo rápidamente!

Y así fue como acompañé a la Patoja, Estercita y Pancho, a retirar la urna cubierta solamente por la combatida bandera, y la trasladamos al patio México del Cementerio General, el más popular; justo en la floración exuberante de la magia de esa primavera.

La soledad clava hondo si una se siente triste y solitaria y ese verano estábamos comiendo la Patoja y yo con la ventana abierta en La Chascona, tratando ambas de reponer ese lamentable estado de ánimo y habíamos caído en ese pozo del silencio, cuando de repente sentí que un animal con su pelaje frotaba mis piernas. “¡Tienes un gato!” murmuré, aterrada mirando bajo la mesa.

—Aquí no los hay. Debe de ser alguna caricia que te hace el Inmortal.

Reímos y tropezamos en el paréntesis del alerta y entonces fue cuando oímos claramente la voz del Inmortal que venía de la noche: “¡Patoja! ¡Patoja!”

Ambas nos quedamos conmovidas y como reconfortadas.

LA CRISTALINA

Vicente Felipe seguía prisionero en la lejana isla. Yo vivía junto a Pedro, el hijo de mi Mama.

Regresé a la playa. Algunos amigos Capurrines me acompañaban.

Mis visitas regresaron a sus casas. Este otoño me quedé sola en la Cristalina, a la orilla del mar cuando se azula y la arena reverbera blanquizca. Dos mariposas amarillas se entrevistaban entre las pelargonias y los chincoles. Los matapiojos zumbaban haciendo vibrar sus alas como remolinos ante las flores, succionando su miel.

La Cristalina obedeció a esas razones misteriosas que se desatan sin explicación. Desde pequeña necesité la presencia del mar.

Paseaba a caballo y me tocó despedirme del sol en la cresta de una duna y ése ha sido uno de los mil atardeceres hermosos que he contemplado. Llegué impactada de ese panorama. El mar reventaba sus olas en esa

playa desnuda. Valparaíso, en la lejanía, comenzaba a refulgir de luces, a carear el sol con mil ventanas, espejeándolas. Tenía que contarle a mi padre tanta belleza. “Bien, te regalo tu capricho”. Yo, entusiasmada, decreté vivir allí. Traje un bulldozer y en media hora cambié un cerro de lugar y edificué La Cristalina con palos de pino y eucaliptos.

En las tempestades el viento brama furioso inigualable, la lluvia suena en la calamina, gota a gota; los coligües se frotan entre sí y una se piensa de visita en el Paraíso. En las noches de luna invade todas las dunas con su luz cambiante de sombras y me arrastran al bosque en una necesidad vital de abrazarme a otro cuerpo humano, sensible; buscando siempre la intimidad escasa, el refundirme en un solo ser.

La Cristalina es amplia y cobija los muebles necesarios. En su jardín sobreviven plantas que se aclimatan como la *Strelitzia* gigante, y las buguardias. El polen vuela a toda velocidad.

Pensé que debía ir acompañada a la Cristalina, así sentiría menos soledad y pena. Invité al profesor Seisdedos, recién conocido.

El profesor usaba una específica vestimenta: jockey, sandalias, camisa abierta sin botón en el cuello, ni corbata, nada que le molestara su manzana de Adán. Mangas cortas, infinidad de bolsillos y por supuesto pantalón arriba de las rodillas. Lo único que le faltaba era un “cucalón” en lugar del jockey para completar la imagen de explorador. Al advertir tantas condiciones sanas, me pareció Seisdedos la persona indicada para desintoxicarme.

— ¡Vente a la playa conmigo! —le propuse.

— ¡Nada de smog! ¡Qué delicia! ¿Piensa llevarse

su circo?

—¿Qué pretendes decir: te crees payaso o felino?

Gruñó. Todo arreglado, me dije, parece una fiera que ataca. Comencé a desconfiar de mi acierto al declararlo mi curandero.

—Allí vamos a practicar gimnasia.

—¿En el acto? Imposible. Debemos pasar la digestión, así murió Sócrates.

—¿Sócrates? (Seisdedos poseía instrucción, conocimientos, sin duda, y posaba de erudito). —Nunca lo he oído decir. Siempre he sabido que murió por la cicuta.

—¿Encuentra poca indigestión?

Amedrentada por sus presagios me abstuve de comentarios. Seisdedos era interpretador de sueños y practicaba la química. Cargaba en su chaleco y en los innumerables bolsillos tubos de cristal para examinar el agua, vidrios de aumento y colorantes para medir reacciones. Amante de la cibernética, del biorritmo y del horario exquisito, se entretenía ejecutando y midiendo las transpiraciones eléctricas. Para festejarme trajo un lápiz electrónico de reloj magnético, disculpándose que le faltara grabadora y me anunció el peligro que encerraba el anti rojo.

Por costumbre paseaba en batiscafo, escudriñando las ensenadas, bahías densas donde se aglomera el lodo, los esqueletos de los barcos y los peces rarísimos que pueblan el profundo océano.

Ya en la costa, Seisdedos se proporcionó largos reposos, demostró su goce al respirar aire puro ejecutando frecuentes flexiones. Como primera medida, me limité a escucharle su disertación sobre el Dante, tan atractiva como cansadora.

Al siguiente día debí preocuparme de mis finanzas,

por lo tanto tenía citados a los ingenieros y topógrafos.

Como única demostración erótica, el profesor me codeó como si éste fuera el tentáculo más cálido y lujuriente de su cuerpo.

¡Vaya con el mequetrefe barato! —me dije— quizás si hubiese intervenido todavía la nariz exuberante y sensual que prometía atracción.

Por la noche, sin presumir de mayores halagos, apreté el timbre de coordinación y me fui a soñar con el ingeniero y Sócrates.

Toda la mañana la gasté con los ingenieros. A mediodía llegué a “La Cristalina”, bastante ábrumada por planos y cálculos. Hacía calor y pensaba refrescarme entre las olas del mar.

—¿Dónde está el invitado?

—Ahí está tu Seisdedos, descansando en el solarío —murmuró Pedro, bastante molesto.

—“¡Divino!, mientras yo me agoto. Un verdadero ejemplar de zángano. Ojalá yo dependiera del azar...” Entré a mi dormitorio y divisé a Seisdedos envuelto como los griegos en una de mis sábanas largas, meciéndose en la hamaca.

—¿Has pasado meditando? —inquirí, tal vez envidiosa, pues tanta holganza no me provocaba ni una pizca de gracia.

—He meditado sobre el “Kamasutra”. Tengo una primicia.

—Habrá tiempo para todo. —Y corrí a sumergirme entre las olas, dejándolo en la arena dentro de mi sábana.

Como él, sin inmutarse, me observaba desde la orilla del mar, creí necesario animarlo.

—¡Ahora, prepárate! —le anuncié robándole la

sábana y envolviéndome en ella. Al verlo disminuido en su vigor altivo, me provocó una risa loca.

Seisdedos, hombre de reacciones inesperadas, cavó rápidamente un hoyo y comenzó a cubrirse, tapándose de arena.

— ¡Conténte! —le rogué. —Entremos al solarío. Aún no te desaparezcas—. Y como él despreciara mis consejos sabios, me asomé curiosa a enterarme de lo que ocurría.

— ¡Muy peculiar! —exclamé desconcertada y acercándome descubrí que tanto Pedro como el profesor enterrados en la arena cantaban a degüello, descontroladamente, subiendo el tono musical, cada vez más desafinados y con mayor brío; hasta tal extremo se entregaron al frenesí del canturreo que yo, sin poder refrenar mi impulso, me abalancé sobre el profesor y le tapé la boca, harta de alaridos y de ese júbilo incontenible. Sin embargo, se las arreglaron para desafiar una escala tan intolerable como entusiasta.

Pedro había descubierto en Seisdedos su diversión, su alegría y sobre todo la razón de vengarse, burlarse de mí; de aquella eficiente, seductora, vanidosa que tantas penas, humillaciones y celos le despertaba. Por lo tanto, Seisdedos y Pedro se hicieron inseparables compinches. Descubrieron paseos misteriosos que los mantenían fuera de la casa. Reían continuamente en un entendimiento secreto que me sacaba de quicio y me despertaba fastidio.

El hecho de que Pedro hubiese triunfado derrocando a Seisdedos, en mi vanidad era algo inusual. Orgullosa como soy, comencé por ignorarlos y pronto, dudosa de mis aciertos, resentida, me sentí ofendida e indignada.

Por la noche, Seisdedos se acordó de su primicia y le costó convencerme del agrado de las costumbres orientales.

—Deberíamos practicar el lotus, una postura oriental que leí en el Kamasutra y pareciera ser que nos llevaría a los umbrales del conocimiento. —Y sin aguardar pacto alguno, se sentó cruzando las piernas en actitud meditativa. Traté de seguirle la onda, un poco estática e inmóvil, comprendiendo de antemano el fracaso, pero lo dejé conducirme.

El profesor Seisdedos me acarició con sus yemas comenzando por los párpados, los labios, los lóbulos de las orejas y así, en esa incómoda postura me dejó acariciar hasta que me molesté.

Como Seisdedos posaba de gustos extraordinarios, un día llegó portando una caja mágica, según él. Apagó las luces del living y buscando manera de congraciarse conmigo me pasó un ramillete de luciérnagas. Realmente no podía negarle inventiva.

Esa noche me esperaba otra noticia:

—He pensado que sería muy agradable leer en conjunto algún libro. Algo que fuese significativo y que quedara como una revelación... Siempre he dicho que existen algunos libros compartibles...

—¿Y cuáles son aquellos libros que tú piensas que podemos leer?

—Las Mil y Una Noche o Las Canciones de Bilitys...

—Yo pienso —agregó el profesor dándole ínfulas a su voz— que el libro indicado para leer en conjunto es “El Capital”.

De inmediato me acordé de los Manuscritos y me pareció que si éste me había impactado, con mayor razón lo haría “El Capital” y acepté en el acto su pro-

posición. Lo único que me dejó dudas fue lo largo de sus volúmenes.

(¿Hasta cuándo piensa quedarse?).

Como Seisdedos pareciera convertirse en caballero galante y de súbito pretendiera monopolio, lo consideré fastidioso y le puse fin a ese descanso que temía se convirtiera en vitalicio.

Muy orondo venía el literato y a juzgar por su modo de caminar se demostraba dispuesto a un nuevo encuentro en el ring.

—Al colegial le está saliendo barba —dijo.

—Amigo mío, han sido muy hermosas nuestras vacaciones pero debo ponerles fin.

—¿Por qué debo?

—Necesito hacer otra vida.

—Sumirte en tus sueños. Volver a Sebastián, al romanticismo. Eso pertenece al pasado.

—Será, pero yo soy el pasado.

—Bien. Como quieras. Me voy en seguida.

Y sin comentarios de ninguna índole partió. Quedé un poco picada y dudosa de mis aciertos, mas algo insensato me arrastraba hacia la libertad que únicamente se vive sola.

Nos abrazamos con Pedro.

Una mañana apareció una carpa naranja en medio de la playa, al día siguiente otra, y otra... Brotaron como prurigo, misteriosamente. Comenzó a preocuparme esa invasión, llamé a los jardineros y les pedí información: a nadie habían visto. Me desperté al amanecer y me mantuve un rato al acecho, sin éxito. Decidí bajar

a investigar.

—¿Adónde vas? —preguntó Pedro.

—A la carpa naranja.

—Te acompaño. Puede ser una emboscada.

—¿De dónde sacas tanto optimismo? ¿Quién se ocupa de nosotros?

—Vamos.

Llegamos a la playa: vacía. Entramos en la carpa naranja y me acosté junto a Pedro con el ánimo de dormir una siesta. Soñé una escena vivida. Vicente Felipe estallaba furioso conmigo. Algo le dolía, lo contrariaba, lo exasperaba. Repetía que se debía a los demás. Imposible dejarlos abandonados.

Concentramos la atención en descubrir el origen de estas carpas que de algún modo llegaron como secreto fantasma.

Apenas asomó la luna, frente a la inmensa ventana, aceché la playa por si vislumbraba existencia humana. El problema lo sentía latante.

A los dos días, con sorpresa pude constatar: la playa invadida por carpas mimetizadas, sin ninguna persona. Tomé los prismáticos y enfoqué numerosos perros policiales atados con arneses entre sí, olfateando el terreno, cercado por un alambre de fina malla, de manera que los animales quedaban encerrados dentro del contorno. De pronto aterrizó un perro con paracaídas. ¿Pero quién lo lanzó, pues ningún motor se escuchaba? Los perros cayeron sobre la malla enredando sus patas en los hilos; otros envueltos en el género y unos pocos encima del bulto, husmeándolo, mordiéndose entre sí; para mejorar su ubicación uno astuto, logró romper mediante sus caninos la reja y llegar a las provisiones que contenían. Los perros ladraban, se

peleaban, se mordían, se volvían feroces, disputando prioridad. Fui en busca de mi silbato para experimentar el efecto que provocaría entre ellos. Al percibirlo interrumpieron por un instante sus afanes de pelea para volver en seguida a su quehacer primordial: aullar prolongado. Me sentí satisfecha de obtener alguna reacción de parte de la jauría.

Llamé a todo el personal de la Cristalina, les mostré la playa. El hortelano fue quien dio más muestras de temor.

— ¡Hay que matarlos!

— ¿Cómo?

— ¡Ahorcarlos!

— ¿Por qué?

— ¡Envenenarlos!

— Pero ¿cómo llegaron? — me repetía la pregunta.

— ¿Y el cierro, quién lo extendió?

— ¿Los marcianos?

— ¿Y el paracaídas?

— ¿Y los arneses?

— Guarden los perros en las casas. Tenemos que prepararnos para el ataque.

— ¿De qué ataque se habla?

— Observen al Copito ladrándole a esas tremendas fieras.

Todos miraron al “quiltro” blanco, motudo, chillándole resuelto a los policiales que se disputaban el charqui.

Copito, sin cejar, insistía en desafiarlos con ladridos persistentes. Un policial escarbó la arena al borde de la reja y trató de salvarla. Alcanzó a sacar una pata, lo que provocó en Copito alejarse unos metros y detenerse nuevamente a ladrarles. El policial quedó atajado

por los arneses y después de varias intentonas frustradas se resolvió por su presa de charqui. La cocinera suspiró mientras llamaba a voces a su regalón sin lograr conquistarlo.

—Por favor, toque el pito señora Leticia—, y obtuvo de inmediato respuesta de toda la jauría de zorreros.

—Contémoslos, así sabremos cuántos son...

—Sí, son sesenta y tres...

—¡Yo conté sesenta y cinco!

Los jardineros, el caballerizo, el perrero, las empleadas domésticas, el capataz y los campesinos manifestaban intranquilidad. Nadie sabía de una invasión. Se habló de la crisis del 31, de los lavaderos de oro, de los cesantes, de la plaga de langostas... Del desplazamiento del obrero sureño al gran mineral, cómo viajaban en los barcos, enganchados en busca de la veta. Más de alguien recordó la sequía del 24 cuando llegaban manadas de perros hambrientos a degollar ovejas y luego se iban. Esos cuentos se habían convertido en leyendas.

¿En qué momento surgió el cerebro que manejaba esta estrategia nunca usada hasta el momento? ¿Quería decir que funcionaban mecanismos desconocidos? ¿Quiénes? Sin duda carecía de información. No bastaba preocuparme de promover el progreso del país, ni de ayuntarse amorosamente, ni tratar de obtener felicidad. Nada de eso contaba. Lo único importante era el conocimiento.

A la mañana siguiente el capataz entró:

—Señora Leticia, creo que debemos liquidar a los perros.

—¿Usted piensa así? Esperemos qué acontece.

—Peligroso. Si aguardamos pueden venir tremendas

calamidades. Nos exponemos. Da lástima hacer sufrir a un animal, pero la gente se ha reunido y toda está de acuerdo en poner mano dura e impedir que el peligro cunda.

—Sin duda, pero detrás de todo esto se encubre algo más importante, poco claro por el momento. Debemos vislumbrar de qué se trata, cuál es el propósito.

—¡Pretenden producirnos terror!

—Los perros amanecieron pacíficos, amodorrados, diría yo. Sería interesante compararlos con los zorros. ¿Qué tal?

—Duermen tranquilos porque tienen la panza llena, pero espérese un poco. ¿De dónde sacarán agua?

—Esto semeja un experimento. Todo parece estudiado. ¿Hay alguna vertiente?

—A la vista ninguna... a no ser...

—¿A no ser qué?...

—¿Vino un rabdomante al lugar?

—Que yo sepa...

—Por aquí tampoco conocemos a esos brujos.

—Aunque le suene raro, patrona, ninguno advirtió nada.

El capataz se mostraba sincero. Yo me pregunté a quién recurriría, porque el peligro se hacía inminente y era inadecuado dejar pasar un día, una tarde más, sin tomar determinaciones.

—Observemos a los perros. Tratemos de soltar uno y aguaitemos su conducta.

—Muy complicado, porque no usan bozal y en seguida vendrían a cargar contra nosotros.

Cogí los prismáticos y comprobé que los perros se metían al mar. Al parecer pescaban. Otros se dedicaban a escarbar la tierra para cavar un socavón por donde

salir. Otros ladraban.

—Ensílleme la yegua y descendamos. También llevemos una guadaña para romper el arnés.

—En el acto —asintió, obediente el capataz. Tomé la “huasca”, me colgué del hombro un fusil y monté la yegua.

—¿Nos acompaña alguien más? —preguntó el capataz.

—Como sea su parecer, pero no quisiera exponer a nadie. Dé aviso por si nos llevamos un chasco. Que guarden a los niños. Efectuemos una vuelta para advertir a la gente.

El capataz, acompañado de Pedro y el caballerizo, recorrió la cerca en busca del lugar más apropiado para cavar una brecha mientras desde una roca en la loma, los observaban. Los perros excitados por los caballos, trataban de trepar por la reja realizando descomunales brincos, pero como no la saltaran coordinadamente, tampoco lograron su propósito.

Miré hacia la casa y vi que todos los empleados, además de los niños, seguían interesados en lo que hacíamos.

El capataz se allegó para informar:

—Beben en el mar.

Desde un lugar estratégico lograron romper, ayudado de la guadaña uno de los collares de un policial bastante impaciente.

Yo había ordenado llevar un balde de agua y pensaba que lo primero que haría el perro sería beberla.

Tan pronto suelto el animal de las ataduras, comenzó a pegar brincos monumentales, intentando alcanzar la reja. Sin embargo, comprendió que esos hombres le proporcionaban la posibilidad de escapar por el

portillo abierto. Traspasada la reja se sintió liberado y su primer ademán fue atacar al caballo. Como éste, nervioso, caracoleó esquivándolo, el perro mostró sus colmillos en un ánimo feroz de morderlo, pero como fracasó en su intento se contentó con las patas. El capataz sacó el rebenque y lo castigó duro, en tanto, nerviosa, yo esperaba. Apenas el perro olfateó el agua se precipitó a beber ansioso, volcándola. El chorro logró, aunque insuficientemente, calmar su braveza, mas a pesar de extinguida, lengüeteaba el balde hasta sorber la última gota. Entonces meneó la cola. Luego se precipitó como verdadero lobo tras las gallinas que se hallaban dentro del gallinero, cuya reja trepó fácilmente.

La campesina y sus hijos, a la ventana, contemplaron llenos de horror la rapidez como su gallinero se convertía en un torbellino de plumas, ladridos, cloquear despavorido de las atemorizadas aves en su cacareo final a la vida. En seguida el perro, en un ataque sistemático, se lanzó contra la ventana donde estuviera la mujer y los niños asomados. La campesina, rápida, cerró el postigo de la ventana y quedó exenta de ataques.

Siguió su carrera incansable de devastación, entrando en la huerta, husmeando la huella del hortelano que, hábil, se encaramó al nogal y desde allí pudo reafirmar su terror, exclamando:

— ¡Putá, mierda, cómo nos expone la Leticia!

El perro, en su constante afán de ataques y saltos bajo el nogal, trataba de encaramarse hasta conseguir que el hortelano, haciendo acopio de toda su fuerza y su terror, pidiera auxilio.

Yo oí esa alharaca desesperada y recurriendo a mi pito lo hice sonar prolongadamente. Como por encan-

tamiento el perro abandonó la rama trepada y alocado ganó el suelo corriendo hacia mí.

— ¡Es una bruja! El perro no la ataca.

Tranquilizado el perro, trotó un rato con cierto sosiego cerca de mí, captó a la distancia a un hombre y púsose a su siga.

El policial arrancaba tan veloz que sobrepasaba la carrera del caballo. Se acercó al patio de los zorros y en medio de ensordecedores ladridos, salió el guardián premunido de una "huasca" y un palo, dispuesto a defender su jauría. Al verlo, el policial se trepó por espalda, mordiéndole fiero, mas el hombre, de contextura corpulenta y recia, valiéndose de sus manos atenazó, nervioso y feroz, la yugular del policial para estrangularlo. Medio desfalleciente quedó el animal, pero no menos agresivo, se alejó del lugar en dirección al campo donde encontraría el rebaño de ovejas. Seguí su persecución presumiendo sus intenciones. El policial atacó a la primera oveja que halló, le enterró sus colmillos, zamarreándola hasta que logró quebrarle el espinazo y la dejó caer a sus pies, ávido en busca de la sangre fresca, mientras el capataz, ayudado de su fusil, lo mató instantáneamente.

Probada ya la índole que inducía a los canes al ataque, a la brutalidad, no me cupo duda del amaestramiento de que habrían sido objeto para volverlos tan feroces. ¡Urge tomar una determinación! Los acontecimientos podrían precipitarse y mi responsabilidad al no intervenir a tiempo hacía peligrar a mi gente.

Resolví llamar por teléfono a las autoridades y a la mayoría de mis amigos, pidiéndoles consejo, pero todos se disculparon; también a ellos los agobiaban problemas inesperados y ninguno me ayudaría.

—Debemos atacarlos primero, antes de que ellos nos liquiden —repetía el mayordomo. Esa frase rondó por mi mente al oír algunos balazos al amanecer. “Hay que dejar al pueblo actuar. La sabiduría campesina es la más pura, sensata y primitiva”. Recordé, aliviada, que otros asumirían responsabilidades, mientras me vestía rápidamente.

El capataz apuntaba a la playa, fallando a menudo la puntería y dejando un cúmulo de perros heridos, que se quejaban y ladraban lastimosamente.

El caballerizo se acercó al capataz y le quitó el rifle.

—¡Basta! —exclamó. Algo parecido a la cobardía lo asqueaba.

Me defraudó su intervención, pues el caballerizo mantenía la intención de evitar el despilfarro de balas y ensayar su turno de certero cazador. En la loma se estaban reuniendo, atraídos por los disparos, campesinos de la Cristalina y de fundos vecinos.

—¿Qué piensa la patrona? ¿Entregarnos a todos amarrados? ¡Si son verdaderas fieras!

A los alaridos de los policiales se unieron los aullidos prolongados, tristes, de los perros zorreros y de los “quiltros”. La voz marina ensordeció su canto para ceder paso al gemido animal. Gritos de hombres asustados, llantos de niños y horrendo espectáculo de sangre, rabia, miedo y desconcierto.

Sin pronunciar una palabra, decidida, desenfundé el revólver y acercándome a la reja apunté, afirmando mi mano trémula: descerrajé el primer tiro que volteó de muerte a otro policial. Así seguí hasta vaciar la nuez y en un ademán de cansancio, de desesperación, le pasé el revólver al caballerizo.

—Aquí tiene las balas. Traten de limpiar...

La autorización dio seguridad al campesinado y hasta el capataz intimidado por ese sonoro ¡Basta! infundió bríos de cooperación.

De este modo como la creatividad se torna rica e ingeniosa, igual se forzó en volverse destructora, y se afilaban las hachas para destroncar cabezas, método que se utilizara en la hora de la locura mental en que el hombre presintió su supervivencia amenazada. La gran carnicería desató instintos recónditos y hacia la noche la arena se tornó bermeja de sangre, gelatinosa e inmundada. Los hombres cavaron profundos fosos donde fueron lanzados los canes y cubrieron de cal los restos de las muertas y descuartizadas bestias.

Un tremendo afán los unió en la más infeliz tarea de su apacible existencia campesina.

El campo, habitualmente fresco y perfumado, olía fétido a carroña, encharcadas sus arenas.

A la semana cambió la luna y las olas se plegaron al reflujo. Subió la marea limpiando la playa, borrando todo vestigio de mugre.

¿Acaso me sentí serena? Comencé a organizar el programa agrícola. Pronto me sentí sola y decreté regresar a la capital para obtener noticias de mis amigos.

No transcurrieron tantos días desde aquel siniestro acontecimiento, sin que fuera llamada urgentemente. En la Cristalina ocurrían aún hechos inauditos: abejas carnívoras proliferaban, entusiastas; redoblaban sus ataques tanto a sus habitantes como a los animales. Se ensañaban contra los heridos. Todo el poético artificio que adorna a las activas servidoras, esclavas que elaboran la jalea real, amantes del trabajo, del orden, constructoras de colmenas, de celdas simétricas, que

almacenan polen, serviles a su reina celebrada con júbilo que emprende el vuelo nupcial plena de tanta magnificencia que regresa a herida, a los órganos sexuales del zángano. Las servidoras les prodigan caricias a su reina —fingiendo, naturalmente— llevándole sus pillajes, bailándole para engatusarla, todo se iba a la cresta. ¡Pura literatura! ¡Pura literatura! A éstas, lejos de seducirlas el colorido de los pétalos, ni el más almibarado néctar, las atraía la carne. Atacaron a un niño que tenía granos en la cara. Una Colmena de éstas se instaló bajo las tablas de su casa (sin hallar qué hacer, me dijeron como justificación por haberme llamado) y comenzaron a salir subrepticamente, lanzándose contra la cocinera —la dueña de Copito—, asaltando sus brazos, enterrándole sus agujones y dándole unos tremendos trarascones.

— ¡Por supuesto, misiá Leticia, provoca terribles dolores! Son inmensas, amarillas, llevan círculos negros. Me subió la fiebre. Claro que me untaron de miel para aliviarme. La comadre Mariquita me ha cuidado, aplicándome compresas a cada rato. ¡Ay, si no fuera por ella...! Vespula Germanica. Así la describió el técnico. Las diabras se meten en sus escondrijos subterráneos. ¿Dónde las va a hallar una? Igualitas a las abejas asesinas que hay en Brasil. Aquí tampoco me creen, pero por la radio lo escuché. Dígale usted, que es letrada, cómo han matado gente. Y éstas son igualitas. Yo iba con un plato y salí al corral para echarles un poco de maíz a las aves, en eso el enjambre me atacó de frente. Ahí han estado los niños zanjando por todos lados para encontrar las crías.

— ¡Cierto! Tal cual lo cuenta —reforzó el capataz. —Está toda la tierra llena de crías. Apenas las descu-

brimos rociamos de parafina la tierra y le prendemos fuego. Es la única forma que empleamos para liquidarlas.

Los perros ladraron toda la noche y hasta las vacas siguieron mugiendo. Algo alarmante se anunciaba.

Yo había llegado con el ánimo de pasar un corto tiempo.

Miré la playa con cierta satisfacción, porque hasta el alambrado lo habían sacado y de él no quedaba vestigio alguno. Consideré a la gente alarmada sin motivo.

Al levantar la cortina de la ventana me sobrecogió un escalofrío por la espina dorsal, repeliendo todo el agradable calor que me cobijaba. ¿Por qué temblaba mi mandíbula?

— ¡Qué calamidad! Esto es insoportable — exclamé al ver nuevamente la carpa naranja en la playa. ¿Qué me esperaba? ¿Volverían los perros? ¿De qué invasión se trataría.

— ¡Saquen esa carpa de la playa! — chillé histérica.

A pesar de que la carpa fue retirada, examinada y quemada en una hoguera como símbolo apoteósico de una hazaña en que mayores y chicos participaron alrededor, riéndose y sintiéndose triunfantes de un enemigo; tanto yo, como los adultos allí reunidos, cavilábamos preocupados. Mientras los lengüetazos de las llamas se enroscaban, contemplábamos la playa: algo acontecía.

Bajamos la loma y con extrañeza vimos cómo surgían de las olas hombres ranas. Estos se sacaban las aletas sentados en la arena, otros arrastraban sacos. Espectadores, presos de cautela, nos escondimos detrás de unas rocas para observarlos desde allí.

—Treinta y cinco. Debemos armarnos.

—Vigila cómo siguen emergiendo. —Las olas atraían más hombres ranas que se unían a los ya llegados.

—Son muchos. Yo cuento cuarenta y dos.

—Usted siga observando, yo avisaré. ¡Qué locura, nos falta preparación! ¿Arrasarán con nosotros? ¿Por qué?

Aterrada llegué a mi casa y descolgué el teléfono; daba vueltas a la manivela, persistentemente. La línea: sorda. ¿Será ésta la guerra interna? Histérica giraba la manilla. Nadie respondía. Al fin logré informarme.

—Comuníqueme con la policía.

—¿Qué quiere?

—¡Me están invadiendo! ¡Tengo miedo!... ¡Ayúdeme!

Un denso rumor. Dolor en la boca del estómago; esto sí que es angustia... ¿Me arrastrarán del cabello por encima de las piedras... me subirán a un jeep, me encapucharán y..., adónde me conducirán?, ¿a qué torturas me someterán?

¿Era posible?... Se superponen los recuerdos. La imaginación, ¡por fin una voz se oyó por el teléfono! —Atención arm... (“Estoy comunicada con un cuartel”...). Vencida colgué el auricular. Sonó la campanilla. —Aló, aló repetí. Nadie respondió.

¿A qué obedecía esa llamada anónima justo cuando necesitaba urgente ayuda?

Después de un largo rato una voz femenina, calma, impersonal y solícita decía:

—Operadora habla, ¿se le ofrece algo? Diga.

—¡Ay, por fin!, señorita me están invadiendo, por favor.

—Diga, ¿qué número desea?

(“Después de tanto esfuerzo y ahora que era posible la comunicación perdiendo tiempo en coordinar el espanto, el terror que te envuelve”).

— ¡Auxilio! ¡Que nos vengan a defender!... ¡Que... nos... socorran! —grité.

(Me sentía confusa, miraba hacia la playa y oía cómo los rugidos del mar se multiplicaban. Me tragué un bellergal. ¿Se pondrían en regla los nervios?).

Cambió la voz, autoritaria, ronca, masculina:

— ¿Qué pasa? Explique.

— Unos hombres salen del mar.

— Estarán haciendo ejercicios. ¿Son hombres ranas?

— Sí, sí...

— ¿Llevan trajes negros?

— Sí... sí...

— ¿Tienen un pompón color nalga marina?

— ¿Alga marina?

— No, nalga marina.

(“Siempre el oído tramposo aprovechándose de su malabarismo”).

— ¿En el gorro? ¡Exacto! El uniforme reglamentario. ¿Llevan arpón y mascarilla?

— Así parece.

— Tranquilícese.

— ¿Con quién hablo?

— El elocuente General de la Zona Marítima. ¿Algo más se le ofrece? Estamos muy ocupados.

— ¿Podrían pasar por aquí?

— Un comando patrullará. Andan en operación rastreo. ¿De dónde llama?

— Desde la Cristalina.

— ¡Ah!, ¡qué bien! Los mandaré en seguida. Queremos verla.

¿Por qué me había quedado tan nerviosa? Apenas se lo conté al capataz me dijo:

— ¡Huya! Escóndase antes de que la encuentren.

— ¿Por qué? ¿Qué he hecho yo?

— Si le han dicho que quieren conversar con usted es para prenderla. Sabe que van a volver y la matarán.

— ¿Por qué me asusta?

— Debe tomar una precaución infinita. Esto será horrible. Ya avanzan las columnas de las divisiones de armas secretas.

— ¿Por qué vendrían a detenerme?

— ¡Váyase donde misiá Mariquita!

— ¿Por qué voy a huir?

— Por amor de Dios —dijo Pedro— nunca le pido nada, pero usted se irá donde mi mamá y yo me voy contigo. Ahí nadie nos pillaré.

— ¿Y quién se quedará aquí?

— Nosotros. Estos son problemas de hombres.

— El machismo de siempre.

— Agarra el jeep y llévatela aunque sea a la fuerza.

Pedro ya se aproximaba en el jeep, una lata de gasolina y un canasto de provisiones. La cocinera me pasó un atado de ropa.

— Aquí está todo, hasta brumuro le puse. Yo le cuido su casa misiá Leticia, despreocúpese. El domingo iré a verla.

— Ustedes están locos si creen que me voy a ir. Este es mi lugar y aquí me quedo.

Pedro bajó del jeep, me tomó en brazos, cargándome. Enfurecida, le propiné patadas y golpes.

— Suéltame, mocososo de mierda... —Y el mocososo me amarró con una soga que le pasó el capataz.

— Son unos maricones.

—Te voy a tener que aturdir —me amenazó—. ¿Hasta cuándo jodes la pita?

—Claro, yo jodiendo la pita. Sin embargo, apenas ocurre un problema, a mí recurren, Soy yo la que debe acudir al juzgado, hablar a los jueces, sacarlos de la cárcel. Ahora quizás qué desaguisado harán... (Quién sabe si todas son sólo maniobras y no presentan ningún peligro, pero estaba aquello que Sebastián me advirtiera “se están preparando para liquidarnos, apenas tú veas una manifestación de agresión tienes que ponerte a salvo”. ¿Había llegado acaso el momento?). Iba callada rumiando mi desazón. Un brinco en el estómago y el humor enlatado, los hombres rana con arpones y pompón de nalgas. El dividendo de la intriga elaborado para crear caos. El plan Zeta. ¿Cuándo se han hecho planes con abecedario? Mantente serena me dije. Respiré profundo. Sentí alivio.

—¡Suéltame!

Pedro me miró. —Bien. Ya nos acercamos.

En las dunas cundía la reverberación y el viento escarceaba la arena hacia arriba como en la cresta de una ola; luego, juguetón, la laminaba. Mientras la loma disminuía en altura aparecía el terreno árido salpicado de arbustillos de escaso tamaño; allí, sorteando espinos reinaba el cacto, entre el pingopingo, el chagual y el coirón. El jeep avanzaba. (Esta noche huyo. Nadie me va a detener. A medianoche saco el jeep y Pedro no me la gana. Me urge buscar a Sebastián. Quizás qué está pasando).

—Conecta la radio. Quiero informarme qué sucede. —La radio dejó de transmitir noticias. Sólo música en circuito cerrado.

—Se oye una radio detrás de la cordillera. Hablan

de estado de sitio. Algo sucede. Necesito ir...

Pedro cortó la radio.

—Eres un idiota si piensas mantenerme sin noticias. Vuelve a conectarla.

Pedro obedeció. Pero quizá por la desviación que tomó la ruta, se perdió la onda.

(Mi Mama. Bueno estar unida a ella, junto a su pecho moreno, tibio, fragante, olor a flor de espino. Su sabiduría campesina y su eléctrica inteligencia, más esa mezcla de perfumes que vienen de la infancia: menta, poleo, eucalipto y café. Pasé mi niñez en la cocina de la casa, junto al brasero prendido, cebando mate, escuchando el ronroneo de las conversaciones de los empleados “pelando” a la Señora, tan distante, siempre disgustada, buscando pretextos para regañarme; comiendo dulces el día entero; peleando contra los jardineros; encerrada junto a mi hermano, confabulando acuerdos. Y siempre ella, la Señora, tramando alguna queja contra mi padre, gritando con ese metal de voz autoritaria y dominante, descargando su desencanto en el drama, reclamando por parecerle todo demasiado mezquino, poco feliz, poco limpio, poco alegre, poco imaginativo, poco dinero, poco elegante, y vamos llorando porque se sentía desdichada, desmayada. Increíble que siendo gorda, fuera tan débil, y pasara metida en la cama, sin ganas de correr, siempre enferma, lloriqueando, pegándome cachetadas apenas me divisaba... Debía mantenerme a distancia, lejos de su alcance, arriba de la higuera, de los durazneros, del cerezo, porque de la tunda, quién me iba a librar. ¡Ah, Mariquita Ortega, de cuántas palizas me defendiste...! ¡Por suerte recibí gotitas de estímulo de mi padre; sin él, ¡qué ser más frustrado e infeliz hubiese crecido!

¡Pobre de mí si pretendía hacer algo! Un jersey a medio tejer de inmediato me lo quitaba y comenzaba ella a tejerlo a toda carrera dejando un punto suelto y disparejo. Su afán competitivo, qué de rabietas me provocó.

—Sí, contaba —escribe cuentos y lleva un diario. ¡Qué ridícula! Se pasa escribiendo a escondidas.

Se burlaba de mis pretensiones. Me escamoteaba los escritos para reirse, crearme complejos de inferioridad. Se requería la fortaleza de un tanque y premunida de ese tanque siempre pude ganar batallas.

Llegamos a un valle donde los matorrales crecían más tupidos. La flor del quebracho amarillaba.

A lo lejos, en el valle verde pegada a las rocas, atisé la casa de mi Mamá. Lo familiar del paisaje me cambió el humor.

Me alegré y por un momento se espantaron los tétricos pensamientos. Me parecía tan loco el pavor de la invasión de los hombres ranas.

Ahí crecía cáñamo y también lino en medio de unas vegas. Flamencos rosados y aves zancudas picoteaban en el barro... ¡Qué felicidad sería para la Mamá mi llegada!

Pedro, seguramente asustado de que mi Mama lo increpase, trató de soltarme las ataduras. Pero yo le di tal cantidad de puntapiés para seguir maniatada, que le impedí su proximidad; quería que mi Mama lo viera, lo reprendiera y le pegase. Porque en el fondo era eso lo que yo ambicionada, que le aplicaran una tremenda paliza. Estaba segura de que así ocurriría.

Frente a ellos se veía la casa cubierta de suspiros azules. Tres pimientos alrededor y unas pircas de piedras donde se guardaban las ovejas. Corría una ver-

tiente. Paltos y papayos.

—Me contenta lo tranquilito —decía ella—, aquí viviré serena.

La vivienda quedaba cerca del camino, lo que constituía una ventaja increíble, pues ella tenía una carretela que la trasladaba a los pueblos vecinos.

Apenas oyeron el motor del jeep salieron a mirar curiosos. Pensé que mi Mama acabaría de cocer el pan, pues salía humo del horno. (“Me alegraría que tuviera quesillos frescos”).

—¡Maricón! —le grité—, ahora que te acercas donde mi Mama pretendes soltarme. Apenas se entere te castigará, estoy segura. Porque eres un cobarde... y te azotará en forma ejemplar. ¡Mama... Mama... Mama... ven... ayúdame, mamita! Tú eres la única capaz de defenderme de este monstruo de hijo que pariste. Pedro me ha traído atada todo el camino. Observa mi calamitoso estado... Mira la sogá; maniatada... Infórmate... Traigo las muñecas rojas, casi ensangrentadas... Este bruto, este animal... ¿en qué momento lo echaste al mundo?

Mi Mama, extrañada de que hubiera llegado, dijo:

—¡Pero, mi hijita, por Dios, cómo pueden haberle hecho una cosa así! ¿Qué te ocurre a ti, chiquillo de moledera? ¿Cómo has podido atar a la niña? ¿Dónde tienes el alma? ¿Qué te pasa a ti? ¡Ah!...

Pedro, furioso, se hizo humo... Mi Mama me desató.

De inmediato, cogí las llaves del auto y me las eché al bolsillo. Eso me daba la seguridad de poder huir.

—¡Ay, Mama!... ¡Nos invadieron los hombres ranas! ¡Ignoro qué diablos pretenden!

—¡Te quieren matar! —gritó Pedro—. Sabes de más que te van a matar, porque Sebastián... es tu ídilio.

—¿Cómo? Tú sabes demás que se casó. Me dejó sola; no existo para él.

—Di tú, ¿por qué disfrutas inventándole cosas a la niña?...

Yo agarré el látigo y comencé a pegarle... ¡Fuerte! Ese látigo largo, medía por lo menos un metro cincuenta. Y trenzado, de tiento, terminaba en muchas ramificaciones. Le pegué bastante. Hasta el cansancio. Luego le tiré el látigo a mi Mama y le dije:

—Mira, ahora sigue tú pegándole, porque si tú te abstienes jamás volveré.

Mi pobre Mama, ante la disyuntiva. simuló unos cuantos azotes.

—Ya Mamita, deje de sufrir... Es un miserable... a un necio jamás lo vas a mejorar, porque éste será toda la vida igual conmigo- colérico y celoso. Pretende cuidarme y defenderme. ¿Defenderme de qué? Se cree muy hombre, muy macanudo, muy estupendo y trata de liquidarme donde puede.

Le conversé a mi Mama en la aspiración única de ser regaloneada. Me sentía tensa, horriblemente sola.

—Mama... Hazme cariño... Estoy tan desesperada y ando nerviosa...

—Bueno, mi hijita, venga para acá. Yo le traeré algo que le guste, con azúcar quemada, poleo y paico. Te daré además un poco de agua de las Carmelitas y te relajará; también sobaré tu "guatita"...

—Pero en la condición de que desaparezcan tus chiquillos. Yo quiero quedarme a solas contigo.

—Claro mi hijita. —Y mi Mama se reía de verme tan fruncida.

Me tomó en brazos, acariciándome. Ahora la recuerdo conmovida. —¡Ay, Dios mío! --Entonces le

advertí que las cosas se presentaban feas. Temo ser perseguida, Mama, e ignoro con qué seguridad cuento. Nos malquieren algunos. Tú sabes que nos odian, porque nos preocupamos de la gente necesitada. También conoces la interpretación que le dan, y yo, Mama, desconozco cómo defenderme, pues a nadie poseo en el mundo más que a ti. Te pasas de lista y lo entiendes... El día que tú te mueras nadie quedará que me ame.

—No diga eso, la Señora también la quiere.

—Bah, qué esperanza la tuya, la Señora no cuenta, sabes de más cómo es la Señora. Bueno, Mama, escucha: la Señora apenas me quiere, ¿entendido? Necesito estar en Santiago, por lo tanto acepta el hecho de que tengo que irme. Háblame de otra cosa. ¿Cómo estás tú, mamita linda?

—Vi los platillos voladores —explotó jubilosa. —Quedé pasmada... Esta noche, a lo mejor, los contemplaremos —dijo la Mama, muy segura y tranquila... Anoche estuvieron aquí. Aquí mismito. Salieron de repente por ahí, por detrás del médano. Aparecieron. Venían en formación, tranquilitos... Ningún motor se oía... ¡Con deslumbrantes destellos!... Me acordé en seguida del arcángel San Gabriel. Pensé que iba a aparecer o bajaría tal vez por alguno de esos platillos. Pero nada. Dio su vuelta por aquí, se paró un ratito uno de ellos, detrás de la mata de quilo y, a pesar de que les hice varias señas para que se acercaran, siguieron un paseo como de despedida y desaparecieron... Ojalá volvieran esta noche, así los conocerías, mi hijita. Cómo me gustaría que los observaras. ¡Es tan bonito!... Se acercan como para confrontarnos: "Piensen que están acompañados. Jamás crean que se perderán". Por eso, mi hijita, hay que conservar tanta fe en la

Virgen Santísima, mi amor. Si usted le reza a la Virgen, como le rezaba antes, yo le aseguro que nunca le pasará nada, mi hijita linda, mi niña regalona. ¡No se aflija!

Cuanto me decía mi Mama, en cierta forma me tocaba la sensiblería gagá que todos, en alguna forma, llevamos dentro. Ese ablandamiento me molestaba y realmente monté en cólera, esa cólera del que se ve enfrentado a problemas superiores, ante los cuales se siente distante. Le pedí:

—Cambia de conversación...

Ella nada entendió. Miró un poco extrañada cómo se había disuelto el caramelo. Contrariada, me parecía una cobardía fuera de mi temperamento.

—Pedro, vamos a regresar a la Cristalina. Quiero enterarme de lo que pasa con los hombres-ranas. ¿Por qué tratas de dominarme si soy adulta?

—¡Cómo, no querrás que te maten!... Yo te voy a salvar el pellejo.

Comprendí la encerrona.

Bueno —acepté sumisa.

Tampoco poseía la certeza de lo adecuado, pues en verdad vivía inquieta por saber qué le ocurría a Sebastián...

De pronto mi Mama gritó:

—¡Miren, miren!... Asómate a aguaitar al hombre pájaro que viene bajando... Véalo cómo vuela, contemple qué cosa tan linda... Vea a ese otro, y a tantos volando...

Una nube se aproximaba realmente por el alto de las dunas y se dirigía hacia la Cristalina. En ese instante entendí que me atacaban masivamente por el mar y por el aire. Incomprensible un ataque semejante. Pero tuve la convicción absoluta de que regresaría a Santia-

go.

—Guarda el jeep.

—¿Dónde pusiste las llaves?

Los hombres gobernaban las alas del Alfa, apoyados poco más abajo de la cintura en un fierro, accionado por las manos. En esa forma los manejaban, volaban, sobre todo para cambiar de rumbo. Más o menos veinte hombres surcaban los cielos y se alejaron poco a poco hacia el mar. Tanto la vestimenta como las alas se matizaban de distintos colores, hermosísimos, dorados, áureos, como alas de picaflones revoloteando...

—¿Sabes, Pedro? Estoy pensando irme a Santiago...

—Siempre que yo te acompañe.

—¿Y qué es esto? —exclama mi Mama. —La niña acaba de llegar y ya están hablando de mandarse a cambiar...

—Sí, pero tampoco inmediatamente. Al anochecer, partiremos. En efecto, trata de entender. Es necesario viajar. Además quiero marcharme. Ignoro qué pasa ni qué me va a suceder, pero es mejor que llegue a Santiago.

—Sí, porque el interés de Leticia radica en andar pegada a Sebastián. ¿Entendiste? Eso es lo que va a buscar...

Cuando regresé se reunieron para contarme, con lujo de detalles, que el capataz y todos los de la hacienda observaban el quehacer de los hombres-rana. Afanados en un trabajo bastante rutinario ni siquiera oteaban hacia las casas. Muy ufanos, preparaban el campamento. De unas bolsas extraían sus carpas, las colocaban, se sacaban las aletas, se ponían unas máscaras en la

cara, según les pareció a través de los anteojos de larga vista.

—Iré a acechar a qué vienen —advirtió el capataz.

—Oye, aguarda... De la loma te “catean” para arriba mediante telcobjetivos. Repara en la roca de atrás.

Efectivamente. Desde allí, sentado en una piedra, vio que un hombre rana seguía cada uno de sus movimientos.

—¿Con qué ésas tenemos?

Se apeó el capataz, pero tan pronto se desmontó se acercó el que parecía ser el jefe y le preguntó:

—¿Qué anda haciendo por áca?

—Maniobras de hombres-rana. ¿Y usted de dónde viene? ¿De la hacienda la Cristalina? ¿Y su patrona?

—La patrona debió partir a la capital.

—¡Ah, por allá anda!

—Bueno, es donde vive la patrona.

—Nos interesa conversar, pero espere un poco... Ponga las manos atrás. Revísalo por si va armado. —Le quitaron el revólver y en seguida ambos subieron, acompañados de quince hombres-rana, mientras preguntaban:

—¿Qué hace tu patrona?

—Mm... dirige el fundo... vigila las cosas del campo.

—Pero ella acaba de estar aquí.

—Sí, pero salió...

—Bah, qué raro...

—Mm... Incluso habló con la Dirección.

—¿Y tan luego se marchó?

—Sí. Lo que ocurre es que pasamos por una ... epidemia, los niños enfermaron y se los llevó a la capital para que los trataran...

—Ahhh... Bah... Primera noticia que tenemos. Bueno. Entremos. Abran la puerta.

—Imposible complacerlos, la patrona está ausente y se llevó las llaves.

—Sí, mejor que abra la puerta. Deme las llaves...

Entonces dijo el capataz:

—Si la patrona no ha dado la orden, ¿cómo van a entrar a la casa? Lo siento, pero carezco de autorización para dejar entrar a nadie en ausencia de la patrona.

— ¡Mejor danos la llave!

—¿Sí? —dijeron— ya verás tú si te va a gustar o no te va a gustar. Pero tú te regresas con nosotros.

Y así fue como tomaron preso al capataz y a otros cuantos. Los que pudieron se esfumaron, porque apenas aparecían por ahí, se los llevaban también. Los encerraron en una carpa. Maniatados. Llegó la hora del almuerzo, repartieron un pan y porotos. Apenas se aproximó el atardecer, empezaron a pasar nubes y nubes de hombres-pájaros. Tenían al campesinado alborotado. No faltaba quien resistiera el éxtasis, mirándolos como si fuesen platillos voladores.

Me enteré que hubo jefes que telefoneaban.

—Está totalmente dominada la situación. Ahora inspeccionamos todas las casas... Vamos a reclutar gente si nos hace falta y lo primero que haremos será entrar en las casas.

Efectivamente costó reunir gente, pues por todos lados se habían escondido, incluso la cocinera. Hasta a los perros los mantenían fondeados en una de las chozas.

Los invasores, premunidos de llaves y yataganes, forzaron las puertas, rompieron los vidrios, entraron

a la casa, buscaron y trajinaron. Algunos se dirigieron a la cocina por si encontraban comida: engulleron cuánto hallaron, abrieron latas y destaparon todos los frascos de conservas. Empezaron a escoger ropa, libros, desclavaron cajones, sacaron los objetos guardados, hurgaron y manosearon, buscando dólares o cosas comprometedoras... Pronto comenzaron a recolectar. Con el derecho a saquear se robaron la vajilla, cuchillería, también platos, los colchones que pudieron, cojines de plumas, frazadas, las colchas, los zapatos, la ropa... llenaron las maletas. Hurtaron lo que se les antojó, y esa misma noche, iluminados por sus linternas, violaron algunas mujeres y hombres del fundo y después se los llevaron presos.

El perrero soltó a los zorreros. Y los animales los vengaron, mordiénolos, a la vez que cargaron fuerte a los hombres-rana y a los hombres-pájaros; pero también murieron, porque rápidamente les dispararon.

Poco sabe usted. Fíjese que la nalga-marina funciona como una esponja color carne que reacciona como una actinia, cerrándose y abriéndose. Esta nalga marina al cerrarse lanzaba un chorrillo de éter, de un olor fuerte, que dejaba al adversario completamente inmobilizado por un rato, y cuyo efecto, al que lo atacara, era adormecerlo hasta tal punto que quedaba inerte, sin poder defenderse. Por eso fue fácil actuar con violencia. Además, los hombres-pájaros tenían unas armas silenciosas que robaron para acciones poco honestas. Este movimiento rápido y sorpresivo y un tanto desolador, dejó a la Cristalina en corto tiempo totalmente devastada. Pocos hombres lograron escapar. Tanto a las mujeres como a los varones los tomaron prisioneros, al menos hasta el momento en que logró

arrancarse Pepe y contar todo lo que yo ahora cuento. Poca gente quedó a salvo. Pero en igual forma llegaron, repentinamente, dos camiones. Sacaron todo el campamento que habían armado, y rápidamente se fueron por la Carretera Panamericana llevando a los rehenes atrapados.

Pepe, el hortelano, llevaba dentro del bolsillo una cajita que contenía algunas abejas y cuando lo capturaron, las soltó. Estas, velozmente proliferaron, a tal punto que uno de los motivos por los cuales levantaron el campamento, se debió a aquella invasión de chaquetas amarillas con la que no contaban, abejas carnívoras y asesinas vengadoras.

Santiago me aguardaba con la noticia del tercer allanamiento, pero testigo presencial del atropello fue la Junta de Vecinos, presidida por el cabeza de chincolito de la prima de Sebastián, acompañada por el interceptor de teléfonos. Mis pilchas desparramadas y ¡oh! sorpresa, encontraron un Paris-Match que contenía la primera entrevista a Fidel Castro en la Sierra Maestra. Naturalmente en medio de una gran alharaca se robaron las servilletas rojas, aduciendo ser brazaletes.

— ¡Qué mujer tan peligrosa! ¡Qué riesgo vivir en el mismo edificio! ¡Imagínese usted! ¡Qué valiente se necesita ser hoy día! —contaba un español vecino mío. Mi departamento queda pegado al lado de una “upelienta”...

A las dos o tres noches me llamó la Señora comunicándome que manos invasoras habían penetrado nuevamente en la Cristalina. Sujetos depredadores hurtaron

lo que quedaba de menaje; molieron los cristales de los ventanales, y en ese “salteo”, escogieron su botín utilizando yataganes: rompieron cristales, acarrearón vestidos, y cuanto encontraron, hasta el colchón de mi cama.

—La dejaron bien desordenadita —agregó la Señora.

— ¡Ah! quiere decir que me allanaron.

— ¡Ay! No digas eso —y asustada la Señora cortó la comunicación.

Y las calles estaban repletas de autos fantasmas envidriados negros.

Me sentí obligada a asomarme a la Cristalina. Como nadie me acompañara, viajé sola. De ese pillaje había transcurrido por lo menos una semana y todo era un desastre. Me dirigí a Investigaciones y junto a los agentes revisamos la violación, la ventana quebrada, la ropa esparcida, ausencia de vestiduras, un zapato “huacho”, destapizados los muebles, desnudos los pisos. La Cristalina ofrecía un tétrico aspecto de vandalismo. El largo cristal frente al Pacífico, entero desastillado, al igual la puerta de calle, descuajada del marco, bambolecaba; arrasada la cocina; libros diseminados por el corredor; las cañas y el carrete de pescar; las ropas, todo robado. Lo único respetado fue la caballería, pues dejaron mi ropón y las botas; pero al catre lo vestía sólo el sommier; adiós sábanas, frazadas y sedoso plumón. Las habitaciones restantes, idéntico aspecto.

Los agentes se miraban entre sí y comentaban;

—Mmm... sabemos el origen, tienen todos las mismas características.

—¿Y ustedes creen que descubrirán a los hechores?

—Difícil, difícil.

Presumiendo la escasa consideración que se me otorgaría, di las cosas por perdidas y me tragué la ofensa.

Fui a ver a la Señora.

—¿Cómo volviste? Te tengo dicho que desaparezas.

—Soy dueña, Señora. Lo sorprendente es que no hayan cerrado mi casa. ¿Cómo es posible que no mandara al administrador, o al chofer a poner algunos clavos?

Muda. Luego me espetó.

—No vuelvas. Pasaron de visita los marítimos a preguntar por ti. Quieren conversar contigo. ¿Cómo te atreves a arriesgarte?

—Y qué desea, Señora, cuando no cuento con ustedes. ¿Se preocupan de algo? Ellos me preguntarán por el ministro, y ¿qué les responderé? ¿Qué sé yo de la vida íntima de él? Puedo decir que tiene una mujer loca, que provoca tensiones, nadie habla en su presencia.

—Sólo te buscaban para conversar contigo.

—¡Claro! para encapucharme y pasarme por la tortura. ¡Bueno! Ahora se trata de contarle al Intendente el trato recibido, ¿quiere acompañarme?

—No. Tú no vives aquí, en cambio yo mantengo excelentes relaciones con las autoridades y no me atrevo a exponerme. Eso me comprometería. ¿Olvidas el plan Zeta?

—¿Qué plan Zeta? ¿Se creyó semejante estupidez?

Hizo un mohín de desagrado, muy enojada, y se calló.

—Bien, señora. —Y me dije: Esta es la última vez en mi vida que te veré. ¡Aguántate! —¿Quiere jugar canasta?

—¡Yaaa! —gritó entusiasmada, pronta al desafío. Jugué con ella y me despedí.

(“¿Así que esta Señora se molesta por el último pelagatos, pero por su hija no? Entendí claramente su estrategia para quedar fuera de su protección. Con bastante dolor, pero mucha entereza, me acordé de mi padre: “No admitas jamás que te atropellen”).

Al día siguiente me hallaba en la Intendencia recorriendo el pasadizo desierto donde nadie asomó y golpeando cada puerta con igual resultado. ¿Qué les pasaba? ¿Sentían miedo? En vista del ausentismo me dirigí donde Benjamín, y desde allí llamé por teléfono: nada. A pesar de que la telefonista me confirmó el número, nadie contestó. Le pregunté a Benjamín que me indicara la persona de más jerarquía de la zona y me dio el nombre del Comandante Principal de la Escuela de Comandantes. Allí fui a visitarlo. Me presenté. El Comandante Principal me pareció un gordito bonachón, educado y caballero, cosa para mí indispensable para sostener un diálogo. La sala inmensa donde fui recibida estaba llena de tableros repletos de papeles, y por lo que alcancé a avizorar, denuncias de todo tipo.

Como desde mi casa se habían llevado la máquina fotográfica y fotografías mías, de guagua desnuda, otras de primera comunión, estreno en sociedad, también de novia, junto a mi primogénito, a mi papá y mis

hermanos; además, la grabadora y las películas. Como permanecía la citación no me quedó más recurso que comparecer ante un comando a cargo del Comandante. Le dije: Yo soy Leticia de Combarbalá, vecina de ustedes. Nací en La Cristalina, Desde el Kataplún, cinco veces han allanado mi casa. ¿A quién buscan? ¿Piensan que alguien se ocultaría allí, en mi casa, en el entretecho? Es absurdo. En la última ocasión rompieron todo, hasta el colchón y mi cama se llevaron. Ahora estoy aquí. Si quieren hablar conmigo, me quedaré hasta mañana. Ustedes creen que escondo armas, pero carezco de ellas. ¿Hasta qué punto van a molestar? Siempre les hemos proporcionado ayuda si la han necesitado. Creo ser una buena vecina.

—Señora, perdone las incomodidades... Yo acabo de hacerme cargo de este puesto y se han cometido muchas injusticias. Llegan tantas denuncias. Yo no he dado orden de allanar su casa.

Comenzó por las fotografías, mirando una por una. Se detuvo en una de Porvenir: un hombre sentado sobre un poncho de cuero de corderos. Nada interesante. Bastante sobresaliente era un colosal repollo al lado de una caja de fósforos.

—Su revólver se lo vamos a requisar.

—¿Me encuentra peligrosa?

—A usted no, pero posee amigos que lo son. Estamos en guerra.

—Usted se sentirá en guerra. Es su pretexto para justificarse. Lo que es yo, contra nadie peleo.

En realidad todo me parecía equivocación, pasos en falso en la historia y sobre todo odio. Inflados de perversidad, de gratuito resentimiento, de creerse fieros, manejados por el demonio. Olvidados del huma-

nismo que es el único sendero que conduce al hombre a su rescate. Triste tanto presagio funesto.

—Sí. Ya veo todas las denuncias que posee, ¿quiere decirme quién me delató?

—Imposible, señora. Mire todas las que se acumulan.

—Así veo.

—Esto se presta para numerosas venganzas personales...

—Ustedes esperan que yo me marche a Santiago para allanarme. Pueden hacerlo en mi presencia.

Provocaba risa tanta estupidez.

—En la invasión de perros policiales que nunca supe cómo llegaron a la playa, ustedes creían que yo ocultaba un hombre del momento. ¡Absurdo! Mal ubicados.

—No volverá a suceder.

—Se lo agradezco, pero se les está pasando la mano.

—Tenga la seguridad de que en lo sucesivo no va a ser molestada.

—Así lo espero. El pobre viejo jardinero, que es el cuidador, vive aterrado porque le meten el rifle entre las costillas.

Las cassettes debo escucharlas aún —dijo el Comandante Principal y me devolvió la grabadora, la máquina fotográfica y las fotografías. Se apropiaron de las películas de mi matrimonio y las de mis hijos chicos; de mi padre “vivo”; de la fiesta de Andacollo, de Sacsahuaman, de Macchu Picchu, de La Paz, de Cochabamba y unos rollos de Carmencita tomados en China y Japón. Se guardaron, por supuesto, los dos relojes de oro y el revólver Colt, a pesar de que estaba inscrito, nuevo, sin uso y que me costó cincuenta y dos mil pesos.

Me retiré. Fui en busca del carpintero. Cerré la casa y me vine a Santiago.

Salí con la sensación de que se sentían con derecho a mandarme al cementerio...

(“Por favor, ¿dónde está Dios? Quiero reunirme con mi amigo Jesús”).

A los pocos días me enteré de que una vecina “momia” miserable, intrusa, con algazara invitó a todo el barrio. Ofreció un coctel apoyado por un espectáculo.

— ¡Qué rico! Ahora arrasarán la casa de la Leticia. ¡Ya podrán gozarlo ustedes!

— ¿Pero no le forzaron la puerta?

— Muchas veces, sólo que ésta va a ser en regla, aplicadas todas las reglas de la ley.

Meses después esta hipócrita vecina tuvo la tupé de ir a mi casa y yo me di la satisfacción de despedirla.

Inesperadamente, recibí la visita de la cónyuge.

— Usted estaba ausente. Nadie contestaba.

— Sí, todos salimos. Andaba fuera de Santiago.

— ¿Y a dónde había ido?

— Salí... ¿Qué más da?

— Viene de Punta Arenas.

— Difícil viajar de un día para otro.

— ¡Ah! ¿y a qué sitio fue?, ¡dígame!

(“Me quedé muda entre semejante pregunta y, sin embargo, sentía por ella simpatía; son esas emociones contradictorias que le descomponen la conciencia. ¿Para qué explicarle que venía de los lugares sombríos de los cementerios, donde yacía el doblemente amigo

de los campesinos, donde las flores apretujadas de las huertas colchagüinas cubrían la tumba de ladrillos medio desmoronados y la incertidumbre acosándote. ¿Te detendrían al bajar del bus? Incierto. ¿Quién lo sabían en esos tiempos? El día antes le había mandado un telegrama a la niña viuda: "Voy mañana, te quiero mucho", y los soldados en la puerta: que nadie entre, está prohibido").

Al canceroso nadie puede visitarlo. Por suerte le queda poca vida.

—Pero es mi amigo, dice humildemente un cultivador de paltos y duraznos.

—¿Su amigo? ¿Cómo se atreve? Su nombre, su carnet. Lo anotaré. Informaré a la Gobernación que usted mantiene amistad con el hombre más peligroso de la zona, el revolucionario...

—Sí, él me ayudó a podar mi huerta con sus propias manos, mientras la Eduvigis hacía las empanadas, éy creará, mi cabo, que de un derrepente se me perdió de la huerta y se había ido a machacar pebre junto a las chiquillas de la casa?

—Sí —dice el cabo, cabreado de la metralleta con ese tremendo calor que lo oprime. —Sí, así dicen que era, muy compadecido con los campesinos.

Pero la conversación debía encaminarse por otro lado.

—Dígame —pregunta, ¿usted piensa seguirse conectando con Vicente Felipe?

—Mientras él lo haga y necesite de mí, yo estaré a su lado.

—Deje de escribirle, por favor, ¿quiere?

—¿Usted cree? No puede pedirme eso. Sólo él puede hacerlo. Si él me lo pide, cesaré de escribirle;

pero de ninguna manera voy a dejar de darme ese placer.

Supe de la existencia que los obligaron a soportar en ese cautiverio. La isla Dawson es el lugar donde los salesianos confinaron a los aborígenes para salvarlos de las matanzas masivas de los terratenientes. A esa isla de horror y espanto relegaron a todos mis amigos: el Colorín, el Pibe, y tantos y tantos otros. En medio de ellos Vicente Felipe: joven, fuerte y valeroso. Como de la Escuela Militar los enviaron a la isla Dawson llevaron sólo lo que las familias les mandaron. Me imagino que abrigo y medicamentos indispensables.

Les entregaron unas barracas, un verdadero colador al viento, y les tiraron colchonetas de cuero de cordero y unas frazadas. Un rancho de porotos y la comida insuficiente.

Se procuraba molestarlos al máximo. Formarse a las seis de la mañana, el saludo a la bandera, no fumar, ni tomar bebidas calientes, organizarse a vista y medida de ellos. ¿El trato?: ofensivo, desde luego, palabrotas gruesas. Se les despertaba cada dos horas, un despertador exigente y sin tregua, y volver a la carga justo en el instante en que se repesca la hebra del sueño, para ordenarles trabajos irracionales.

Dicen que las uñas de los pies del querido Pepe le crecían traicionado su valor, su sensibilidad. El amigo aullante gemía en su pecho varonil ante la traición del

asesinado mártir. Pepe, en su abismante dolor, trataba de explicarse tanta felonía, buscaba comprender, él, austero, que nació bondadoso, manejó la inteligencia en el poder ¿qué tragedia griega lo invadía? ¡Si ayer habían sido sus hermanos! Y todos en fila caminaban a cuatro grados bajo cero transportando esos inmensos postes de coigüe de diez metros para un hilo telefónico. Y los prisioneros, los mismos que llevaron las investiduras más distinguidas de la nación, elegidos como Gobierno Constitucional, los que fueron libres, democráticamente elegidos por la voluntad soberana del pueblo, pese a la intervención y al desapruebo de los Estados Unidos. Los que respetaron el pluralismo ideológico vivían bajo el látigo fascista; sólo por pretender dar a los postergados educación, libertad, bienestar social, salud y alimentación.

Por eso, que se los coman las ratas almizcleras. No jodan. Dale con el rancho de porotos a pesar de hallarse invadidos de vacunos alzados, de agotarlos, mantenerlos en el hambre, y él ya no podía caminar, ni participar en los trabajos forzados.

Después, al querido Pepe lo trasladaron al Hospital Militar y de allí al horror de la ducha. Corbata, ducha, ánimo, desesperación, asesinato... Mil veces se discutió el desenlace hasta que se llevó a cabo cobardemente. El pueblo se encogió horrorizado ante tanta felonía y vergüenza. Los hombres y las mujeres llorábamos en la calle sin poder contenernos, ni dejar de gritar.

Desde luego los castigos eran suavечitos. —Llena un saco de piedras. —Igual que Sísifo. —Más grandes

¿qué te creís? así, ¡y ahora sube al acantilado, concha de tu madre! Pero el Pibe, flacuchento, puro intelecto, se caía y rodaba lastimado; se le desgarraba la piel, le sangraba; le ardían las heridas, le escocían; reptaba agarrándose de las malezas, de las raíces.

— ¡Repíte el escalamiento! Hazte hombre, llega al coigüe, nada de quedarte por el camino, gimiendo, maricón de mierda... —Y vuelta el Pibe a repletar el saco, recoger las piedras dispersas, cargarlo e intentar escalar la escarpada montaña. Claro que el Pibe fue Ministro de Educación y también Ministro del Servicio Exterior y esas latas diplomáticas hay que pagarlas. Veinticinco veces intentó cumplir el castigo por el delito.

— ¡El Pibe! ¡El Pibe! —y gritaban las estudiantes eufóricas hasta enronquecer, vitoreándolo en cualquier lugar, por la calle, en la televisión, en el estadio, en la carroza del 21 de Mayo, en los desfiles. Tantos atrevimientos monomaníacos desaforados. ¡Democrático, el perla! Adorado por las lolas y todas, casi todas enamoradas, calientes, le chillaban cual “fans” al Pibe. Yo lo vi, me consta. ¿Y vamos a aguantar tanto despelote?, se decían los uniformados. A uno para qué le daban bola, pasaba inadvertido a pesar de mi gorra ladeada, el paso marcial, la punta en alto, el pantalón ajustado y la chaqueta cortita sobre los glúteos firmes. El pelo corto, no como esos maricas de chascas grasientas, largas como melenas de mujeres; limpios, ordenados, ni una pizca de loca.

Una noche, temprano, comenzó una balacera. Los proyectiles se disparaban en la calle Santa Magdalena en dirección a la Parroquia, donde había dos soldados parapetados. Me acompañaba Pedro. Nos subimos a una mesa y desde allí vimos, muertos de miedo, cómo zumbaban los tiros. Esa sensación me embargaba cuando llegué a la mañana siguiente a la Carnicería. El ánimo era obtener una entrevista con Vicente Felipe. El carnicero se llamaba Rogelio: un mastodonte de expresión bondadosa.

—Ya tengo todo arreglado. Aquí te juntarás con él.

—Y entró Gulliver, se paró en el umbral de la puerta y de inmediato se oscureció el negocio. No todos los días una consigue un guardaespaldas monumental. Una pequeña Caperucita... ¡Qué manos, qué pies, Dios mío! Yo creo que de una manotada conseguiría detener un tanque. Saqué valor del volantín y sudando pánico puntualicé:

—¿El responde por mí?

—Seguro —afirmó Rogelio acechando a Gulliver directamente en las pupilas.

—Por supuesto.

—Sin eso: conmigo te las verías —rugió Rogelio afilando un tremendo cuchillo y enterrándolo en un bofe de buey.

Tengo que haber parecido una pulga saltarina aterrizada, corriendo casi para seguir el paso de mi escolta.

¿Dónde se encontraba el teniente Verdugo? ¿Y si en lugar de ayudarme...? ¡Claro! con cualquier movimiento de guaripola podrían desaparecerme. ¿Conocía a alguien seguro? Si mi propia madre de ochenta y cuatro años se estremecía al nombrarlos. Apreté los

puños, los dientes y emprendí la caminata de la angustia. El titubeo, las jofainas, nada que ver, escasa relación con el áspid. Sin luminal nadie logra dormir. Crucé varias calles a la carrera loca. Ambos mundos. Miedosa y audaz a la vez, entonces Sebastián Torres se cruzó en mi camino, hizo ademán de pararse, lo miré muy fijo y mis labios lo negaron. Practiqué la telepatía y Sebastián siguió su camino. Llegamos al Congreso. ¿Para qué tanto misterio?, de haberlo sabido ningún temor me hubiera amedrentado. Gulliver entró y le habló a Verdugo. Luego debí enfrentarlo. Me presentó como la amante que deseaba entrevistarse con el prisionero, a quien le negaron cualquier concesión.

El miedo se manifiesta de diversas maneras. De súbito yo descubrí que el cabello se me caía. Manojos de él quedaban fijos en peine o en la almohada. Acudí al médico, quien me recetó peluca, sólo peluca, que debí usar durante cinco meses.

Vicente Felipe, helado, al borde del Estrecho, tan próximo a la liberación. ¡Qué ganas le entraron de sacarse los pantalones y mariscar entre las rocas chorititos sabrosos nacido en ese mar gélido, desafiante y; fue la alegría de vencer el conocimiento de la dicha lo que lo asaltó.

Los pies salieron azules, violetas, pero el ánimo alegre porque el desafío produce seguridad cuando se goza la riqueza de aquello prohibido. Por ello supe que

nada lo abatiría.

Desde la isla Dawson, Vicente Felipe fue trasladado a la cárcel de Punta Arenas, para someterlo a un interrogatorio sobre los posibles desfalcos que, como hombre de izquierda, habría cometido. Se le recluyó incomunicado del resto del penal en un calabozo oscuro, todo de piedra, por donde corría el agua de las filtraciones, agua que se acumulaba en el suelo.

En aquel momento desempeñó su carácter protector el traje de pingüino. Cubierto desde la cabeza hasta las tobillos, podía desafiar la tisis, las bronconeumonías y todas las aceleradas enfermedades que acecharon a sus antecesores.

En la investigación a que lo sometieron no lograron descubrir ningún indicio de delito. Al mismo tiempo me llamaron en Santiago para comparecer a Impuestos Internos. Allí me obligaron a entrar sola en una pieza y comenzó el interrogatorio de dos individuos de Servicios de Seguridad.

—¿Usted le vendió un terreno en la Cristalina a Vicente Felipe?

—Sí, le dí facilidades de pago, en letras mensuales que se las pagué al abogado Benjamín Pérez. Usted puede preguntárselo. —Yo le debía a Benjamín un honorario por trabajos profesionales, por ser el juez partidador de la Sucesión.

—¡Ah! ¿Aparecen en su cuenta bancaria cheques a nombre del Sr. Guzmán?

—Sí, señor, igual que en la mía también figuran cobros de él y de gente a quien desconozco. Como éramos amigos, los cheques a fecha me los pasaba cuando tenía apuro de dinero. Es muy corriente que cualquier amigo saque de apuro a otro.

Tuvieron que reconocer la inexistencia de fraude.

De tanto pensar en la forma de obtener la liberación de Vicente Felipe pasé de la Carnicería a pedir una entrevista con el Cardenal del Río, amigo de mi madre de Valparaíso. Como yo lo conocía, no dudé en su trato cortés. En el hall de alta claraboya había mucha gente. Me recibió el secretario del Arzobispo, un ser antipático, rígido, "momio", quien se negó rotundamente a ayudarme. En síntesis dijo. "Tiene que pagar sus errores, nada podemos realizar por su protegido". Salí furiosa y acongojada del Arzobispado. Aunque la virada de la iglesia con el devenir de los acontecimientos fue en ciento ochenta grados, imposible vanagloriarse del recibimiento que se me brindó al intento de interceder por un preso de Dawson.

Apenas ocurrido el golpe se presentó en mi casa un coronel de aviación acompañado de dos mujeres altas y buenamozas:

—¿A qué se debe esta visita?

—Nos ha costado un mundo conocer su nombre y localizarla. Queremos, desde hace un año, tomar contacto con usted para comprarle dos terrenos, pero el corredor de propiedades que usted tiene, José Garfio, se negó a proporcionar el precio mientras no le entregáramos diez mil pesos anticipados, ni tampoco nos facilitaba su nombre, menos su dirección. Nos pareció extorsionador el procedimiento, y por fin hemos conseguido visitarla.

(Un chorro de explicaciones entre los tres).

—Al teniente Garfio jamás le he conferido ninguna

representación ni le he entregado plano alguno. Apenas lo conozco. De muchacha él estaba en Coraceros y en más de un Paperchaise lo topé. Esa es toda mi relación, pero me informaré.

Llamé a mi abogado Benjamín Pérez y le referí la visita.

—Inmediatamente me encargaré del asunto.

El buenmocito teniente seductor de Garfio me escribió en papel timbrado del Club de la Unión (una carta amenazadora que conservo) aconsejándome, ya que era conocida mi simpatía por el Elegido, lo nombrara para mi conveniencia, vendedor y representante de mis bienes. Una extorsión formulada bajo varias amenazas. Monté en cólera y también lo amenacé con contárselo a la Junta. Bastó la intervención de Benjamín Pérez, mi llamado y el coronel de aviación para que se terminaran sus pretensiones.

Rodin estaba en Santiago. Lo leí en El Mercurio. Intervendría en un Congreso de economistas.

Años atrás, una amiga trotamundos, a quien gustaba ofrecer espléndidas comidas en su casa, me convidó con el economista creador de una escuela en Chicago y viajero consuetudinario por los países del Tercer Mundo. De allí que gozara resonancia su nombre. En ese entonces, llamaban la atención sus ideas, que lo transformaban en un hombre interesante.

Lo invité a La Cristalina. Después, cuando venía, casi siempre me llamaba. Ahora lo llamaba yo. Fui al hotel Crillón.

Me había citado a mediodía y llegué a las doce. Me

pidió que subiera a su departamento. Me pareció anormal, pero como necesitaba de todas las ayudas del mundo, accedí. Me presentó a su mujer que yacía en cama. Mi personaje vestía un pintoresco pijama. Gordito y más viejo desde luego. Como no se trataba en ningún caso de conquista fui derechamente al grano.

—Sé que piensa aplicar la teoría suya del autoshock, ¿qué me puede decir?

—Estamos conversando... Todo el desastre económico se lo advertí al Elegido y se negó a aplicar mi consejo. El, en su posición, se apoyaba en la razón: sólo la clase obrera sufrirá. Pero es imposible. Sólo disfrutamos de otra posibilidad para entrar sin competencia al mercado de valores. La mano de obra debe bajar. Terminar con los burocratismos. Demasiado costo para el gobierno. Imposible. No aguanta.

—Yo quiero que usted me ayude. Es casi seguro que usted poseerá influencia con sus alumnos y yo tengo un amigo muy querido preso, necesito que salga. Se trata del ex-Gobernador de Santiago, un muchacho que entró en los últimos meses al Gobierno.

—Leticia, imposible interesarme por una persona. En mi caso me obligaría a pedir por todos.

—Me parece justo.

—En realidad jamás entenderé para qué han matado a tanta gente. Creo que cometen grave error. En cuanto sacar a este país del pantano, no disponemos de otra política capaz de producirlo fuera del "shock". Claro que para lograr un equipo excelente se necesita a Sauac, hombre de inteligencia excepcional.

—Ayúdeme con el Gobierno a sacar a Vicente Felipe. He sufrido tanto.

—Anotaré el nombre y si puedo... si la ocasión me

lo permite... Nada seguro. No se haga ilusiones.

En seguida desvió la conversación. Salí convencida de que nada haría. Rodin ningún dedo movería.

Los libros fueron arrasados de los estantes y arrojados por las ventanas a la calle. Caían en las cabezas de los transeúntes. En otras ocasiones alumbraron las hogueras de las chimeneas. Sobre todo los tratados de filosofía. También los folletos de alfabetismo, las calorías alimenticias proporcionadas por los Populares, las recomendaciones de vitaminas, el medio litro de leche, las cabañas de los balnearios populares de la costa, las recetas de pescado, los clubs de abstemios, todo aquello que los Populares procuraron enseñar a un pueblo por años en la ignorancia. El bando número azote, que equivalía a la transformación completa destinada a liquidar a las industrias, será inolvidable debido al creciente número de cesantes y al aumento de desnutridos y débiles mentales.

Y llegaba la noche llena de rumores, la soledad de un departamento sin plantas, ni "cuncunas", ni zumbido de matapiojos, ni frotar de grillos, la noche sórdida despojada de comunicación. Abalanzarme sobre la campanilla del teléfono. Equivocado. Y se agranda la noche, su ropaje de nubes espesas y ese silencio que te lo mata la radio monótona. Corté el televisor y su violencia, pensando ¿cómo estaré al día siguiente? ¿De qué me defenderé? Y oigo perfectamente cómo la inquietud de abajo mueve las puertas correderas de los closets y "trajina". ¿Será que saca sus abrigos de pieles tan tarde en la noche? Estoy sola, Dios mío, sumida,

sin ayuda. Vicente Felipe prisionero, allá, tan lejos en esa isla donde tantos aborígenes cautivos murieron. Si a ellos les fue insoportable el clima, ¿cómo el hombre de otras latitudes lo aguantará? Luego comenzará la hora del paseo nocturno de las cucarachas, comienzan a subir por los desagües de los baños y yo me mantengo alerta, esperanzada en que aparezcan para descargarles un golpe en la caparazón dura. Pongo tapones, pero nunca falta que se introduzcan por el rebalse y aunque lo tape se comerán el papel y el trapo; terminarán por ganar esta batalla. Mi guerra contra los nervios comienza apenas tomo mi trago de cognac y engullo la primera pastilla para dormir, después vendrá la segunda. Deseosa me zamparía el tubo entero y ¡zas! se acabó. Lo que me frena son las ganas de verlos caídos, liquidados, y juntarme con Vicente Felipe, sin separarme de él nunca más...

Lo maravilloso es pelear y al alba se está deseando la reconciliación, porque el desacuerdo es momentáneo y nunca es definitivo si dos seres se aman. Cuando el crepúsculo se desparrama entre las sombras de los árboles, el rumor del río y el enigma de unos pasos solitarios, yo corría nerviosa a su encuentro para buscar tu brazo en el cual apoyarme.

Y en la noche yo te busco, me enlazo a tu panto-rrilla y como respuesta a esa demanda imperiosa siento tu mano o tus dedos palpando mi hombro, diciéndome: aquí estoy junto a ti penetrando en la magia de tu ensueño.

Y te reías desvelando aquel sueño y nadabas hacia

mí entre muselinas pálidas y pétalos. Todo tu rostro empapado, goteando y ahora el cabello flota. El es mi secreto, forma parte de toda mi vida.

Y aquel Pepe, amado por sus amigos, considerado por sus subalternos, enfermo lo trasladaron de Punta Arenas al Hospital Militar. Adolecía de la herida del corazón, de la desolación; perseguido por ser honesto y leal. La impresión de tanta deslealtad y la acción del Maligno, lo deprimió. Necesitaba creer en el hombre y sabiéndose víctima también comprendió que él sería asesinado. Cayó en una astenia aguda, los nervios agotados debilitados al extremo de ser incapaz de llevarse la cuchara a la boca. Me lo dijo su propia madre apenas oyó mentir que él se había colgado en la barra del baño.

Vi llegar a Hilda y la introduje en el repostero.

—Tengo que hablar contigo, urgente. Esta mañana recibí una visita de un camarada, y me transmitió el siguiente recado: —Dile a Hilda que Melardo se encuentra preso en un hospital en malas condiciones, que lo reclame.

— ¡Cómo! ¿Por qué lo sabes tú? ¿Quién te lo dijo?

—El nombre lo reservo, pero allí está.

—¿Seguro?

—Segurísimo.

Me reuní a los demás a esperar los restos de Pepe, ese líder de la juventud que fuera Presidente de la Federación de Estudiantes, Vicepresidente de la República, corazón del pueblo. Y ese día, mientras la carroza cruzaba Santiago para ser sepultado, los carabineros se

cuadraban en el trayecto y le rendían los honores que se merecía.

¡Qué felicidad saber el traslado de Vicente Felipe de Punta Arenas al Estadio Chile! Me dirigí de inmediato allí. Hablé con el comandante. Era carabinero y una amiga se adelantó a concertar la entrevista. El comandante me miró de alto abajo como aprobándome y el trato se efectuó cordial.

—Tiene diez minutos para su visita especial.

Verlo a solas sin las pupilas inquisidoras de familiares me resultaba un manjar cubierto de arabescos bizantinos.

Un guardia me introdujo a un recinto oscuro de estructura maciza de concreto lo que venía a ser el reverso de las graderías del anfiteatro. Junto a un pilar rectangular permanecía en actitud bélica, tosco, burdo, un soldado cargado de armamentos: de mirada hostil y guerrera, de rostro cuadrado en armonía con el recinto, de tipo mongólico, araucano furioso y temible.

Después de un instante llegó la alta figura de mi amado. Me lancé en sus brazos protectores llenos de ternura, de amor, después de un año separados. Me apretó contra él en un acto de entrega amorosa propia de aquellos que demasiado sufrieron separados.

Vicente Felipe no cesaba de observar al agresivo soldado, alerta, temeroso, pronto al asalto, y de inmediato acudieron a mí los samurai de Rashomon.

—Conténte —me advirtió.

Al soldado le despertó tal furia mi abrazo, que empezó a agitarse, a provocar movimientos de armas,

a carraspear y rezongar en una jerga incomprensible, mezclada de grosera desaprobación.

A mí me pareció tan indignante su actitud que me abalancé nuevamente en los brazos de Vicente Felipe para molestar a ese censor desgraciado.

—Después tomarán represalias contra mí —me advirtió Vicente Felipe. —Su táctica es el trato duro. Cúidate mucho tú, linda mía. Posiblemente de aquí nos trasladarán en cualquier momento.

Vicente Felipe se sabía acosado. Preparado para el ataque y el castigo, imposible desentenderse del soldado. En ningún momento Vicente Felipe sonrió o demostró alegría de verme.

—¿Prefieres que no venga?

—¡Por Dios! ¡qué cosas dices! Vuelve de todas maneras. ¿Acaso ignoras lo valiosa que eres para mí?

Me despidió con un sinnúmero de recomendaciones de cuidarme. Me marché preocupada, tanto o más que al llegar.

Después me enteré que el Estadio repleto carecía de acomodación para los presos y estaban obligados a dormir en el cemento, amontonados unos contra otros, en las graderías del anfiteatro. Durante toda la noche se escuchaban los gritos de los torturados en el somier eléctrico.

La incertidumbre, la impotencia, la soledad opresora, el horror.

Una tarde recibieron la visita del General Sánchez, en ese entonces Ministro del Interior. Se rumoreaba insistentemente de las torturas, abusos y espantos debido a lo cual una visita del Ministro General Sánchez echaba por tierra los comentarios. El General Sánchez preguntó desafiante dirigiéndose a un grupo

de muchachos inmóviles de temor, que todos aquellos que poseyeran alguna queja de maltrato, dieran un paso adelante. Ninguno respiró. Todo el Estadio enmudecido. El General Sánchez, ante el silencio unánime, envalentonado, agregó lo necesario que eran estas denuncias para realizar un gobierno justo, recto, no como el anterior, pues ellos se empecinaban en llevar a cabo una actitud honesta.

Nadie musitaba, entonces Vicente Felipe sin poder contenerse, dijo:

—Como el Señor Ministro nos pide ayudarlo a gobernar debo decirle: delante de usted hay presos que sufren torturas. Toda esa fila —y señaló la hilera de muchachos— que permanece sentada, están engrillados de pies y manos y así llevan una semana. A uno le quemaron toda la espalda apagando cigarrillos en ella, lo colgaron cuatro días de las muñecas hasta descoyuntarle los huesos y músculos, y como si eso fuese poco, mediante hojas de afeitar le cortaron los tendones y las yemas de los dedos, siendo que él era dentista y violinista. Naturalmente todo esto amenizado con descargas eléctricas, entremezclado de música radial alta, lo que no lograba acallar los gritos y lamentos, suplicios y castigos.

Efectivamente el Ministro General Sánchez constató presos martirizados, atormentados. Junto a ellos Giac, dentista, amigo nuestro de muchos años; el golpe lo encontró con las facultades mentales en la ruina: y en esas condiciones lo tomaron preso.

Siempre he amado el cambio de las estaciones. El otoño con sus doradas hojas, y ese vientecillo frío cosquilleaba como un leve escalofrío. El estiércol, penetrante sin tapujos de los potreros húmedos por el rocío, donde el sol traspasa a través de esa luz tan peculiar, medio tímida, intrusa, interrumpiendo el ramaje, tan diferente a la del verano, directa, vivaz, desafiante, se asoma fina, llena de delicadeza entre los pedúnculos, las yerbas, los corredores; se diría como pidiendo permiso en la punta de los pies; cautelosa alumbra los rincones. Por supuesto que el solsticio posee sexo, pues sin duda que el verano y el invierno semejan estaciones varoniles, en cambio el otoño y la primavera, tan trasuntadoras ambas, son femeninas.

Necesito físicamente sentir este otoño de la Zona Central, vasto en gamas amarillas y verdes, morados y berenjenas. En Santiago, desde el Cataplún, no se advierte el cambio de estaciones, todo monótono, triste, nada creador. Me asfixio de inanición, de hallarme coartada, sin expresión, siempre miedosa, limitada, ignorando lo que está permitido escribir y aquello que es considerado ilícito.

Fui al Estadio Chile a dejarle comida y unos cigarrillos a Vicente Felipe y me hallé a pleno sol en una cola infinita de mujeres cargando bolsas de malla, sacos harineros llenos de verduras y frutas, cajas de cartón, bolsas plásticas... El día sábado era el indicado para entregar alimentos, ropa, libros. El martes y jueves recibían los mensajes. El miércoles aumentaban las solicitudes de visitas. La mayoría la formaban mujeres de variadas edades, casi todas del pueblo. Tenían a sus maridos e hijos prisioneros. Por supuesto el dinero escaseaba y con arduo sacrificio les compraban

los comestibles para toda la semana. Habían cambiado las disposiciones. Sólo una persona de la familia podía entregar las provisiones, lo que provocaba un problema, pues pocos gozaban de bienestar económico. Naturalmente para los armados resultaba más ordenado y lógico. Igual ha ocurrido respecto a las cartas o mensajes. Personalmente lesionaba mis intereses. Muchas ignorábamos estas nuevas disposiciones.

Llegó una viejita de rostro afilado, tez apergaminada, rápido andar, voz aguda, vestida de café y capa de lana verde calada. Venía acompañada de una muchacha de campo, semejante a una potranca apta para el arado, autoritaria e insolente, que mandaba a callar a la viejita, la cual expresaba así su aflicción:

—Hijita —le decía—, haga algo para que acepten mi paquete.

—Si no lo consentirán. Usted lo verá —expresaba la protanca secándose el sudor de su rostro sofocado por el fastidio y el calor del lugar.

La viejita angustiada repetía:

—¿Cómo se le ocurre que lo rechazarán?

Intervine:

—Sí, señora, se lo admitirán, hablele al guardia. Son seres humanos.

La viejita, gimoteando, y la potranca al lado encabritada regañándola, se acercaron al guardia y éste las autorizó. La viejita venía por su nieto.

Junto a un muro golpeado por el sol, una larga fila de mujeres se hallaban aguardando sofocadas. Hartas de castigo, se salían de la hilera y se corrían hacia la sombra, situada dos metros más allá, lo que naturalmente les provocaba alivio.

Pasó un oficial, lampiño, joven, de cutis albo y con

aire autoritario ordenó:

—Pónganse todas alineaditas sin salirse de la columna, pegadas al muro.

—¿Por qué, —intervine —cuando lo mismo da aguardar a la sombra?

—Porque así me gusta a mí —contestó prepotente. Lo miré fijamente y le dije: —¿Por qué no formar la fila al otro lado, en la sombra?

El oficial siguió impartiendo disciplina, pero se detuvo y habló con un armado, cabo o sargento, y me miraron, e inmediatamente mandó correrse a la sombra a toda la fila.

En eso estábamos cuando un niño de dos años o tres, no más, vestido como un hombre mayor, se plantó delante del oficial, los dos brazos en jarras y le preguntó:

—¿Dónde está mi papá? ¿Qué has hecho de mi papá?

Lo increíble era vivir el romance en carne propia. Un diabólico destino novelesco, auténtico. Perseguidos para aplicar suplicios refinados, luego matarte y separar familias enteras. ¿Engrendaban hijos, esas bestias humanas, babeando su semen, violando, lanzándoles perros policiales amaestrados sobre mujeres atadas y desnudas para satisfacer la lujuria de sus verdugos? Resultado: hijos malnacidos que se convertían en un gran dolor. Drogados por pastillas excitantes y mucho spray, enrarecían la atmósfera.

Una buena cantidad de insinuaciones, amenazas. “En la pieza del lado tenemos a tu hijo. Si te niegas a

contarme lo que yo quiero saber se te cortará un testículo”.

— ¡Nooo! No tengo nada que contarle...

— ¿Dónde esconden las armas?

¿Cómo poder ser los mismos después de esta guerra psicológica, sin objeto, cobarde, ruin y asquerosa? ¿Es que alguien cree que se puede continuar siendo la misma cuando, día a día, uno ha presenciado en la calle detenciones con perros amaestrados, y a los detenidos los obligan a alzar los brazos, apoyarse con las piernas abiertas, subirse a unas camionetas cuyo rumbo se desconoce, paseándose todo el día acompañados de estos perros policiales muy calmados, pero feroces? ¿Quiénes entre nosotros pertenecen a los servicios de seguridad? ¿Acaso los Inconformistas? Y te espían ¿cuántos asesinos?, ¿dónde se encuentra una a salvo? A duras penas en las iglesias.

El derecho a la palabra, a la expresión del pensamiento, ¿te lo podan? ¿Acaso no procura cierto simbólico mecanismo indispensable al creador? ¿Conocemos la literatura dirigida? ¿El lado cerebral? Que no se nos escapen los pensamientos...

Supe que a Vicente Felipe lo trasladaron a Ritoque. ¿Cómo ingeniárselas para verlo?. Acudí al Aeropuerto Militar, pedí audiencia con el comandante y me recibió. Aquel hombre amable trató de solucionar mi problema, pues me informó el medio de obtener una visita. Debía obtener oficialmente un permiso. le conté a Benjamín Pérez y él, con su excepcional afecto e inclinación hacia la bondad, realizó los trámites para conseguirlo. Además me indicó el día de las audiencias. A pesar de lo desagradable que me resultaba, fui y llevé una torta. Todas las mujeres me mi-

raban, apiñadas, sin acercarse. Las únicas que osaron saludarme fueron la Lili Bordalí y la Señora Mena. En cambio las demás, incluso la encantadora Verónica, se hizo la ciega. Un franco repudio a la amante.

Yo le mandé una carta a Vicente Felipe con Lili Bordalí y me retiré.

Una amiga me pidió que ayudara a Hortensia, víctima de mi misma situación. Me llevó a conocerla. Vivía en la Reina, en una casa linda con piscina y jardín, y, cosa curiosa, retirado, se divisaba una especie de templo. El marido se dedicaba a la parasicología y dictaba conferencias, y ella mezcla de vampiresa-sacerdotisa, de hermosos e inmensos ojos verdes, fenomenalmente siútica, vanidosa, e ignorante— me inspiró desconfianza. ¿Cuáles ambiciones la dominaban? ¿A qué secta pertenecía? ¿Fuera de la importancia evidente que le confería a su persona, y al sexo, cuál otra cosa era su preocupación?

En su casa la pareja mantenía el ambiente en perpetua sofisticación. Todo me pareció falso y superficial. Se lo dije a su amiga y ella agregó: “Maneja excelente amistad con los “pacos”. Uno de ellos la tuvo de amante y ella escondió a Narciso para entregarlo luego a los rectificadores, única forma, según ella, de evitar que lo mataran”.

Aunque me disgustó la idea de convidarla, acepté.

Verla comenzar a monologar fatigosa (tantos amantes e historias inagotables...). Finalmente llamó a un coronel que llegó uniformado, muy dispuesto al whisky, pero se rehusó a almorzar con nosotras. A pesar de todos los empeños que le puso Hortensia, se negó a ayudarla para obtener una entrevista con Narciso. Después del almuerzo nos dirigimos a Quintero a visi-

tar al comandante de la base. Habían sustituido al anterior y nos recibió uno rubicundo. Desde el primer instante yo traté de imprimirle seriedad a la audiencia. Le informé ser dueña del fundo Santa Rosa de los Lobos y le expuse la aflicción que me significaba la imposibilidad de mantener contacto con mi abogado y la urgencia de consultarlo. El comandante me escuchaba respetuoso interesándose en mi caso, más en ese instante Hortensia, sin tolerar más mi exposición, con sobrada picardía me interrumpió; coquetona e insinuante, arrastró las palabras;

—Además existe una situación... especial... nos agobia el alma... usted sabe las palpitaciones del corazón... ¡ah! el sufrimiento amoroso.

El comandante la contempló en un comienzo sereno, tal vez deslumbrado por los guiños, por el modo amanerado y teatral que empleaba y la afectación de la voz, pero a medida que avanzaba en la confidencia cambiaba de color.

—¿Para qué le vamos a ocultar que somos amantes de Felipe y Narciso?

Quedé enmudecida por el descaro y la falta de tacto.

El comandante se puso morado de ira y muy firmemente podó la sonrisa libidinosa de Hortensia, quien, hasta ese momento, me lanzaba miradas soslayadoras, como preguntándome: “Qué tal me desempeño”.

—¡Imposible, señoras!. Quedan prohibidas cualesquiera clases de visitas. Sólo por rara excepción les recibiré sus tortas y su correspondencia.

Abochornada de tanto desatino, me puse de pie, le di las gracias, mientras Hortensia no lograba comprender en qué momento incurrió en el desacierto.

La torpeza, una vez cometida, difícilmente podía ser reparada.

Nuevamente recurrí a ese hombre admirable, Benjamín Pérez y a través de él conseguí una visita a Ritoque.

Ese día, por cierto, amanecí nerviosa y apenas llegué al campo de concentración de Ritoque, me sentí alterada, pues estaba transformado lo que fuera lugar de veraneo, en prisión.

Y comenzó el "show". Me forzaron a entrar a una cabaña de techo bajo, de "fonolita", con una ventana minúscula, que apenas permitía respirar. El oficial que me recibió, salió al instante, de seguro a impartir la orden de comenzar a disparar, pues los tiros retumbaban como dentro de la pieza. Comencé a temblar y cuando el cretino volvió a esa especie de enfermería, me dijo:

— ¡Por Dios que anda impresionable! debería ver un médico. — Su tono era de mofa.

Cinco milicos se hallaban instalados a tres metros de la puerta y el tiroteo duró como una hora sin detenerse ni un segundo. ¿Cuántas vainas cayeron? ¡Que dineral desperdiciado!

Vicente Felipe se demoró bastante en acudir y debimos conversar a gritos delante del oficial, pues no intentó dejarnos. Yo me sentí enferma. Nos mirábamos y callábamos.

Por fin nuestro guardián se aburrió y nos dejó solos, amedrentados y en plena tensión.

Nos dieron orden de abandonar el cuartucho y pasar a aquello que se destinaba a comedor de veraneantes obreros. Todo el recinto con las cabañas, la lavandería, ahora albergaba presos políticos.

Nos sentamos en una banca ante una mesa. Un soldado nos custodiaba.

Normal que un prisionero pensara todo el día en qué forma podría aliviar su diario vivir. Vicente Felipe discurrió que yo debía instalarme en una de las casas de pescadores, así lograríamos mantener contacto a través de la alambrada; bastante romántico y terrorífico el panorama. En medio de arenales, con un mar traicionero, puros presos políticos acechándome, soldados adiestrados en torturas y dispuestos a fusilarte después de las masivas violaciones. Un poco ingenuo tanto respeto. En todo caso, ante la posible perspectiva, me fui a conversar con la abuela de Poli. ¿Vivía allí desde cuándo? Debía de conocer el lugar. La abuela andaba de paseo. Me recibió la tía y me explicó que ella solía caminar hasta Ritoque acompañada de su perro, pero me sería bastante difícil alojarse o tomar una casa, pues sólo había viviendas de pescadores. Desde luego todas eran empadronadas y cada persona vigilada.

—Le aconsejo que desista. No lo intente siquiera me dijo—. Para una mujer sola es demasiado peligroso.

—¿Será cierto que en las cárceles les dan a los presos en las comidas pez de Castilla?

—Te avisamos que a Sebastián lo tomaron preso. ¿Qué piensas?

(“¡Virgen Santa! ¿Cómo te atraparon? Ingenuo, utilizado para hacer creer en la necesidad de una vigorosa dictadura”).

—A Sebastián lo balearon. Se está muriendo en el Quirúrgico. Aló, aló, ¿me oye? Lo tomaron preso.

La angustia subía, obstruyendo toda la alegría y capacidad de pensar.

—Aló, aló...

Me quedé muda. Por último murmuré: ¡Mentira! —¿Cómo es esto que haya caído preso? ¡Tanto aconsejarle que se fuera! En cada encuentro se lo repetí. Por lo demás, creo que estuve con él un par de veces desde que ocurrió el golpe. Le rogaba solucionara su problema viajando. Pero él de ninguna manera hubiera consentido en huir. Se negaba a la necesidad de marcharse. En verdad me gustaba verle en esa actitud tan viril, porque todos sólo pensaban en desertar. Otros buscaban la evasión de responsabilidades, conociendo otros mundos y la mayoría recurría al asilo para ponerse a salvo.

Al recibir la noticia de su arresto me entró desesperanza. Pensaba: “Tan alocado... seguro que se ha metido en algún lío”. Pero ¿cómo sucedió?.

—Nada sabemos. Circulan distintas versiones. Unos murmuran: lo balearon en la calle y entró por un callejón sin salida, en vista de lo cual le dispararon cinco tiros. Tenía, si no me equivoco, un... tiro en el pulmón, otro en... el glúteo, uno más en el intestino, ¡oh!, otro en el estómago, e ignoro en qué parte del cuerpo alojaría el quinto balazo. Otros decían que fue sorprendido en una reunión desbaratada y todos corrieron en distintas direcciones. Hablaban de que ocurrió en una plaza. Pero, la verdad, hasta ahora la desconozco.

Hacía tres años, por lo menos, que no lo veía. Esta noticia tan desmoralizadora de que estuviera tan mal herido, era de amargo presagio. Pero pensé, natu-

ralmente, que se recuperaría.

Al momento me trasladé al Quirúrgico. Me puse en comunicación de inmediato con su prima, y ella, ya en antecedentes, me contestó:

—A pesar de que mi hermano es general, me han prohibido verlo. Tengo vedado mezclarme en este asunto, porque la Aviación no tiene ninguna injerencia, ni intervención, tratándose de un preso del Ejército.

Yo desconocía el poderío del Ejército. Creía en la intervención, pero Marcelo, a pesar de ser general, se negó a interceder por su primo, al cual se le parecía enormemente y a quien decía querer sobremanera. Deseaba verlo y fui al Quirúrgico en el ánimo de visitarlo. Subí hasta el sexto piso, donde se internaban los presos políticos y en esa galería me topé con numerosos militares y al final, una cortina. Del otro lado de la cortina cuidaba un ordenanza sentado ante un escritorio, anotando nombres.

—Estos son presos políticos. Prohibido entrar a este recinto, a menos que me traiga un permiso firmado por el coronel...

—Perfecto —dije—, voy a buscarlo.

Bajé al segundo piso y, mientras esperaba lograr el permiso, vi abrirse la puerta y atisbé adentro al mismo ratón avieso aquél que me había interrogado un año atrás. Acudieron a mi mente todas las películas de mi padre vivo, de Macchu Picchu, del Cuzco, e incluso las de China Popular de Carmencita que sustrajeron de mi escritorio; comprendí el riesgo de caer nuevamente en manos de ese hombre tan perverso. Di media vuelta y, acobardada, renuncié a esa entrevista.

Supe de las mejorías de Sebastián después de unas

operaciones. Persistía la fiebre aunque su aspecto era de convalescente. Como yo conocía la espléndida textura física y la inmensa vitalidad de Sebastián no dudé en absoluto que pronto se restablecería de estas tres operaciones horribles a que lo sometieron.

Margot —la amiga de Sebastián— fue a visitarme con el propósito de ponerme al día sobre cuál era la situación de Sebastián. Me preguntó si conocía alguien del Quirúrgico.

—La única persona es el doctor Bosta a quien lo sé nazi, pero espléndido cirujano.

Me hallaba enferma, deprimida. Necesitaba saber cómo lo trataban dentro. Por lo tanto resolví visitar al doctor Bosta.

—A individuos como a Sebastián —me dijo— se les debe eliminar, porque nunca existirá con ellos calma ni tranquilidad. Son unos terroristas, unos desgraciados. Además el país nada perderá. ¿Qué significa el siete por ciento de la población?, y si damos de baja al siete por ciento en este país reinará la paz. Mientras no se aplique este procedimiento y no se mate a esta gente no habrá reconstrucción posible.

—Pero doctor, usted es médico, no un maniático... ¿Cómo puede hablar de eliminar gente, de matarla, cuando Sebastián jamás mató a nadie, nunca dañó a persona alguna; Sebastián es un hombre de ideas, un intelectual, que quiere a la humanidad entera, lo único que aspira es a la justicia para todo el mundo. ¿Cómo es posible que usted me responda en esta forma? ¿Usted que está juramentado para defender la vida?

—Leticia, si él cayó en el Quirúrgico están obligados a sanarlo, lo van a mejorar, pero a estos individuos

hay que liquidarlos. —Me lo dijo mientras me estaba tomando la presión y me di cuenta que la presión me subía a dieciocho. Entonces exclamé indignada: —¿Es posible que usted siendo médico trate de liquidarme? Yo he llegado enferma aquí, pero más que nada nerviosa, a consultarlo y en lugar de tranquilizarme o reponerme, usted me ha subido la presión en esta forma... Nunca en mi vida he tenido dieciocho de presión. Es verdaderamente inconcebible que usted sea culpable de cosa semejante.

La reunión fue muy desagradable, funesta al no obtener absolutamente ninguna ayuda ni información de parte de él. A Margot le pregunté en qué circunstancia lo habían tomado preso; pero Margot se negó a contarlo o lo ignoraba. Entre nosotras no había mucha confianza. Desconocía cuál era su verdadero nombre, me atormentaba una enorme confusión, la situación me parecía fea, francamente siniestra, pues no reconocían tenerlo prisionero. Todo era misterioso. Además no me parecía justo atropellar sus derechos. Quería ayudarla y bien que lo intenté, pero Margot tomaba iniciativas desesperadas, entre ellas, escribirle a su hermano Fernando, que vivía en España, hermano al que lo malquería y no respetaba para nada. Resolvió nombrar de abogado a un tal José Granifo, individuo despreciable que nada hizo por Sebastián. En el momento en que fui a verlo y le manifesté que me interesaba que se reactivara el juicio, él dijo:

—Mire, para hablar conmigo usted me debe pagar trescientos pesos.

—Bien —afirmé, dejando despectivamente sobre el escritorio el dinero—, pero esto implica alguna gestión de justicia que realizará usted, alguna demanda, algún

trámite.

—Sí. Yo voy a arreglarlo. Es indicado pedir un “habeas corpus” y reabrir el juicio.

—Perfecto. ¿En qué fecha cree usted que debo volver?

Me indicó un día. Fui el día preciso: ausente. Volví de nuevo y me explicó entonces, en una larga sesión, todos los padecimientos que Sebastián sufrió con las heridas múltiples y peligrosas que le provocaron las balas. Sobre todo la del intestino o la de la pierna. (Una de éstas era la más dañina). Y me leyó largamente el informe entregado por el hospital sobre el estado físico de Sebastián. A juzgar por el informe continuaba bastante grave y me quiso demostrar que en esas condiciones tan penosas, sólo por un milagro podría sobrevivir. Comprendí que el abogado no respondía directamente a mis preguntas.

A Sebastián yo me lo imaginaba allí, en una de las muchas camas, dolorido, perforado por los tiros, apenas respirando. A ratos se le iba la vida, casi se le detenía el corazón. Tanta sangre perdía. El suero permanentemente entrando, peleándole el pulso, bombeándole el motor humano. Así pasó tres, cinco, ignoro cuántos días, convertido en un guiñapo, desconociendo su destino, sediento, ciego, nublada la visión.

Triste intentó moverse, recuperar parte del movimiento normal, pero el cuerpo lacerado y sufriende le obligó a comprender su situación. “Debo mover mis dedos”, debe haberse dicho y comenzó a menearlos. Tan sólo un pie obedecía, envuelto en vendas; el otro trabado, empaste que le era imposible ver. Se sabía con la pierna tumefacta y el dolor embotándole los sentidos. También me lo imaginaba aturdido por su estómago

y hombro igualmente dolorosos. Paciencia. Virtud desconocida, apretaba sus labios secos, blanquecinos o suspiraba angustiado.

Supe que Sebastián perdió los anteojos o se los quitaron; él con su miopía se sentiría desorientado, disminuído.

—Por favor, ¿dónde está Dios? —se diría en esa soledad miserable.

¿Qué clase de torturas le aplicarían? ¿Cuántas veces había planeado huir? Me imagino que él ni siquiera sabía disparar. Teórico habituado a hablar, a pensar, a discutir. ¿Y esas abnegadas Damas de Rojo, aquellas dulces, coquetonas, caritativas mujeres que otorgaban permiso para comunicarse con los presos? ¿Existirían? ¿Se les permitiría recibir recados? Absurdo, la caridad es inalcanzable para los condenados.

Ese amor había transcurrido en la alucinación del ensueño.

A menudo lo llamaba: “¡Sebastián acude a mí, ven a verme necesito de tu presencia!”

—“Adorada, de inmediato huyo de esta infecta oficina y nos reunimos en nuestro arco”.

Ambos radiantes, avanzábamos uno al encuentro del otro en la alegría plena de quienes se van a reunir entre las hojas otoñales amándose, buscando el mutuo hechizo.

Un día me llamó Sebastián y quedamos de juntarnos en la Plaza Pedro de Valdivia. Era otoño, los árboles comenzaban su deshoje. Me alegraba esa cita y fui animosa a ella. Tocó la casualidad que cada uno subió por distinto lado al arco y llegamos a un mismo tiempo a la cumbre donde nos abrazamos espontáneamente como quien se une para toda la vida.

—Poco nos vemos. Así peleamos menos.

—Vente conmigo. Tú eres mía. ¿Qué haces ahora?

—Recordarte.

Rió. — ¡Ya está bueno! ¡Que me la gane un radical, vergonzoso!

—Así es.

—Un hombre que jamás se casará contigo, porque es un pequeño burgués que jamás tendrá la valentía suficiente para reconocer ante la sociedad que te quiere.

—A mí nunca me ha interesado el matrimonio, tú bien lo sabes, y el amor es otra cosa. Deja de discutir. Trata de entenderlo.

—Es un apegado al qué dirán. —Le tembló el labio y se puso furioso, y en pleno ataque de cólera, por más esfuerzos que hice por cambiarle el tema, fue inútil mudarle el humor. Lo abracé y me besó apasionadamente terminando como todas esas citas pasionales, tristes y confusas.

Una enfermera me contó: “Andábamos nerviosas, el soldado de vigilancia dos veces entró con unos camilleros diligentes que trataron de trasladar al prisionero a una silla de ruedas, lo que finalmente lograron a medias, porque de ser tan alto, se caía de la silla; por fin lo pudieron atar y él gritando: “¿Adónde me llevan?” Se cumplía una visita de la Cruz Roja Internacional. Sebastián malició algo y comenzó a dar alaridos: “¡Me quieren ocultar! ¿Dónde me van a meter? ¿Por qué me sacan de la cama?”

— ¡Cállate! —gritó un oficial que, inesperadamente, andaba de inspección, y lo trasladaron al baño encerrándolo bajo llave. Espantado, seguía gritando: ¡Me enfrió! ¡Sáquenme de aquí! ¡Libérenme de este en-

cierro! —Se oían sus gritos. — ¡Me estoy enfriando! —Mas sus alaridos y reclamos fueron en vano. La Comisión, a pesar de ese llamado de auxilio, no hizo ningún amago por liberarlo. Inútil fue el informe de denuncia de la Comisión Internacional de la Cruz Roja, pues se logró silenciar su caso.

Nunca pensé que el hecho de esconderlo significaba que el Quirúrgico se hacía cómplice de un futuro asesinato. Tan monstruoso acontecimiento nos hubiera dejado atónitos y perplejos.

Juzgué sensato enterarme en la misma Cruz Roja con el Alto Comisionado.

—Nosotros presentamos esas denuncias —confesó el delegado— sin resultado.

El afán de huir de la realidad se traducía en la velocidad de cambiar y de interesarme por diversas pasiones, ya fuera por el amparo que necesitaban los presos, los desvalidos, el que nada te pedía, el sediento, y una empecinada en comunicarse: dar su corazón, su tiempo, su esfuerzo y gana, y siempre pretender quedar dentro de lo normal. Por supuesto recibías un par de patadas.

Ordenar el cerebro; la lógica es la satisfacción que te deja contenta. ¿Apoyada en la vanidad? Dame la mano, amigo. Sujétame y requiere de mi compañía. No provoques mi marasmo, mi angustia, mi olvido.

A menudo he pensado que a Sebastián lo drogaban para hacerlo confesar lo que a ellos se les ocurría. Ese algo grave, ¿qué podía ser? ¿Qué se esperaba? Venía el interrogatorio exhaustivo. ¿Resistiría?, me preguntaba aterrada.

Las respuestas a mis consultas eran contestadas evasivamente. Nada claro ni directo. Margot me visitaba

con miedo y conocía harto más sobre el suceso de lo que demostraba. Una adivinaba que mantenía en secreto un programa del que nadie era partícipe. Naturalmente que a Sebastián tienen que haberlo conminado a ponerse a salvo fuera del país. No me extrañó saber que partiría a Irlanda, cuna de unos antepasados de Sebastián.

Todas las noches me llamaban por teléfono, me despertaban a las dos, tres, cinco para nada decirme. Dejarme inquieta, desvelada. Algunos días nos tocaba presenciar sucesos inesperados: ver a los armados cómo atrapaban en la calle, valiéndose de perros policiales, a los muchachos. ¿Qué ocurriría si en los Campos Elíseos o en la Quinta Avenida los policías se pasearan acompañados de perros policiales adiestrados para atrapar sospechosos políticos?

Y volaban los helicópteros inspeccionando los barrios; se detenían en el espacio; encendían los reflectores de luz infrarroja para enterarse de lo que acontecía dentro de las casas.

A fin del mes de julio, Margot me dijo: —Hoy Sebastián va a asomarse a la ventana y lo veremos.

Poco antes de la cinco de la tarde, llegó Margot acompañada de la hija de Sebastián. Una muchacha hermosa de rasgos finos bastante parecida a su padre, arrogante, sin ninguna simpatía. Nos lanzamos de inmediato a la calle escudriñando cada ventana, hasta descubrir su rizada cabellera. Levemente levantó una mano, muy serio. Me quedé estática, inmóvil en la calle.

—Sigue caminando que esos hombres te observan —dijo Margot. Efectivamente al lado de un auto nos atisbaban. Naturalmente poseían un aspecto detecti-

vesco. Entré a una frutería y desde allí, imantada por el embrujo de su presencia, lo contemplé un largo rato, hasta que él se retiró de la ventana.

Días después me enteré de que Sebastián había desaparecido del Quirúrgico y nadie conocía su paradero.

Concerté una entrevista de inmediato con su primo el general de Aviación.

—Usted comprenderá que para esta gente acostumbrada a las conexiones clandestinas, no le resulta difícil cambiarse de país... —me dijo.

—¿Y cómo va a viajar tan mal herido?

—Ellos se las arreglan. Conocen gente dispuesta a ayudarlos.

Me pareció creíble. Sebastián ya había realizado un viaje a la Argentina del que llegó muy satisfecho, pero de esto hacía años y era absurdo pensar que mantuviera conexiones, pues múltiples quiebres habían sufrido los Montoneros y la mayoría de ellos murió.

Me extrañó, además, saber que tanto Margot como la hija de Sebastián, aceleraron el viaje al extranjero. Margot se veía demasiado alegre, como si tuviera la certeza de reunírsele.

—¿Pero cómo es posible esto? ¿Quién se hará cargo de los problemas de Sebastián?... No puedo tener dos presos.

Es cierto que todos los días se oía decir que salía y entraba gente, clandestinamente. La ilusión de Margot de encontrárselo en Irlanda, también era mía. ¿Hasta dónde sería válida?

Y desde entonces los ojos se me anegaban de lágrimas. Se me ahogaban de emoción. Imposible atrapar la visibilidad. Pero ya no recuperaría la nitidez en la

pupila indefensa. Irguiéndome valerosa, esmirriada, con una voz ronca, salvaje; sopesando cada palabra, dije: ¡Jamás aceptaré la tiranía!.

En aquella ocasión supe que debía mantenerme estoica, aparentar interés en el escenario escuchando a los folkloristas, cuando la voz interior cubría toda otra voz externa y ninguna nota musical me llegaba. Allí, en esa noche fría de abril, mis ojos veían harapos, mugre, pobreza de esos púberes marginados de la sociedad que rastreaban un pedazo de empanada o las migajas de los bizcochos. Con sus ojos desbordantes de estrellas, rápidos, nerviosos, avanzaron a mi mesa: contemplaron las empanadas. Se las acerqué y con las manos "electrolux" las succionaron del plato y las comieron mirándome y riéndose. ¿Qué diferencia había entre esos niños y los perros hambreados?

Y ahora el Mandamás llama a plebiscito. Consulta, opinión libre, emitir un voto de confianza al que fustiga, te necesita, pero te esclaviza. ¡Tantos sinónimos!: reducir, poner el pie encima, avasallar, sojuzgar, oprimir, coger el pan debajo del sobaco... donde actúa el miedo del futuro y una se dice: con tal que no me obliguen a andar en cuclillas... pero comienza ya a arrojarse.

Para algunos la significación fluctuaba entre la necesidad intrínseca de sobrevivir o llenar la panza. Fruncir la palabra...

Deploremos el contubernio del E... Sí, todo se arregló de antemano. Un papel transparente donde se ve la cruz a través del sobre cerrado, debajo de la banderita está tu número. Bastará pasar los sufragios por un rodillo tibio y el número aflorará fresco como una flor recién abierta. ¡Si tontos tampoco son! Como te obligan a poner el dedo entintado, firmar, te localizan fácilmente, después vendrán las represiones, cada día más brutales.

—No olvides que ellos inventaron el fraude y dos millones doscientos es demasiado.

—Lleve una inyección de optimismo, y páguelo en unidades de fomento.

Este tipo de propaganda era usual. El crédito en el comercio crecía cual marea que ahoga. Si te entusiasabas te endeudabas. Firmabas papeles y obligaciones. Comprometías el futuro y jamás sacabas la cuenta de cuánto te iba a costar el frenesí. Apriétese el cinturón y con ello sí que se asegura la angustia. La única forma de obtener algún día un calentador de agua caliente en invierno; enceradora para aliviar los riñones, etc., etc. y las alzas y la inflación y el sueldo reducido y una capacidad disminuida, y al comerciante funcionándole la calculadora.

—Si concedo crédito dejan de pagarme las letras y me clavan.

—Si les fías nos quedamos en la calle.

Negocio realiza el rico apto para comprar al contado, saca ventajas de rebajas en lugar de pagar por préstamos bancarios... Hipotecados. ¡Todos hipotecados!

Explotados por el monstruoso poder monetario. ¡Qué importa! Dios proveerá, hijo mío. La máquina funciona, eso nadie lo duda. Manejar la opinión pública es lo más indicado: una nueva alza, conviene drogarla con festivales internacionales. “Así cantando se van las penas”. Apliquemos la distracción de embolinar la mente, secreto a voces.

¿Emputeecer conjuga o es pariente de emponzoñar? ¡Si sólo eres un “promesero” se les diría a todos los que subían a la escalera! Para que no se olviden.

Los pobres declararán: “Vino la huelga de hambre y hasta ahora sobrevivimos por voluntad de Dios”.

Y aumentaban los letreros en los autos: “¡Acumulen rabia!”

¡Hasta cuándo me preocupo de buscar un antídoto a la pena! ¿Acaso la aspidistra succiona las moscas? A la televisión se le confundió la imagen, el felpudo yace encadenado, la maleza en el balcón. Sin valor para conductor de masas, le pedí a un amigo que me aconsejara, así podría reconquistar mi diabólica furia.

Al viajar de Santiago a La Cisterna se recorren sabores humanos. Poseemos de todos los gustos. Los libreros cultos y los mercanchifles; las tiendas judías y el teatro Caupolicán; las tanguerías, el prodigioso Club de la Medianoche, que constituyó, en los desvelos de mi juventud, un lugar maravilloso de exotismo; las talabarterías y el Matadero Franklin hechas en caldos de cabeza y especialidades criollas que a fuerza de “ñeque”, “mediopollos” y “guarisapos” han adquirido fama.

Un lugar en la rodilla, ¿por qué no? Te lo deberé besar, dijo mi acompañante.

—Date en el gusto, tunante, con tal que me dejes

tranquilo el corpiño.

Añoraba los viajes diarios al Abandono del Niño, la orquesta de percusión, los festivales de los pequeños, los trajes de papel que debí improvisar. Tanta alegría, regocijo desbordado en vidas enclaustradas de desamor. De pronto, en la náusea de lo cotidiano me pareció divisar a Sebastián conduciendo un Mini detrás de mí. Quedé estupefacta. Me senté sobre el lunar y vi cómo tiernamente me saludaba.

—Disminuye la marcha. —Asomé la cabeza por la ventanilla y comencé a improvisarle señas al conductor del Mini, para que se acercara. Llevaba lentes y poseía un rostro joven y rasgos finos. Se puso a mi lado. Idéntico a Sebastián, veinte años menos: el Sebastián de mi juventud.

—Perdone... lo confundí.

Quedé tal mal después de aquel acontecer que mi acompañante debió quedarse toda la tarde consolando mi lunar.

Nosotros somos los cueroduros que celosamente guardamos nuestras incógnitas. Gritemos para que otros sepan lo que pensamos, pero salvémonos del cazador canalla. En definitiva las determinantes las resolverá la prensa, los poderosos que esquivan el compromiso y cuyos finos oídos funcionarán con los tibios de sentimientos. Aquí nada censurable ocurrió. Es la complicidad criminal la que enloda. Lo que se omitió. Seré ante Dios y mis semejantes culpable de indolencia. El remordimiento funciona.

En la Vicaría las madres, las esposas, las hermanas charlan incansablemente.

—El niño vive. Sueño con él —cuenta una madre—. Tiene unos ojos preciosos... Mamita —me dijo— me voy a la escuela —así como todos los días y jamás regresó. El no se metía en política, rechazó declararlo desaparecido porque eso significa sepultarlo. ¿Por qué le ocultan a una la verdad? Si lo asesinaron, una sabe a qué atenerse, se queda tranquila, pero con la duda dentro, se agoniza a cada instante.

—En mi presencia me mataron a mi marido —agrega otra.

—Mi compañero sigue desaparecido. Ahí está la televisión tomando películas a las viudas. Algunas se yerguen y se unen al grupo. Las desanimadas quedan en sus asientos... esperando... esperando...

—¿A usted quién se le murió? —me pregunta una niña anémica de largas trenzas.

—¿A mí? Un amigo.

La miro.

—¿Y la familia?

—Toda viajó.

—Se necesita ser solo para que todos se manden cambiar, pero usted ha hecho averiguaciones. Nadie carece de parientes.

—Si tú supieras, chiquilla, cuántas posiciones se obtienen usando el silencio...

El patio está repleto de sol. Funcionarias equilibradas atienden a los dolientes con solícita afabilidad. La galería es amplia, iluminada. Allí los detectives, los soplones, los orejones abundan. ¿Por qué me emociono hasta casi el desmayo?

Usted a nadie representa, me dirán. Ni siquiera era

su compañero, ni su pariente. ¿Qué atribución posee? Poder. ¿Poder Jurídico? Un papel. Importante los papeles. Todo es falso. El hombre por siglos ha elaborado su propia trampa y me impedirán hacer nada por ti porque no soy tu parienta, ni tu conviviente. ¡Mierda! ¡Mierda! ¡Mierda!

Se abre una puerta.

—El número veintiuno que pase.

Mi número. Fabiola me atiende, viste de negro. Joven, buenamoza, delicadas manos y un pelo ondulado carbón. Posee una voz cálida, agradable. Me interroga. Le cuento la larga historia llena de lagunas, le hablo de Caracas.

—¿Conoció acaso a mi hermano?

—¿Cómo se llama su hermano?

—Orlando.

Me siento emocionada. Por supuesto, fue él quien ayudó a Vicente Felipe a integrar la lista de los detenidos de Dawon para su liberación. Un hombre fino, magnífico, eficiente. Un distinguido caballero, el pelirrojo. Ambas nos quedamos mudas, pensativas, sumidas en ese dolor propio de la impotencia de los latinoamericanos.

—Todo se ha efectuado, casi nada por realizar. Vuelvo donde Grifo y el abogado gordo me recibe. En un estante exhibe su fotografía con el Mandamás. Lo interrogo sobre los trámites realizados, también por sobre el compromiso contraído de reabrir el sumario pagado por mí de antemano.

Se me escurre. Ha cambiado su situación. Dejó de ser el criminalista arriesgado y honesto, pasó a integrar otras esferas, convertido en extorsionador, sapo hambriento de dólares, pretende encumbrarse mediante sus

“arreglines”. Supuesto católico con fama de pillo.

—Usted está limitada porque carece de credenciales.

Knock out. Fuera del ring. Arrastro los pies. Definitivamente los arrastro. ¡Ave Fénix ven en mi ayuda! Me dan ganas de gritar.

Habían decidido trasladar de El Ritoque a Tres Alamos a los presos políticos, prisión temida por su desprestigiada mala fama. Hasta allí fue trasladado Vicente Felipe.

Los nervios de punta, aterrada. Llegué a verlo.

Tres y Cuatro Alamos estaban enmurallados y con pequeñas casetas. Los rodeaba un recinto árido e inhóspito.

En la puerta controlaban los gendarmes. Afuera: una enormidad de mujeres cargadas de paquetes y escasos hombres aguardando. Nos pidieron el carnet, nos pusieron en fila y entramos en un corredor donde estaba instalada una mesa tan larga como la habitación. Del otro costado de la mesa esperaban sentados los presos. Nos concedieron diez minutos de conversación. Esto de forzar a expresarse por encima de los demás, inhibía. Sin embargo brotaron, de pronto, las palabras y pude decirle lo importante que era resolver su destino.

Un excelente amigo, generoso, manifestó el deseo de realizar algo por este Gobernador impedido de expresarse y decidir su futuro. Resolví que debía quedarse en Chile y a pesar de omitir su consulta quería conocer su parecer; felizmente compartía mi decisión.

Todos los presos exportados a cualquier país que los recibiera, debían juntar sus pariente, sus “pilchas”,

sus esperanzas y despedirse de la Patria bienamada.

¿Cómo discurrir un contacto? Volví a ir a Tres Alamos para llevar unos libros, y proponer que se formase una biblioteca. Después de una dilatada espera llegó el alcaide o Jefe del lugar. Hombre alto, delgado, callado, escuchó mi petitorio. Fue rápido y conciso.

—Lejos de ser una escuela cultural, ni reformatorio modelo, esto es un Campo de Concentración.

Alegué que el concepto moderno era amplio.

—Señora, lo lamento por usted, pero aquí no funcionará la biblioteca. Estoy muy ocupado. Buenos días.

Naturalmente fracasé, pero ya conocía al jefe. Una nunca sabe...

Todos los que poseíamos algún pariente o conocido en *Tres Alamos* pasábamos preocupados del diario acontecer y nos comunicábamos cualquier noticia por amarga que fuera. Así nos enteramos de que los “sapos” y los “pata de loro”, delincuentes comunes, mandados a “sapear”, amenazaron al Febito que conocía la ubicación de la radio por la que escuchaban noticias internacionales. Vicente Felipe, sabedor de estas artimañas, los encaró.

—La familia es muy poderosa y vamos a terminar con la tuya antes que empieces a molestar.

Al tipo que pertenecía a una banda “Pata de Loro” le decían “Cura”, porque era cuentero y andaba disfrazado de sacerdote. A raíz del Golpe simulaba ser “Sim” y le robó dinero a varias víctimas del “orden” en Tres Alamos.

Otro de los monreros hizo una “cuática” (manioobra diversionista) para llamar la atención y colgando del camaroté el Pata de Loro gritaba:

— ¡Me quieren matar!

Continuamente le aplicaban a Vicente Felipe nuevos juicios buscándole motivos que justificaran su encierro, mas todo fue en vano, pues no lograron descubrirle delito, por lo que nuevamente lo trasladaron a la Cárcel Pública. La mayoría de los presos de Dawson fue desterrada.

La acera invadida de sol embrutecedor. Moscas, hileras de mujeres, modestas pobladoras, charlándoles a los niños, algunas lamiendo un chupete helado de ésos de agua que venden los muchachos de las fábricas; otras secando su sudor con pañuelos o abanicándose mediante un diario o una revista, todas aburridas, desesperanzadas, agotadas de cansancio aguardando en esa canícula la hora de visitar a sus presos.

Mis pies hinchados y mi inquieto corazón hastiado de la imagen de mí misma, obligada a practicar esas interminables esperas para juntarme a un hombre acorralado, disminuido, infiel, con mujer poseedora de libreta, hijos propios y padres y hermanas tan hostiles a mi persona. ¿Por qué yo me imponía actuar lealmente con el desleal? Existía una razón ética: el prisionero se convierte en un subhombre angustiado, y yo me preciaba en concurrir como una amiga, la mujer que luchó junto a él en las campañas electorales, quien calladamente obtuvo una luz llena de resplandores, una entretenida vida rodeada de respeto y amor.

— ¡Avancen! ¡Ya abrieron la puerta!

Poco a poco íbamos penetrando al recinto custodiado por gendarmes. Allí había algo de sombra, se pasaba muy lentamente por una estrecha puerta a un zaguán donde retenían el carnet mientras dos mujeres, lesbianas de seguro, te registraban la cartera y deslizaban sus manos sudadas por los senos y entremedio de

las piernas, so pretexto de enterarse si llevaba una puestas las enaguas. Era un vejamen.

Al fin bajo techo, en cuyo centro burbujeaba una pila de agua para refrescar la imaginación. En ese momento todos se examinaban entre sí, se reconocían, se olfateaban. Nunca faltaba un familiar de la mujer, la madre o las hermanas. "Ojalá no tenga que entrar en su compañía"... Pasábamos a la galería, de nuevo al calor, al tumulto, al hacinamiento. Comerse con la vista. Pocas palabras. Mucha conversación-entre-familiares, siempre estúpida, circunstancial. Claro que no osaban indisponerse conmigo por las influencias posibles que obtendría para activar su liberación. ¡Pero con cuántas ganas me mandarían a la mierda! Me encantaba que tuvieran que soportarme, obligados a simular, gente socialmente civilizadas, y forzarlos a tragarse a la amante de su amado hijo, esposo, padre, hermano. Ese triunfo era mezquino. Yo iba todos los días aunque me costara conseguir visita —pues son bastante controladas—, pero la familia lo ignoraba.

Vicente Felipe siempre me sorprendía con regalos: una talla en madera de un chilote, una tortuga de concha decorada o una gruta labrada en cal primorosamente picada.

La Patoja había recibido las Memorias del Inmortal y me regaló el primer ejemplar. Apenas lo leí llamé a mi amigo Juan y le pedí que me acompañara a la cárcel. Allí le entregué a Vicente Felipe el libro "Confieso que he vivido", mezclado de expedientes. Así fue como, mediante ayuda de mi amigo Juan, el libro recorrió la Cárcel, Capuchinos y la Penitenciaría. Para nosotros era una obligación importante mantenerles en alto la moral: Informados se sentirían partícipes del

acontecer diario.

El visitar a Vicente Felipe por la mañana me despertó la idea de cambiar el horario que le dedicaba. Hablé al alcaide y obtuve permiso para visitarlo. Nuestras relaciones mejoraron. Se veía más tranquilo. Fue un alivio eludir la parentela.

Uno de esos días en que el hielo calaba los huesos me permitieron entrar a un lugar cerrado donde se reunían en torno a mesas a jugar dominó o ajedrez. Ahí me encontré a Vergara. Nadie parecía visitarlo, así que cuando llegué, era tal su ansiedad que lo conmoví. Su mirada a veces semejava la de un hombre desesperado en busca de otros mundos como respuesta a su angustia.

Algunos hombres piensan que de otras galaxias acudirán en su ayuda. Porque el hombre se ha puesto sordo por el miedo que lo inmoviliza hacia el bien. Ya nadie responde, somos egoístas e incapaces.

Iba tan alegre a la cárcel ese día que me prendí en el escote unas flores aromáticas y delicadas como es la buguardia y tuve el agrado de dejárselas.

¿Acaso mientras sueño contigo, Sebastián, no me siento en otra atmósfera? Junto a ti estoy tan tranquila, tan feliz. Tú me pedías ayuda, me urgías, rogándome que te sacara de donde estabas. Desperté. Sed. Angustia. Deseos de aullar. Impotencia. Cobardía. Disminuía, descendía. Ahora huyeron las pesadillas. Te veo bien vestido, casi elegante, tú que nunca lo fuiste. Cariñoso, tierno, comunicado en el transporte de la dicha, el estado idílico, el remanso. Lo único doloroso era privarse de verte. Era el afecto lo que más necesitaba, lo añorado.

Vicente Felipe se confiesa atraído, succionado por todas las mujeres que salen a recibirlo. Le irrita que

alguien, sobre todo yo, lo advierta. Toma de inmediato un aire de ofendido, abre los ojos con escándalo, como si fuera un desafío; comenta lo ilegal, pierde todo humor y la reprobación mezclada a la pacatería hipócrita que no le sienta ni le hace gracia, la administra como una especie de amenaza del castigo premonitorio.

Por supuesto todas las mujeres le pertenecen.

Y yo me preguntaba: de todas las deslealtades, las renunciadas en ofensa de la integridad masculina, ¿lo perdonaría? Y debí confesarme de que mi corazón nada sabía negarle, reconociendo que de las raíces brotaban la nostalgia primaria de la sinceridad, el hallazgo inquieto del palpar unísono de la pareja humana.

Barajarse en la incertidumbre perpetua de la inseguridad. ¿Me quedaría de pronto muda? Me puse a temblar.

A medida que se acercaba la fecha de la liberación de Vicente Felipe crecía en él una especie de incertidumbre, de desesperanza. ¿Cuál sería su determinación? Llegó el día fatal. Nadie lo nombraba, ni siquiera la prensa. Era importante para el mocito de recados, medio amariconado, la familia y los amigos íntimos que mandaban saludos cuidándose de no comprometerse; para su partido: inexistente. Los presos de Dawson solían ser nombrados, pero el suyo se omitía. ¿Por aquello de ser demasiado joven o por haberse quemado en el peor momento, en el más conflictivo instante?

Comenzó a preocuparme tanto olvido y lo conversamos. El decidió para mí un viaje a Venezuela a fin de que me entrevistara con la dirección.

Una mañana me recibió taciturno, mudo y díscolo, se notaba de inmediato su descontento.

—Nadie me aprecia. No se preocupan de mí.

—¿Cómo así?

Explicó su situación.

—No figuro en la lista. Ignoro mi futuro, si me obligarán a expatriarme. Debes hacer algo por mí...

—¿Por que me castigas en esta forma? ¿Por qué ahora que vas a salir de la cárcel me mandas irme para dejarte solo? ¡Qué bien calculado! ¡Cómo te despachas a la gente!

—Te niegas a ayudarme. Me ignoras...

En la víspera de mi viaje fui a despedirme y me toqué a la hermana, una flaca, fea, histérica, a quien le acababan de chocar el automóvil, su única preocupación. Los minutos pasaban y ella dale y dale con el radiador y Vicente Felipe furioso de mi presencia, de mi existencia... de su cobardía.

Me despedí triste, sintiéndome aprovechada. Le dije: ¡Mañana te veo! sabiendo que no habría un mañana. Sólo dolor y soledad.

—Yo me iré a la mierda —le dije—, ¡pero tú te vas conmigo! — Yo bufaba de rabia. Por suerte me duraba poco la pataleta y se me olvidan pronto las ofensas.

En lugar de tomar el avión avisé a la Compañía que postergaba el viaje y me fui al Puerto. Necesitaba oler alquitrán, sal marina, oír el estallido de la ola brusca y turbulenta, las cadenas de las grúas, el ulular de las sirenas y el pito desgarrador de la locomotora despidiéndose. Sentía urgencia del susurro de las palmeras, esa atmósfera encantada del caimán sumido en el mar.

Valparaíso y sus mil luces me llamaba.

Súbitamente evoqué el tiempo de desmalezar, cuando Vicente Felipe espléndido, en todo su vigor, tostado por el sol de la playa, metido en su blue jean me

ayudaba a despejar las succulentas, pesadas de flores y agua y me forcejeaba arrastrándome a la orilla de las olas entre cochayuyos y huiros. Travesábamos jugando a la garrapata, nos besábamos, nos lanzábamos espuma marina. El cazaba abejorros azules con habilidad sorprendente. Yo le lavaba el cabello con esponjoso champú, exagerando su vanidad machista, su exagerada autoestima.

¿Qué soberbia lo obligaba a mostrarse estúpido, a mentir sin objeto, a presumir de satisfacción personal?

¿Qué pasó con nosotros? ¿En qué instante dejamos de reírnos?

Traté de reencontrar el mismo rincón de otrora. Pensar que nos separábamos para sufrir apartados angustias y privaciones, entrar en aventuras sin ambicionarlas y soledades indeseables.

— ¡Qué horrible, hasta dónde eres de carajo! —me repetía. —¿Qué se nos espera?

Visitar Valparaíso era una fiesta. Entré al ascensor Polanco donde nunca faltaba la música:

“ ¡Tú Valparaíso! Puerto principal.

Al mirarlo desde Playa Ancha, lindo puerto...

Allí se ven naves salir y entrar...

el marino te canta esta canción

¡yo sin ti no vivo!

¡Puerto de mi amor!!!”

Subir a la Torre suicida del Cerro Polanco es recorronte, desde allí se contempla la Feria Argentina atestada de fruta, verduras, pescados... y más allá, en la lejanía se divisa la bahía desierta de barcos.

Vagabundeando por los cerros viejos, por esos estrechos callejones llenos de ropa colgada y macetas de geranios, donde transitan las amas de casa y los marince-

ros que se reúnen en la Plaza Echaurren a conversar del “matute” y de los países perdidos. La iglesia de la Matriz se conserva destartada rodeada de casas de prostitución, vendedores de pescado. Toda gente marinera.

La calle Serrano atestada de público, con espléndidas casas, hoy convertidas en hoteles llenos de escaleras de ónix y cariátides de mármol. Público ágil encastrándose en los ascensores empinados sobre la bahía y transitando por la calle Romero su única tienda elegante, exhibiendo foulards de seda y ropa masculina escogida. Esas imágenes, en alguna medida, necesito atesorarlas.

Contemplé el dique flotante, el ir y venir de lo remolcadores. Caminé por el malecón entre niños y hombres que pescaban al pinche y los barquitos pesqueros españoles dedicados a la pesca de arrastre: barcos de la Armada, cúters, destroyers, submarinos cruceros. Por último me dirigí al Muelle Prat, al antiguo Bote Salvavidas, viejo y sucio, verde, humeando esa cocina abierta expidiendo y exhalando el aroma de los mariscos y los frutos salobres. Asomada a las grúas, a las gaviotas, a las lanchas piteadoras, a las gaviotas que rapiñaban las vísceras y agallas que los cocineros arrojaban a la olas tornasoleadas por el petróleo. Ahí me instalé en una mesa del balcón, a contemplar esa bahía tan amada, puesta en el corazón desde la cuna.

— ¡Vaya! ¡Qué inesperado encuentro!

Frente a mí se hallaba detenido Don Domingo de elegancia flamante usando camisas de seda natural, gemelos de oro y el eterno rubí ensartado en la corbata. Nunca nada de mal gusto, refinado, italiano. Siempre se le veía engominado, rociado en colonia inglesa, luciendo ternos de franela, tweeds o chaquetas azulmari-

nas de botones dorados lisos. Era moreno sumamente feo, una profusión de pelos en la nariz y lunares por doquier. Parecía un gentleman, pero no obstante su corrección, algo lo desmentía. Había esposado una mujer super ordinaria, gorda, vulgar, grande, descuidada, quien le daba un trato inusitado; pero la mujer que ahora recuerdo no participa en la historia que narraré.

Don Domingo ejercía de constructor civil y en una oportunidad me realizó unos trabajos de ingeniería.

—¿Qué me cuenta? —le inquirí—. ¿Cómo le ha ido?

—Usted sabe, siempre uno tiene dificultades. Imagínese que dirijo unas faenas acá arriba, en el alto del Puerto cerca del camino a Quebrada Verde.

— Sí, entiendo. Desde ahí se ve el ancho océano abierto a todos los destinos.

—Ahí estoy construyendo una población... Quinientas casas... —y agrega por decir algo—, una población importante... Cerca de la oficina hay una “ran-cha” construída de cartones, latas, neumáticos, una cabaña cubierta de suspiros azules. Allí vive un loco. Vez que paso, el holgazán, medio demente, se ríe de mí; me hace morisquetas, gestos obscenos, indeseable vecino... El otro día me robó una carretilla siendo tan caras hoy en día y lo necesarias que son! Traté de acercarme a él pero fue inútil. En su media lengua me amenazaba mediante un chuzo y me lanzó cuánto halló a mano. Usted ignora lo que es esta gente, mandé al bodeguero a rescatar la carretilla, pero el bodeguero se negó aduciendo la pobreza y la incapacidad del hombre.

¿Cómo le iba a quitar la carretilla? Debí denunciarlo. Igual, nada solucionaron. En vista de tanto fracaso intercedí ante un amigo mío quien solucionó

el problema.

—¿Cómo? ¿Le devolvió la carretilla?

—Antes debía esperar el resultado de la demanda; ahora todo es más expedito. ¿Para qué tiene amigos usted?, me dijo. Déjemelo a mí. ¡Ahora se elimina un mal social!

—¿Cómo lo elimina?

—Ellos le dan de baja.

Aterrada le grité:

—¿Cómo se atreve a contarme semejante historia?

—Para qué se altera, Leticia, es más corriente de lo que usted se imagina.

—¡Naturalmente usted quedó feliz con su carretilla y su Escuadrón de la Muerte! —y de prisa, sin despedirme, me levanté. Asqueada regresé a Santiago. ¡Comó era posible que el sol brillara tan fuerte ante semejante revelación!

Como me fuera imposible conseguir visa de pasaporte para Venezuela, me fui a Colombia. Las relaciones diplomáticas estaban rotas por lo cual se prohibía nuestra entrada a Venezuela. Desde Bogotá hice los trámites en la Embajada de Venezuela. La Patoja, amiga tan querida, fue quien me consiguió la visa al país.

Llegué a Caracas. ¡Qué alegría reencontrarme a una infinidad de amigos en el destierro! Algunos se veían tristes, melancólicos, medio neurasténicos.

A pesar de que todos los exiliados me ponían buena cara y eran encantadores conmigo, la situación se tornó conflictiva, pues ninguno sentía deseos de ayu-

darme, hasta que conseguí al encantador “colorín” Orlando que al pronto me ofreció resolverme todos los problemas. Dos veces me preguntó si yo lo había llamado por teléfono. Después de su horrible asesinato comprendí que en ese momento era víctima del acoso.

Desde Caracas llamé por teléfono a Vicente Felipe y lo supe libre en los brazos de su mujer. Sin embargo no me sorprendió. Todo se facilitaba. Al día siguiente viajé a París, y desde allí tomé contacto con Margot que estaba en Irlanda. Supe que prácticamente no había esperanza de hallar a Sebastián.

Me quedé un año en Europa escribiendo. A mi regreso, fue a verme Vicente Felipe con un tremendo ramo de flores. Me pareció excitado y dichoso. Acto seguido, sin ningún respeto a mi persona, ni por los años compartidos, con todo desparpajo me lanzó: “¡Estoy enamorado!” Y veloz, le descargué una tremenda cachetada.

—¿Cómo osas? —Y a mi vez, con sorpresa, recibí un golpe en el cráneo que me dejó atontada y comenzamos a patearnos, a insultarnos, a destrozar el canastillo y sus flores.

Lo que más me molestaba era que me lo dijera abruptamente, sin ninguna delicadeza.

Prontamente dije: “La enamorada es Hortensia”. Tomé el automóvil y me dirigí a La Reina. Vi su automóvil en la puerta. Entré a la casa y hallé a los dos tórtolos conversando...

—¡Qué vas a sentirte enamorado de esta puta! —grité. Y dando media vuelta me mandé a cambiar.

Confusa, indignada, resentida, triste. Fui víctima de una neurastenia. No podía publicar todo cuanto escribía, pues estaba ligado a los acontecimientos

diarios que la censura vedaba.

Después, Vicente Felipe me llamó por teléfono y mantuvimos una conversación normal. Parece que me conmovió su cálida voz, pues al preguntarme: ¿Cómo me había ido?, mi voz entrecortada respondió: "... No encontré... a Sebastián..."

TERCERA PARTE

Siempre he sabido aquello de que la loica canta al amanecer. El desconcierto enchufado en todo instante. Y se vienen encima. Nos trituran. Nos quitan el oxígeno. Nos obligan a la mudez cuando nos brota el miedo de ser negligentes y se ignora el momento en que el agua rebasa el vaso, el minuto en que chillan las moscas. Y si los jerjeles se te incrustan en la entretela de la piel, jamás debiéramos de mantenernos alerta. Y dormir con un ojo abierto. ¡Mentira! Dormir, abiertos los ojos y el oído puesto. O la garganta pronta a tragar todos los somníferos. Para decir: ¡basta! ¡basta!... Quiero descansar... Estoy rendida... me crujen los huesos... El cerebro se me embota... ¿Dónde funciona la capacidad de idear, crear? me interrogué... ¿Pero qué conoce uno al otro lado del Mapocho?... Si el Mapocho... de pronto rebasa de agua... y vienen desechos... cadáveres... y ramas... ramas de la cordillera... y lamas... y cantidad de podredumbre... y los pies flotando en la

superficie... y los niños ya no se refugian debajo de los puentes calentándose con las ramitas secas... Los niños por ningún sitio... ¿Qué se hicieron los niños? ¿Acaso los “fondearon”?... Ya sabemos que los niños pasan acorralados dentro de sus “poblaciones callampas” con los pantalones hechos jirones, cubiertos de harapos, desde la rodilla al tobillo, al aire, tiritando de frío, sin abrigo... Hay que decir: ¡basta! Prohibido pensar en el pan... que apenas se come... ni en el aliento helado que se esfuma en la mañana fría... ¡Qué hacemos!... Juntemos ropa, entreguemos cosas... No nos adueñemos de lo que nos regalaron para donarlo... ni seguir siendo forastero en su propio suelo... Hoy iré a visitar los campamentos de carpas, a ver qué necesitan, cómo puedo ayudarlos...

—No, señora... Usted se quedará en su casa y a parte alguna saldrá... Porque desde el momento en que tú penetras entran mil “acusetes”... “Ya anda por aquí metida una señora. ¡Demócrata debe ser!”... Porque ellos también se defienden... Saben de dónde vienes tú, y si adivinan de dónde vienes ya te conviertes en un delator... Y el delator abre el pico, canta... Y el delator te confunde... Y el delator te sonsaca... Y el delator averigua... Y el delator se torna torpe y estúpido... Y desarrolla su escasa inteligencia... Ningún acopio de sabiduría para esconder su verdadera intención... Ya están adiestrados y usan grabadoras... Y además rayos infrarrojos... Y máquinas fotográficas y automóviles veloces... armas... modernas que desconocemos... e insectos... y microbios... y provocan accidentes... accidentes automovilísticos corrientes y... se adueñan del miedo... y la indu... indi... instrumentalización del miedo... a raudales... que no nos drogue el miedo... Sé

que tú igual a tu jefe, idéntico, gemelo... molde... no seas nada más, no pienses por ti mismo, piensa por tu jefe... El te lo dijo... Debe ser cierto... Todo lo que te dicen cúmplole... Eso, eso no es soplónaje... Eso es organizar... Eso es... Señor... construir un pueblo... poderoso... o ser nazista... o ser militarista... estar a la orden de choque... hormiga de choque... Te quito lo que tú llevas... Tú ibas con tu brazo repleto de esperanzas. Te gritaron: “¡Te quito lo tuyo!...” y partamos con ello haciendo lo que nos da la gana... y vamos gozando la vida y ahora te “friegas”... sin poder hablar... todo lo que anhelo decir. Libertad de expresión. ¡Qué va!

Solitaria. Ahogada... Estoy muda, llena de pañuelos, de telas... Y la soledad acosa, cerca. Sin embargo deseo comunicarme, quiero ser tumulto, ansío ser grito en la calle, libre, queremos concentraciones... de... disconformes, de frustrados... ¿Es que los postergados tienen que roerse entre sí?... ¿Hasta cuándo aguantar las tripas gritonas el día entero?... Nos liquidan mientras ellos... torturados y delirantes... Andrógino significa el inicio o la terminación de un ciclo evolutivo... El lingan... Que nos informen del lingan, de la magia y de las evoluciones astrales, jaurías mágicas, amenazantes... ¡Basta!... No pretendo continuar prisionera... Que me aten a mil arterias diabólicas... La Perdiz me cuidaba, se paseaba cual un tanque y meneando su tremenda popa despejaba a los transeúntes para que se alejaran y no me chocaran...

... respirando acostada... caminar hacia el lado... ejercitar... encucillarse... en la punta de los pies... en el glúteo medio... abrir las piernas y las puntas hacia adentro... ¡Dile a Jesús... que... cuide de los persegui-

dos, dile que sea mi amigo... mi amante, mi protector, mi consejero, que... lo necesito... que me ayude a salvarme y a los que están en peligro... que me apoye, que me haga segura...!

Espectro auditivo, migratorio... orilla... donde se gestan los sumarios... reprimir al pueblo... atacar a la gente que se reúne buscando acuerdos... que protesta... Que no se vendan al Mandamás, para eso hay la mar de dispuestos... Toronjil... Represión... ¡Unámonos!

Vino la huelga de hambre y hasta ahora hemos tenido cien secuestrados... ¡Defendámonos de los verdugos! Ellos disponen de dinamita... Cabeza fría, los pies calientes... Para eso drogan al país con el fútbol... Secreto a voces... Promesero... Presunta desgracia, sumario. Segundo Juzgado del Crimen. Rol 85.854... Tres vasos de pisco más uno de limón de Pica...

“¡LO QUE HICISTE A MI HERMANO A MI ME LO HICISTE”... Abusaste... “LA SANGRE DE TU HERMANO GRITA EN LA TIERRA HASTA MI...”

Dulce patria de membrillo me regalas, pero me matas de a poco... Soy acaso un quebrantahuesos... Coca Cola, Ginger Ale... Camaradas desperdigados por el planeta, aferrados a su botella de tinto... Se esparcía el silencio, el único ruido lo producía el motor... Ningún canto de pájaro, ni mugido, ni balada entorpecía el persistente silencio...

¡Cretino!, ¡cretino!... lo insulto... En caso necesario trinitina... Aprieta los músculos... Fondoscopio... Reina de la delación... Usurpar... Repelente... Níspero... Al extractor de basura... Indeseable... Dolor en la cadera... Hormona para el pelo... Cumple el acoplamiento... Necesito dama de compañía que sepa disparar un

Smith & Wesson... Salvado de trigo para las estéticas... Pick up... Paciencia elegante... Solicitamos al cabo Bernal para la lavativa de ácido fénico... Verificar si funciona el Instituto de Gaznápiros... Desmonta los gastos de los cojines... Honda... Fulminante... Challa... Algodón Eléctrico... Asombroso... Las monjas, los pescadores, las viudas, las madres, las hermanas, los aguerridos y valientes desertores del dolor... Nos ataca la vergüenza de no haber podido defender a los asesinos, a los torturados, a los quemados, a los que tiraron al mar dentro del lodo resbaladizo... de los involucrados en la tribulación de los presidiarios que aguardaban el destierro como recompensa divina... ¿Piensa "pinchar" en los tribunales? ¡Qué idea!

¡Ir a Castelmezzano a juntarse con los iniciados! Estado catabólico... Tribulación, equivale a congoja... Catarsis, son las purificaciones de las pasiones mediante la emoción estética... a las casas de las torturas ahora convertidas en escaparates elegantes con modelos de Dior y Paco Rabane.

El subterráneo creció para crear más topos y creer que las arterias modernas ahorrarán tiempo para mejor llegar a la luz... Dinámico espanto... lograste abortar la mañana... Anarquistas ensangrentados... Psicología de las masas, alerta... No te equivoques... Playboy... Masacre de dirigentes... Hippie... Canje de rehenes... El golpe... Los patearon y los encarcelaron... Toque de queda... Guardarse... antes de las dos... apenas dan la una... Armamento... pura propaganda política.

La represión aumentaba. Yo seguía enferma, pero ya me habían trasladado a mi casa cuando, de súbito, se llenó mi pieza de gas lacrimógeno y empecé a ahogarme. Hubo que hacerme respiración artificial para sacarme de ese estado de asfixia.

Has de saber que yo no estoy escribiendo tu vida, sino la mía.

—Y mis amigos, ¿dónde se hallan?

—Tus amigos se asilaron.

—Pero ¿cómo? A algunos les quedará “ñeque”. ¿Dónde se encuentra Jaime? Jaime fue un excelente amigo mío.

—Fue el primero en asilarse. Creo que ya incluso partió al extranjero.

—¿Y dónde..., dónde se refugió Armando? ¿Armando también se asiló? ¡Cómo!... ¿También se asiló?

—Lógico.

Y llegan los asilados y uno va a verlos.

—¿Puedo ir a visitarlos?

—Ten cuidado, pues existe la posibilidad de que te tomen presa frente a la Embajada.

—No importa. De todas maneras yo necesito conversar con él.

—¿A quién recurrir? ¡No, tú no tienes a quién recurrir, más vale que tú también te asiles!

—¿Pero cómo? ¿Por qué me asilaría yo?

—Sí, vas a quedarte sola, completamente sola. Te

van a perseguir y no tendrás a nadie para que te defienda.

—Bien, no importa, yo me defiendo con la verdad. Yo nunca le he causado mal a nadie. ¿Cómo podrían a mí matarme o encarcelarme cuando... jamás...?

—Pero, ¿y los demás? Es cierto, los demás tampoco. Existirán algunos, pero escasos. ¿Qué daño causaron?

A la Compañía de Teléfonos, a la CIA... ¿Qué se sabe en este país de la CIA? Se habla de la CIA como un fantasma, como de algo inmenso, infalible, pero totalmente desconocido. ¿Qué amigo trabajó alguna vez para ella? Sabemos demás que casi nadie distingue esa gente, sin embargo es presumible. Todos, uno por uno, cayeron en la moda del asilo. No había adónde recurrir, de ninguna manera. ¡Puchas!

—¿Dormirás en tu casa?

—Sí, ¿por qué no?

—Pero si vives sola, trasládase mejor. ¡Cómo se te ocurre! Debes dormir en otra casa.

—¿Y dónde dormiría? Si es muy difícil dormir en otros lados.

—Pero tú tendrás amistades de confianza.

—Tengo conocidos, amigos casi. Raro, nunca acudiría a golpear una puerta para que me cobijen cuando es totalmente presumible que en ningún sitio me alojen.

La virilidad no se traduce en el vigor pelotudo entre las piernas. La virilidad es protección para el que lo ha menester, enseñanza al ignorante, hospedaje al perseguido, amparo al caído, defensa a la vida y al

honor.

El miedo traía un tongo. Un distintivo más. Traspirar sudor helado. Las pulsaciones se aceleran, se corta la respiración. Ahogado en hediondez, repulsar las emanaciones, aguantar el vómito, la repugnancia.

Entro en la inconsciencia. Pero más vigoroso esta vez, retorno y oigo gritos horrendos, un vozarrón terrorífico de un cerdo que degüellan, y no es un animal sino un hombre monstruo medio puerco, confundido en gritos débiles, dolorosos. Profusión de sonidos. Si lloro, llora. Me duele. Gimo. Estoy en la sala de recuperación de la Colonia Dignidad. Me están torturando. Quieren seguir turturándome como a los demás. Trato de hablar, pero ninguna voz llega a mi garganta y los tubos traen la burbuja, en el globo de aire se mueve englobando. Para que me oigan, grito. Pasan indiferentes las enfermeras. Insensibles. Deseando que no se las moleste. Siento cómo el agua me corre por la espalda. Me empapo. Consigo formular una modulación y hacerme escuchar, pero mi voz persiste, tan débil, que nada modula. Repito. Esta vez se oye algo más. Tengo las manos atadas, también los pies. Imosible mover ningún miembro y mi voz sale desesperada. Dos enfermeras me advierten: — ¡Está empapada. Hay que cambiarla. El médico nos va a reprender! — Me arrancan la camisa y quedo desnuda. Las enfermeras se marchan. La sala permanece vacía, sólo se oyen los gemidos, los alaridos intensos, cada quejido más horrendo, más impetuoso metiéndose en cada intersticio de la piel, de los poros y tímpanos y es inútil, los sigo escuchando. La muchacha linda continúa muerta y los otros persisten en pegar sus alaridos. ¿En qué se entretienen que me dejan toda desnuda sin abrigarme? Pasa una

mujer. Digo:

— ¡Sáqueme de aquí y arránqueme el suero!

— No se inquiete. Tampoco me escucha. Siguen los gritos horrendos. Trato de ver al hombre puerco, pero es imposible. Sí, estoy en la indignante Colonia Dignidad... Dos mujeres traen una camisa. Apenas me cubre el sexo y me arrancan la aguja del suero. Queda babeando la manguera y el líquido chorrea. Un muchacho simpático canta un bolero como si estuviera en una fiesta. Me guiña un ojo, eleva la voz con más bríos y me saca de la sala de recuperación.

Sólo después lo supe. Afuera me esperaba el doctor... Lo reconozco.

Sáqueme luego de esta horrenda cámara de tortura de la Colonia Dignidad, sólo semejante a las torturas a que sometieron a Sebastián.

Recordaba a mi padre tratando de comunicarse: hablaba y hablaba y nadie lo entendía y todos tratábamos de entenderlo, pero nadie lo sabía. Quería revivir, pero se convirtió en una laguna, un pozo negro, tuerto.

Quise pararme y en lugar de incorporarme, caí. Pedro me recogió y volví a caer. Y me iba quedando, poco a poco, toda entera morada. Y veía cómo las venas se me reventaban y mi cuerpo se volvía negro. A cada rato más muda, más perdida, dándome cuenta de que se me rompía el hilo de aquello que me unía a la comunicación. Lo mismo que le había pasado a mi padre me estaba sucediendo a mí. Se me terminaba el leguaje en mi espantosa soledad.

Ahí tirada en la cama, tratando de explicar el ho-

rror que me causaba estar sola. Quería que supieran que yo quería estar viva, que no admitía morirme.

El ojo avizor percibe una luz tenue, glauco-verdosa, que vibra. Cierro los párpados. Vuelvo debatiéndome a las tinieblas para tomar conciencia, y me quedo ajena, aparte, atrás... atrás... Hago un esfuerzo por entender. Vislumbro por vez primera unos hilillos, hilachas, bombillas, una infinidad de filamentos muy delgados envueltos entre nubes de las cuales emana vapor. Caigo inconsciente. Sin embargo persiste en mí el deseo de recuperar la conciencia. Regresé curiosa por saber y reconocer cada objeto. Los filamentos, esos alambrillos irreales, de a poco toman una forma corpórea y se convierten en una ampolleta. Una cara joven, hermosa, muerta como yo. Tan joven. ¡Dios mío! Suero dentro del envoltorio amarillo difuso entre el impalpable aire y el gris. Yo carecía de seguridad. Importante, vital el alborozo, la comunicación, el grito que te une, el gesto que te expresa el pensamiento. Por último que sea un llamado cultural, pero que sea una comunión donde dos personas se presten auxilio, se cojan de la mano, se satisfagan en alguna medida, se comprendan.

Siempre reina una fiesta de amor cuando el sol brilla entre los naranjos, las manzanas, los claveles, las uvas que se desparraman sobre la mesa. El vino oloroso, bromista, festivo, lejos de transmitirte emotividad. Siempre hay como un recuento de un sinnúmero de noches, de días incumplidos en que no se ha amanecido junto a otra piel. La propia junto a la suya, a la que se ama. Entonces te duele no haberla vivido, pero

apenas gozas ese placer te sientes pletórica, saturada de jugos silvestres, de almácigos que brotan, reverdean como renovales pervivientes, erectos de sol. Y la luz de la mañana en el cielo eterno.

“Ese día se abría monótono, largo fastidioso. Necesitaba mantenerme replegada en mí misma. Me descubrí con el ánimo pleno de poesía y dispuesta a compartir con Pedro un trabajo hermoso, porque se trataba de mi patria. Debía separar la fauna, la flora silvestre, los animales, sus costumbres, lo zoológico de lo humano, vivo e incruento, los árboles renacientes que se mueren y rebrotan más vitales. Había recopilado un archivo riguroso al que le he dedicado gran parte de mi vida; de allí sacaré el material para el programa de esa tarde. Dormiré un poco, decidí, y después me pongo a trabajar firme, aunque una inquietud tremenda me escocía: compromiso social-familia. Me daba rabia, tristeza. Era una premonición tremenda la que vivía, sin embargo me sentía contenta, mientras me revolvía nerviosa en la cama sin dormir y entonces fue cuando me levanté y le dije a Pedro: “¡Imposible dormir! ¡Algo me pasa! ¡Estoy nerviosa, ven a acompañarme! ¡No me dejes sola!”

Y fue conmigo, tierno, solícito. ¡Qué calidez humana sabe transmitir! ¡Qué maravilloso se comportó! Siempre trataba de comunicar alegría, transformarme los días nublados; se puso amorosamente a hacerme caricias. De repente me hallé envuelta en el centro del vértigo. Un vértigo triste, ruinoso y sentí la muerte. Escuché la sangre y mi carne: habían cesado de vibrar, me volvía tremendamente tiesa, ajena, insensible, detenido el fluido sanguíneo, todo el lado derecho completamente rígido y entonces me dije: debo

vestirme de inmediato, llamar por teléfono, ir al hospital, pedir la asistencia pública, avisar a Vicente Felipe para que no me mutilen... Yo ya sé: un ataque al cerebro, voy a quedar mal.

Todo me producía risa, encontraba todo cómico, absurdo. Me descubrí de repente incapaz de moverme normalmente. Llegó mi hijo. Me decía: "Vístete, debes venir con nosotros. Apúrate, necesitamos acudir al médico, llamemos a un médico bueno". "Cualquiera no", insistía yo. "Cualquiera no". Uno apropiado, el preciso. Y sabíamos que era una embolía. La gota de sangre que se atascaba, la parálisis y el silencio. Y la mudez fue creciendo, expandiéndose, invadiendo los campos, traspasando horizontes, anegando todo aquello que ambicioné y no logré. Lo que se quiso revivir de felicidad y se frustró. Aquello mutilado por prejuicio, por inauténtico; cuanto no se caminó por prevención, lo obtuve de alegría pletórica girando de entre la muerte aquella que toca muchas fibras y tenía conciencia de lo tremendamente feliz que fui y también me supe triste. La verdad es que esos sucesos inesperados formaban parte de aquello repudiado. Entonces conocí el significado de permanecer muda, incomunicada. Eran unos ruidos espantosos de animal, de animal herido deseando expresarme, y pretendía articular una palabra y en lugar de formular ésa, cantaba otra, sin ninguna relación con aquélla, ansiosa por declarar. Afanosamente hurgaba en el diccionario para hallar la palabra adecuada y naturalmente reía, porque nada correspondía a mi pensamiento. Me sabía lejana de estar loca, me daba cuenta de que me oían, pero yo ansiaba musitar revelaciones; mas, en lugar de escucharse las revelaciones, pretendía que se oyera lo inhabila-

do. El choque de dos mundos, el exterior sin entrar, y el interior sin acceso a la comunicación.

—Sonríase —me pide el médico.

—Sonrisa de hiena para usted.

La Patoja llegaba hacia mediodía a la Clínica, se sentaba a la orilla de mi cama y comenzábamos las dos a reirnos. Hablábamos sin cesar, en forma incomprensible, lo que nos provocaba hilaridad.

Un amanecer entró a mi pieza la Mariquita Ortega, mi Mama. Traía un canasto y un ramo fragante de floripondios con bunganvilias en su centro. Nos abrazamos efusivas, y empezó a sacar quesillos, miel e higos jugosos, papayas que perfumaron todo el ámbito.

—¿Cómo baila el mar? —pregunté haciendo ademán de ola.

—De panza, caprichoso, delirante —respondió de inmediato mi Mama. Respuesta quebrada que me llevó a excitarme de risa.

Mi Mama sacó un frasco de leche de almendras y me lo extendió por el cuello y la cara. Traía una botellita azul con benjuí y agua de rosas con Glicomiel. Tomó una cinta de raso celeste y me la prendió del pelo; de la pollera surgió un espejo y me lo pasó.

—¡Mírese que está linda, mi hijita!

Me animó y mediante gestos le pedí que bailara.

La Mariquita se arremangó las polleras, entonó El Gitanillo e hizo todos los ademanes, gestos de amor, defensa y ataque. De pronto se abrió la puerta y entró el médico. Halló a mi Mama con la pierna levantada, moviendo los ojos llenos de picardía y las caderas con

gracia.

Me reí a carcajadas porque el doctor la hubiese sorprendido.

—Quédese tranquila —recomendó el doctor—. No se ría tanto.

—A nadie le hace mal la alegría —recomendó la Mariquita.

—¡Por cierto! —repuso el doctor, y se retiró. Pero de inmediato entró la enfermera jefe y Pedro, e hicieron salir a mi Mama después de muchas risas y promesas de visitas.

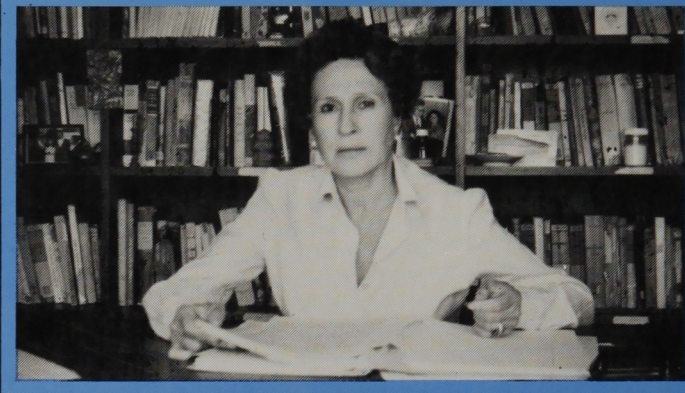
Estaba todavía en la Clínica, hablando a tropezones, apenas caminando y muerta de la risa, cuando se apareció Vicente Felipe, quien se lanzó a mis brazos y me sofocó a besos:

—Pelée con Hortensia —me dijo, confundido.

Nos abrazamos como si estuviéramos en plena mar, ahogándonos. Y así, herida de guerra, semiparalítica, tartamudeando, la mente despejada y el corazón valeroso, proseguí la lucha que aún no ha cesado.

INDICE

PRIMERA PARTE	7
SEGUNDA PARTE	105
LA FIESTA	107
LA CRISTALINA	144
TERCERA PARTE	237



“LETICIA DE COMBARBALA” es una obra de ficción, sin duda, pero elaborada a base de elementos reales en los que cualquier lector, medianamente sagaz, puede establecer una certera analogía con el acontecer histórico de los últimos lustros; época marcada por trágicos sucesos, algunos de los cuales tuvieron como protagonistas a figuras destacadas de nuestro mundo político, intelectual y creador.

Teresa Hamel compartió la buena amistad de poetas y narradores señeros, de artistas que hicieron suyas las luchas de un pueblo avasallado pero no vencido. Amiga de Pablo y Matilde, fue testigo directo, íntimo, de las grandes alegrías de nuestro Nobel telúrico; también de sus desgracias y de su muerte en un septiembre vivo en la memoria.

A través de una ágil narración, estructurada sobre el torrentoso cauce de los amores de Leticia, la autora nos hace vivir la peripecia humana de sus personajes, sumergiéndonos, sin mayores artificios, en la trama novelística, urdida en un acontecer cuyas claves conocemos, no simplemente como historia, sino como cosa vivida hasta sus últimos extremos.

El recuerdo no es para la narradora mera evocación de acontecimientos o anécdotas; se trata de rescatar aquellas instancias existenciales que el dolor y la experiencia transformaron, ya para siempre, en móvil de acción, arrojando las propias limitaciones y flaquezas para hacer como el Poeta: “vivir en sí las vidas de los otros”.